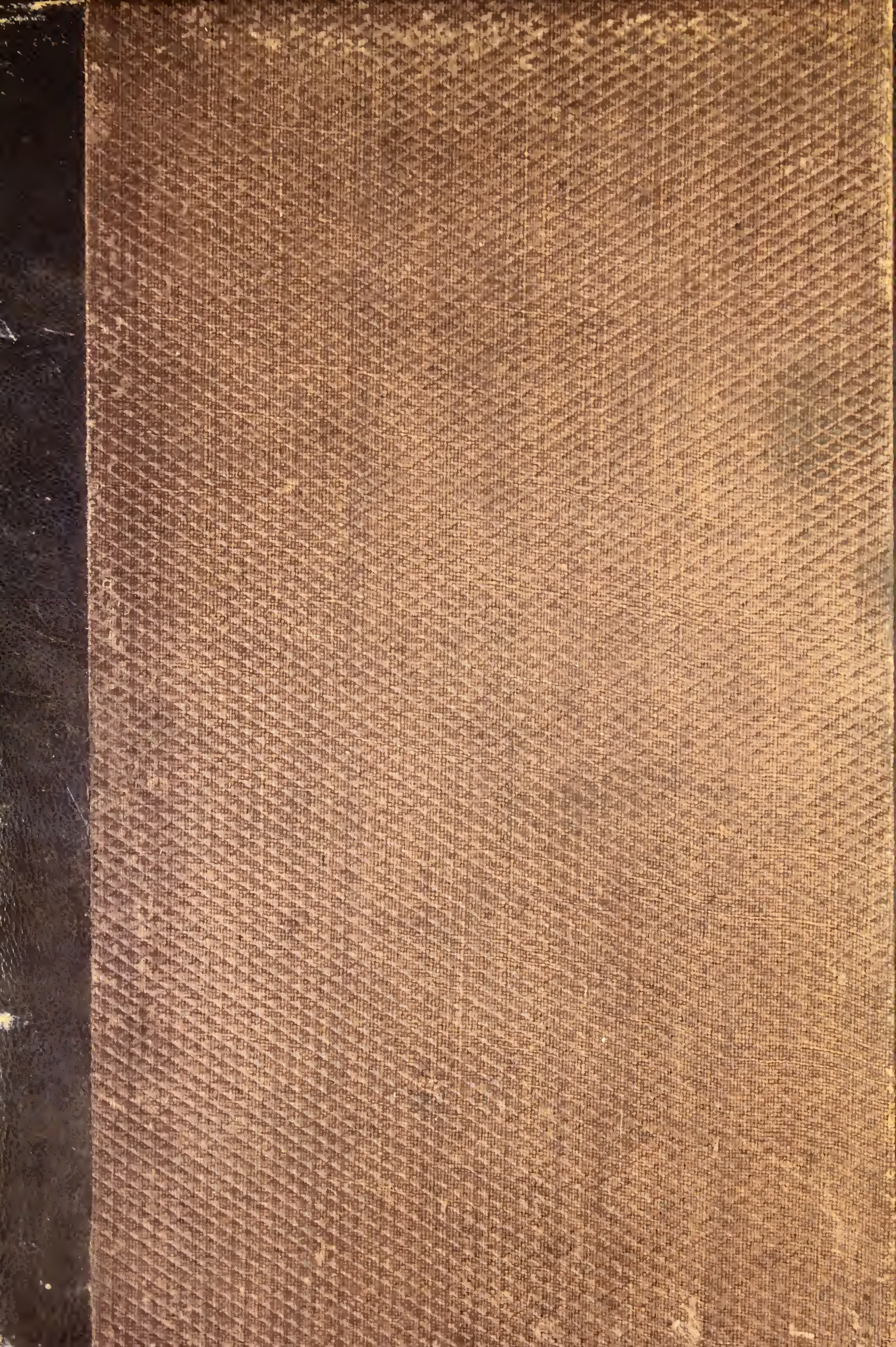
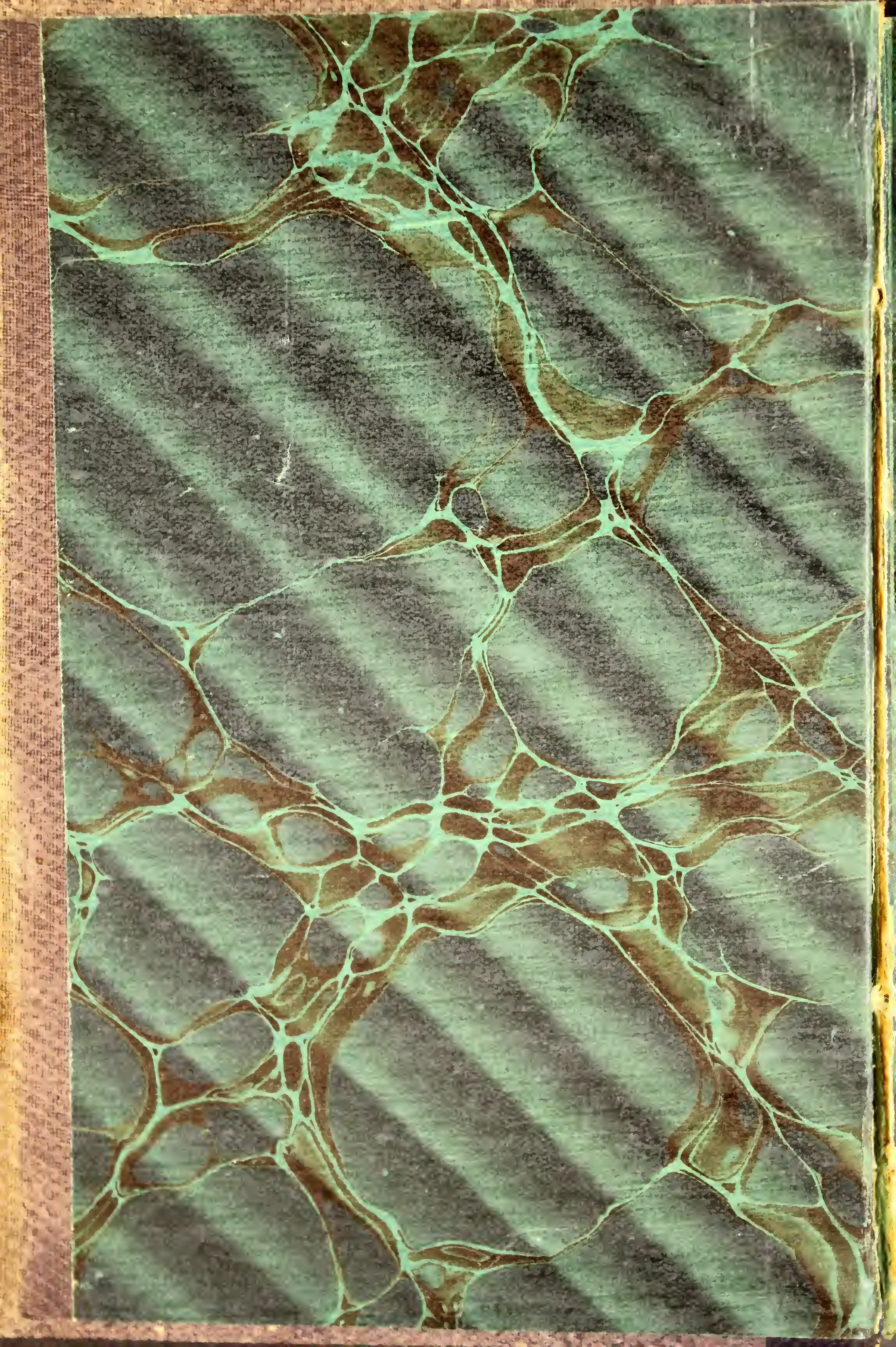




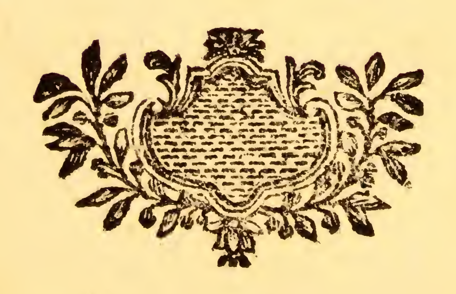


RIMAS
DE FERNANDO
DE HERRERA.

POR

DON RAMON FERNANDEZ.

TOMO IV.



MDCCLXXXVI.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

PROLOGO.

Pocos son los Poetas castellanos, que pueden disputar á Fernando de Herrera el primer lugar en nuestro Parnaso; pero al mismo tiempo casi ninguno ha estado en mas olvido, ni ha sufrido juicios mas injustos de parte de los mismos nacionales. Cosa estraña parecerá la sinrazon con que se le ha tratado en todos tiempos, y el agravio que se ha hecho á su mérito incomparable; viendo al mismo tiempo el aprecio que de él hacen los pocos estrangeros, que han tenido la proporcion de leer, y entender las pocas poesias, que de él se nos conservan.

La admiracion que debe causar un modo de juzgar tan injusto, cesará en parte, si se considera, que la mayor parte de los hombres por un impulso de su amor propio mas presto se inclinan

á despreciar lo que no entienden, que á confesar ingenuamente lo limitado de su comprension é inteligencia. Esta, y no otra, es la causa del poco aprecio y desestimacion en que por lo comun están entre nosotros las poesias de este ingenio, cuyo epiteto de Divino, si es que es adaptable á un Poeta, ninguno de los nuestros lo ha merecido con mas razon.

El haberse hecho tan raras las pocas poesias, que de él se nos conservan, es causa de que sea tan poco conocido: por otra parte no contribuye poco á su descrédito lo que se insertó en el Parnaso Español de todas sus rimas; lo qual, exceptuando la cancion á Don Juan de Austria, no es de lo mejor que en ellas se contiene: á lo qual se añade el juicio poco favorable que de ellas se hace; puesto que las expresiones generales, vagas, y comunes á todos, no diciendo nada, no pueden ser reputadas por elogio.

Pero ya que nuestro Herrera ha debido tan poco favor á sus nacionales, á lo menos ha merecido los elogios de dos

eruditos (1) estrangeros , cuyo voto en materia de buen gusto en poesia es muy superior á todas las críticas de los que piensan de otra manera. Permítasenos, pues, errar con estos dos varones de gusto tan exquisito y acreditado: error, de que no tememos nos desengañen, y que cede en tanto honor de nuestra amena literatura. Siguiendo pues el modo de pensar de estos dos ilustres poetas y escritores, que es enteramente conforme al de un excelente Poeta (2), que contribuyó á la publicacion de sus poesias; al de otros muchos Españoles de la mejor nota; y sobre todo á los principios fixos y constantes del buen gusto, admitidos uniformemente por todos los que se han formado por la atenta lectura y observacion de los excelentes modelos de la antigüedad; harémos aqui un breve exâmen del mérito de nuestro Herrera,

(1) Don Pedro Napoli Signorelli en su *Historia crítica de los Theatros.*

El Conde Don Juan de Conti en su *Coleccion de Poesias Castellanas*, *tom. III.*

(2) Francisco de Rioja.

para que se vea claramente, que precisamente las dos cosas, que mas le censuran, como defectos muy considerables, son las dos prendas, en que mas ha sobresalido, y las mas apreciables en un Poeta. Estas son el lenguage poético, y sublimidad de estilo; calificadas por sus censores con tanta sinrazon, como inadvertencia por vicios de obscuridad, sequedad, afectacion y pobreza. Para rebatir estas injustas censuras, y manifestar de paso el mérito de nuestro Herrera; nos vemos precisados á estendernos mas de lo que quisiéramos, para instruccion de la juventud, y desengaño de los preocupados. Y aunque no deberia parecer superfluo el exponer aqui muy por menor todo lo perteneciente al lenguage poético; ya que algunos muestran ignorar; ó despreciar hasta los primeros elementos de esta doctrina, admitida constantemente por todos los hombres de gusto de todas las Naciones y edades: no obstante escusando la repeticion de preceptos, que se pueden ver á la larga en los Autores, que de esta materia tratan;

nos ceñirémos á demostrar primeramente, que en el lenguage poético ninguno le ha igualado, y que enseñó el verdadero camino de enriquecerle.

No se necesita mucha inteligencia de la lengua Griega para saber, que sus Poetas adoptaron un lenguage, que bien se atienda á lo material de las voces, significacion, alteracion, &c. ó al conjunto de ellas, syntaxis, frases, &c. varía tanto de la prosa, que parece un idioma absolutamente distinto. Homero no es solamente divino por su excelente y admirable invencion y disposicion; lo es tambien por aquel arte y gusto en inventar palabras nuevas, vivas, y animadas; aquella mezcla de todos los dialectos, voces compuestas y *decompuestas* (como llaman los Gramáticos), peregrinas, antiguas, colocacion extraordinaria, y todas las demás circunstancias, que constituyen aquel lenguage enteramente poético, ageno de toda semejanza con la prosa, y propio de las Deidades (1). Los

(1) Es cosa bien sabida aquel lugar

demas Poetas Griegos, Líricos, Trágicos, Bucólicos, adoptaron un lenguage propio de cada uno de estos géneros de poesia; pero todos en sumo grado poéticos, y muy agenos de la prosa. Del incomparable lenguage de Píndaro, y de su mérito en la introduccion de *voces nuevas*, en sus atrevidos ditirambos, tenemos en Horacio un elogio muy superior á todas las censuras de los mezquinos rimadores de prosa. El lenguage de Sofocles (si nuestros traductores y autores de Tragedias prosaicas lo entendiesen) deberia servir de modelo mas bien que las prosas rimadas de los Franceses; en quanto lo permita el genio y caracter de nuestra lengua. Theócrito, Moscho, y Bion inventaron tambien galas preciosas, bien que sencillas, para

de Petronio, en que opone el lenguage poético al humano, esto es, al prosaico, que los hombres hablan comunmente: *Saepius*, dice, *poetice*, *quam humane loquutus es*. Y mas adelante el mismo: *Praecipitandus liber spiritus. . . . effugiendum ab omni*, *ut ita dicam*, *verborum vilitate*, *&* *sumendae voces à plebe submotae*, *ut fiat illud*: *Odi profanum vulgus*, *&c*.

adornar á sus pastores; y los que tienen la felicidad de entenderlos en su original, no acaban de admirar la belleza de aquel estilo, incapaz de ser imitado en ninguna lengua; puesto que ni el gran Virgilio pudo trasladar á la suya la menor parte de aquel bellísimo lenguage; aunque en lo demás imitó, y muchas veces copió lo mas escogido de Theócrito. En las demas especies de poesias advertimos constantemente lo mismo (1).

Los Latinos, que fueron diligentes imitadores de los Griegos, se esforzaron tambien á formar un estilo propio de la poesia, y de sus varias especies; pero ya la naturaleza y genio de su lengua muy inferior en todas circunstancias á la Griega; ya principalmente la timidez, y no sé si diga poco gusto de la mayor

(1) Si creemos á los inteligentes en el Arabe y Hebreo, el lenguage poético de unos y otros es muy superior al de los Griegos; y todos los que de estas materias tratan, nos aseguran, que sus poetas son casi incomprehensibles por esta diferencia del lenguage poético.

parte de sus poetas en esta parte, fueron causa de que su dialecto poético no pudiese competir de ningun modo con el de los Griegos. Solamente Horacio y Virgilio hicieron unos esfuerzos, que á haber sido seguidos por los poetas posteriores, nada hubiera quedado que desear. Habiéndose formado uno y otro en la escuela de los Griegos, siguiendo sus principios con exquisito gusto, introduxeron en la poesia latina infinitas voces, frases, colocacion, y modos poéticos, hasta entonces desconocidos. Conociendo bien Horacio la pobreza de su dialecto poético, se tomó la licencia de introducir en sus poesias infinitas locuciones enteramente griegas; y aun dió á las voces latinas la construccion y significacion, que tienen en la lengua Griega; y esto en tanto grado, que sin el conocimiento de ella no se pueden entender fundamentalmente muchos lugares de sus obras (1).

(1) *Idem facit occidenti: dominantia nomina: chorus defendat partes actoris: metiri se quemque .... verum est*; y otras infinitas se pueden traducir bien, consultando á algun buen intérprete, como hacen los niños, que repiten

Este conocimiento de la pobreza de su lenguage poético le hizo establecer por principio aquel *licuit*, *semperque licebit*, de que tanto abuso se hace comunmente, como mas adelante dirémos. Virgilio asimismo introduxo infinitas voces, y frases poéticas, de las que se podria hacer un largo catálogo: hizo mucho uso, y con mucho estudio de todas las figuras y licencias, que sirven de adorno en la poesia; y ya que no pudo igualar á Homero en formar un lenguage, que enteramente fuese distinto de la prosa (quizá por temor del necio escrúpulo de los Romanos) se le acercó lo mas que pudo. En los poetas látinos posteriores hay tambien bastante que imitar en el lenguage: aunque por lo comun, segun se iba corrompiendo el buen gusto de la poesia, asi tambien cada vez se iban haciendo mas y mas escrupulosos en usar de las voces, frases, y otras licencias poéticas;

sin conocimiento lo que sus maestros les dictan; pero sin noticia de la lengua Griega no se podrá dar razon fundamental de su verdadera significacion.

al mismo tiempo que lo eran tan poco en tomárselas, para introducir conceptos falsos, juguetes de palabras, y otros mil vicios abominables: hasta que por fin todo el artificio, mérito y belleza de la poesia latina vino á reducirse únicamente al sonsonete de las dicciones finales. Estos pasos cabalmente ha seguido tambien nuestra poesia.

Pero en fin empezó á amanecer la luz en Europa despues de tantos siglos de bárbaras tinieblas: la ilustracion comenzó por las Letras Humanas; y siempre será gloria de la poesia (ya que al presente es tenida en tan poco aprecio), que asi como en la antigüedad los poetas fueron los primeros, que reduxeron á los hombres montaraces á vida sociable, les dieron leyes, y comunicaron las primeras ideas de la moral; asi tambien en estos siglos de barbarie hayan sido poetas los primeros que empezaron á allanar el camino, por donde despues se han hecho progresos tan admirables y útiles al género humano.

En la Italia fue donde se empezó antes

á cultivar la buena poesia en lengua vulgar; y muy desde luego siguiendo el gusto y principios de los antiguos, adoptaron para el verso un lenguage muy distinto del prosaico: aunque algo mas tarde tambien los Españoles, dexada la rudeza de las trobas, se aplicaron á la imitacion de la antigüedad. Boscan, Garcilaso, y algunos otros dieron los primeros pasos; pero aunque su lenguage es puro, elegante y escogido, es preciso confesar, que no pusieron el mayor cuidado en enriquecer nuestro idioma de lenguage poético: cosa que nadie debe estrañar, si se considera el estado en que se hallaba nuestra poesia, antes que ellos la empezasen á pulir y perfeccionar. Vino despues nuestro Herrera, el qual formado el gusto en la lectura de los poetas Griegos, Latinos, y Italianos; y advirtiendo el descuido y abandono de esta parte tan considerable en la poesia; hecho cargo de la magestad, riqueza, y armonia de nuestra lengua; halló que podia recibir sin violencia todos los adornos de las antiguas.

En efecto despreciando los vanos y necios escrúpulos de los ignorantes, se esforzó en enriquecer nuestra lengua de infinitos modos de decir poéticos, de que antes carecia; la qual idea, si hubiese sido adoptada por los poetas posteriores, siguiendo sus principios y gusto delicado; seria nuestro lenguage poético sin duda el mas abundante y bello de la Europa, y podria competir con el latino y griego en la poesia, asi como en la prosa á ninguna lengua tiene que envidiar. Pero observemos particularmente qué principios siguió, qué progresos hizo, y qué mérito tiene en el lenguage poético.

Nadie debe dudar, que un poeta está obligado á usar un lenguage puro, elegante y escogido: que en los géneros de poesia mas noble, como son la épica, trágica y lírica, no se permiten expresiones, ni voces comunes, que tienen lugar aun en la prosa mas elevada. Hay en todas las lenguas muchas de estas frases y palabras, las quales tienen un no sé que de baxeza; por lo que se ha-

llan con razon desterradas de la poesia noble: para distinguir éstas se necesita un gusto muy delicado, y atenta observacion de los poetas clásicos. Por tanto debe el Poeta (aun mas que el Orador) hacer un estudio muy diligente de su lengua, y observar qué palabras y expresiones son propias de cada una de las especies de poesia, y quáles no tienen lugar absolutamente en ella. Tal es el estudio, que hizo Herrera de nuestra lengua, segun inferimos de sus obras, y de los testimonios de los eruditos, que nos han dexado algunas noticias de su vida y estudios. Francisco de Rioja, excelente poeta, nos asegura, que tenia apuntadas en un quaderno todas las palabras y modos de decir nobles, para servirse de ellos quando componia. De aqui es, que no se hallará en todas sus poesias ninguna palabra baxa, ni expresion vulgar; cosa harto mas comun de lo que se piensa, aun en nuestros mejores poetas.

No solo fue diligente, y esmerado en usar de lo mas noble de nuestra abun-

dantísima lengua; sino que las mismas palabras y frases, que en otros son prosaicas, en sus composiciones son poéticas, por el modo de colocarlas, giro de la expresion, y variacion de la syntaxis; de lo qual no hay necesidad de poner exemplos, pues en qualquiera de sus composiciones se puede observar.

La proposicion *en* usada por *de*, ó *con*, es poética; de ello tenemos freqüentes exemplos.

En oro y lauro coronó su frente.
En Turca sangre el ancho mar quaxado:
Yace en fria tiniebla obscurecido.
Rompa el cielo, en mil rayos encendido.
Se despedace en hórrido estampido.

A veces con quitar el artículo, ó con la repeticion de la conjuncion *y*, hace la expresion poética.

Despeñó airado en Etna cabernoso.
Son ya de muerte míeros despojos.
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos.
Marte vió, y dixo, y sacudió el escudo.
El carro, y el caballo, y caballero.

De semejantes menudencias, que dan mucha gracia al lenguage poético, pudiéramos hacer una larga muestra; pero dexándolas á la atenta observacion de los lectores, pasemos á insinuár otros adornos de mayor consideracion.

Sabido es, que la oracion poética se compone y adorna de las palabras propias, trasladadas, nuevas, peregrinas, y antiguas: esta doctrina es tan constante, y recibida entre todos los hombres de gusto, que no creo necesario detenerme en comprobarla con las autoridades y práctica de los mejores Escritores antiguos y modernos. De todas ellas hizo uso nuestro Herrera para adornar sus poesias, como quien habia hecho tan prolixo estudio de los mejores modelos. Primeramente sobre las *propias* ya hemos dicho, que debe cuidar el poeta, que sean de las mas escogidas, puras, urbanas, y proporcionadas á la materia, que trata. Debe huir con mucho cuidado de todas aquellas, que son baxas y vulgares, porque envilecen la oracion.

De semejantes voces baxas se abstu-

vo con el mayor estudio nuestro Herrera; habiendo observado con atenta meditacion en nuestros Escritores los descuidos, que en esta parte cometieron. En Garcilaso de la Vega, aunque fue tan diligente y pulido en el lenguage, reprende muchas voces de esta naturaleza. Tales son *confesado* en la primera estancia de la cancion 4, de la qual voz dice Herrera, que humilla mucho la grandeza de la estancia. Y en la estancia 2 de la cancion 5. censura la voz *alimañas* de esta manera: "Esta diccion (*alimañas*) „ es antigua y rústica, y no conveniente para Escritor culto y elegante. Porque ninguna cosa debe procurar tanto „ el que desea alcanzar nombre con las „ fuerzas de la elocucion y artificio, como la limpieza, escogimiento y ornato de la lengua. No la enriquece quien „ usa vocablos humildes, indecentes, y „ comunes. . . y en esto se puede desear „ mas cuidado y diligencia en algunos „ Escritores nuestros, que se contentan „ con la llaneza y estilo vulgar; y piensan, que lo que es permitido en el tra-

„ to de hablar, se puede, ó debe tras-
„ ferir á los escritos; donde qualquiera
„ pequeño descuido ofende y deslustra
„ los conceptos y exornacion de ellos.
„ Mayormente en la poesia, que tanto
„ requiere la elegancia y propiedad, no
„ solo simple, pero figurada y artificio-
„ sa.“ Quien con tanta sagacidad sabia discernir en las obras agenas las palabras baxas y rústicas, de las nobles y urbanas; de creer es, que pondria la mayor diligencia en que las suyas saliesen limpias de estos lunares. Asi es que en todas sus poesias no se hallará voz alguna, que no sea noble y escogida; en lo qual puso sumo estudio, como nos consta de los que le conocieron, y tuvieron alguna noticia de sus estudios.

En el uso de los tropos es muy moderado, siguiendo siempre los preceptos y exemplos de la antigüedad: por tanto no se hallará en sus obras ninguna de aquellas traslaciones atrevidas, obscuras y violentas, que tan freqüentes son en los poetas posteriores.

La misma moderacion tuvo en la in-

troduccion de voces nuevas. Estas no hay duda que añaden mucha gracia por su novedad á la oracion poética, quando su formacion y derivacion es legítima, su significacion clara y expresiva, y de mayor fuerza y energía que las usadas. Mucha alabanza merece con particularidad en esta parte nuestro Herrera por las muchas voces nuevas poéticas, con que enriqueció nuestro lenguage, y por haber enseñado el verdadero camino, para aumentar estas riquezas: *Reluchando*, *ovoso*, *purpurar*, *ensandeciendo*, *ensañarse*, *relazar*, *ondoso*, y otras infinitas palabras sonoras, bellas, significativas, y enteramente poéticas, de que se pudiera formar un largo catálogo, se deben enteramente á Herrera. No me detengo en esta parte mas, porque volverémos á hablar de esto mismo, para refutar la opinion errada de Quevedo en orden al lenguage de Herrera.

Baxo el nombre de palabras nuevas podemos comprender tambien las compuestas, que son propias de la poesia, como *belígero*, *flamígero*, *horrísono*, y

otros muchos y muy bellos, de que usó Herrera, y otros buenos Poetas. Tales epitetos son los mas bellos y sonoros en la poesia; y por tanto Homero los usó á cada paso: en Virgilio, y los demás buenos Poetas Latinos se hallan con mucha freqüencia. Pero los nuestros despues de la corrupcion de la poesia se han hecho tan escrupulosos en estas y otras voces; que les pareceria la mayor afectacion el usar aun de las ya introducidas. Es verdad, que el abuso que muchos han hecho de esta licencia, que debe usarse con mucha moderacion en nuestra lengua, y el mal gusto y poco tino en su formacion, é introduccion; ha dado motivo para que todos los vocablos de esta naturaleza sean mirados con sospecha. Pero es necesario tener entendido, que aunque nuestra lengua no es tan docil para la formacion de tales voces, como la latina; no obstante no es tan melindrosa como algunos la suponen: y no hay que dudar, que si en esto, y en otras partes del lenguage hubieran sido mas diligentes nuestros poetas, veriamos,

que nuestra lengua admite sin repugnancia todas las galas de que es capaz la poesia de otra qualquiera.

Esto se ve claramente en las voces, y modos de decir peregrinos, que introduxo Herrera, como uno de los adornos del lenguage poético, en comun sentir de todos los hombres de gusto.

Bien sabido es, que Virgilio tomó de las lenguas Púnica y Persiana las voces *gaza* y *magalia*; pero las que tomó del Griego son inumerables; asi como tambien Horacio, sobre lo qual ya hemos hablado. Nuestra lengua, hija en la mayor parte de la latina, aumentada y adornada de infinitas voces y frases griegas, hebreas, arábigas; admite sin dificultad todas las bellezas propias de todas estas lenguas. No hay modo de decir noble y magestuoso en ellas, que no pueda tener lugar en nuestra poesia con muy poca, y á veces ninguna alteracion. Vease lo que el mismo Herrera dice en orden á las voces estrañas: " Lícito es á los escritores de una lengua valerse de las vo-
» ces de otra: concédeseles usar las fo-

» rasteras, y admitir las que no se han
» escrito antes, y las nuevas, y las nue-
» vamente fingidas, y las figuras del decir,
» pasándolas de una lengua en otra (1).
» Y quiere Aristóteles, que se admitan
» en la poesia voces estrangeras, y que
» se mezcle de lenguas, para dar gracia
» á lo compuesto, y hacello mas agra-
» dable, y mas apartado del hablar co-
» mun. Porque como él dice en el libro
» tercero de la Retórica, las dicciones
» estrañas hacen que la oracion parezca
» mas grande, como se ve en los pere-
» grinos y estrangeros, que los hombres
» los admiten, y se les aficionan mas,
» que á los suyos: y asi es de parecer,
» que se haga peregrina la oracion, por-

(1) De aqui podian inferir los que corrompen nuestra poesia con voces y frases francesas, que es muy loable el hacerlo asi, segun la autoridad de Aristóteles; pero deben advertir, que el introducir voces estrañas y nuevas ha de ser con mucha moderacion y necesidad; y solamente se pueden tomar de aquellas lenguas, que tienen palabras y modos de decir mas nobles y poéticos; lo que no se verifica en la lengua Francesa.

» que los hombres admiran las cosas es-
» trañas y agenas; y todo aquello, que
» engendra admiracion, es suave; pero
» esto se entiende en la poesia.«

En efecto siguiendo este modo de pensar, no solo hizo mucho uso de las voces y frases peregrinas, que ya estaban admitidas en la poesia castellana, sino que tambien introduxo otras muchas de la lengua Griega y Latina, de grande nobleza. Principalmente de los sagrados libros tomó inumerables locuciones sumamente magestuosas, como se ve en las dos canciones á la batalla de Lepanto, y á la muerte del Rey Don Sebastian, en las quales se advierte el gusto de la poesia Hebrea. En ellas á la alteza de los pensamientos acompañan aquellas sublimes y divinas expresiones, que elevan el alma, y la llenan de un celestial enthusiasmo; las quales quizá en ninguna otra lengua podrán trasladarse, conservando aquella sencillez magestuosa, que constituye el caracter de la poesia Hebrea. Tal es el genio de nuestra lengua, que admite todo lo noble, lo

magestuoso, lo bello de todas las demás sin violencia, quando la manejan los Herreras, y otros de igual gusto é inteligencia (1). Solamente desdeña esta gra-

(1) No será molesto á los amantes de nuestra lengua leer aqui un párrafo de una carta del P. Pagnini, Catedrático de Humanidades en la Real Universidad de Parma, bien conocido en la república literaria por su excelente traduccion de Theócrito, Bien, y Moscho; el qual dice asi, hablando de una traduccion castellana: *Protesto á Vm. con toda sinceridad, que desde que llegó á mis manos su traduccion, la leí con sumo placer*, y *observé con admiracion en ella bien expresada*, y *trasladada aquella sublime sencillez, que constituye el caracter de Homero*: y *en quanto me es posible juzgar de una lengua para mí estraña, he observado en ella una singular claridad, pureza, y elegancia de estilo. Para poder además decir á Vm. mi dictamen acerca de su fidelidad en la traduccion, comencé á cotejarla con el texto*, y *ví desde luego, que Vm. se ha ceñido á él con todo aquel rigor y exâctitud, que permite el genio de su lengua. Asi que Vm. ha expresado perfectamente no solo los pensamientos, sino tambien las figuras, las frases*, y *por decirlo asi, los lineamentos mas finos y delicados de su original: lo qual por una parte muestra, que Vm. posee á fondo la lengua Griega* y *la propia*;

ve matrona aquellos afeytes y joyas de otras Naciones, que la desfiguran en ramera. ¿Quánto aumento pues no podria recibir nuestro lenguage poético, si se siguiese esta idea de enriquecerle con los despojos de los Latinos, Griegos, y Hebreos, segun lo exîja cada género de poesia? Pero esto requiere mucho estudio de nuestros poetas, y genio de la lengua castellana, y un profundo conocimiento de las lenguas maestras: obra muy larga para los que quieren lucir con poco trabajo: y puesto que tambien la lengua Francesa es estraña, es mas facil acudir á ella por lenguage poético. No estoy muy lejos de creer, que muchos asi lo entenderán y executarán.

Por mas que algunos reprueben el

y por la otra, hace mucho honor á la lengua Española, porque demuestra su feliz flexîbidad y abundancia, para poder expresar con justa equivalencia todo quanto hay bueno y bello en los grandes Maestros de la antigüedad. De estas ventajas tan apreciables carecen sin duda la mayor parte de las lenguas modernas, y señaladamente la Francesa, *segun podemos hacer juicio por las traducciones, que tenemos de sus mas célebres Traductores.*

uso de las voces antiguas, no se debe dudar, que usadas con moderacion añaden mucha gracia, belleza, y magestad, como lo han practicado todos los buenos poetas. Bien persuadido estaba Herrera de esta verdad, y de las razones, que hay para hacerlo asi. " Las voces
» antiguas (dice en sus Comentarios), y
» traidas de la vejez, segun dice Quinti-
» liano no en un solo lugar, no solo tie-
» nen quien las defienda, y acoja, y es-
» time, pero traen magestad á la ora-
» cion, y no sin deleyte; porque tienen
» consigo la autoridad de la antigüedad,
» y les dá valor (diciéndolo asi) aque-
» lla religion de su vejez. Y porque es-
» tán desusadas, y puestas en olvido,
» tienen gracia semejante á la novedad,
» demás de la dignidad, que les da la
» antigüedad mesma; porque hacen mas
» venerable y admirable la oracion aque-
» llas palabras, que no las usarán todos.
» Pero importa mucho la moderacion,
» porque no sean muy freqüentes, ni ma-
» nifiestas, porque no hay cosa mas odio-
» sa, que la afectacion; y que no sean

» traidas de los últimos tiempos, y del
» todo olvidados. Es el uso certísimo
» maestro de hablar; y el sermon con
» que habemos de publicar nuestros con-
» cetos, ha de ser tratado y recibido, co-
» mo la moneda que corre: *mas esto no*
» *impide á la renovacion de los vocablos*
» *antiguos, ni á la invencien de los nue-*
» *vos.*«

Pero conviene aclarar mas este punto, para evitar toda equivocacion, y no dar motivo á que unos censuren, y otros se tomen mas licencia de lo que es debido. Primeramente es necesario distinguir las palabras antiguas de las antiquadas. No llamaré yo antiquadas, ni aun antiguas á aquellas voces, que ya no las usan en sus escritos los que no han estudiado su lengua, ni saben mas de ella, que precisamente aquello poco, que han aprendido del trato y conversacion familiar. Mucho menos tendré por antiquadas infinitas voces, y frases puras y elegantes, ya desusadas en las traducciones modernas, en cuyo lugar se han substituido otras bárbaras, estrañas y ridículas. ¿Aca-

so por temor de ser notado de afectacion diré yo: *feble*, *cangear*, *garantir*, *rango*, *producirse con brillantez*, *entrar en detalle*, y otras infinitas monstruosidades, con que en vez de enriquecer la lengua, se va de dia en dia adulterando y corrompiendo lastimosamente? Pero si queremos reprender á estos miserables escritores, y les advertimos, que antes de ponerse á escribir aprendan la propiedad de su lengua; al punto se acogen al *licuit*, *semperque licebit* de Horacio, y piensan haber dado una respuesta concluyente. Seria cosa prolixa el detenernos aqui en explicar por menor todo lo que en el citado lugar dice Horacio en orden á la introduccion de voces nuevas: bastará insinuar algunas reflexîones. Conocia muy bien Horacio, que la lengua latina no era tan rica y abundante, como pudiera serlo en el dialecto poético, por el escrúpulo que tenian los Romanos de usar de voces nuevas. ¿Por qué se ha de llevar á mal, que yo introduzca algunas voces nuevas, supuesto que Caton y Enio con sus escritos tanto la han en-

riquecido? ¿Por qué se ha de negar á Virgilio, y á Vario la licencia, que se concedió á Cecilio, y á Plauto? Téngase pues entendido, que siempre será lícito introducir voces nuevas, siempre que en su formacion muestren el caracter del gusto presente. Usando pues de esta justa licencia, introduxo muchas voces y locuciones nuevas, enriqueciendo el lenguage poético, como arriba hemos dicho; pero esta no la estiende mas que á la poesia. Las voces y frases poéticas lejos de hermosear la prosa, la afean: seria tan ridículo el que en prosa castellana dixese *hervoso*, *purpurar*, *ovoso*, *crispante*, como el que en un discurso latino dixese *natus*, *genitor*, *lethum*, *libare oscula*. Esto lo saben hasta los niños.

¿Pero el uso, dirán, no es la norma, árbitro y juez de la habla, segun el mismo Horacio? Asi es sin duda; ¿pero de quién se ha de tomar este uso? ¿Adoptarémos por legítimas las voces y locuciones, que se usan en el vulgo? Esto ya se ve, que seria un delirio. ¿Tendrémos por puro el lenguage, que usa en nuestros

dias la mayor parte de miserables traductores de libritos franceses? Si asi fuera, ya se podian añadir algunos millares de voces y frases ridículas al Diccionario de nuestra lengua, y deshechar por antiquada la mayor parte de él: y lo que es peor, se debia reformar del todo la syntaxis castellana, corrompida y desfigurada lastimosamente en tales traducciones. No siendo pues el uso del vulgo, ni el de los malos escritores el que debe servir de regla en el hablar; se sigue necesariamente, que solo nos debe servir de norma el uso de los doctos, de los que han hecho un estudio serio y diligente de su lengua, y han reprobado é introducido algunas voces y locuciones con juicio y discernimiento, por ser mas acomodadas al gusto presente. Por tanto se tiene ya con mucha razon por afectacion ridícula el usar de *ca*, *agora*, *por ende*, *á guisa*, y otras infinitas á este tenor; porque en su lugar han sucedido otras igualmente puras, usadas por todos los doctos. Aun me atreveré á decir, que no solo no debe ser reputado

por corruptor, sino por muy benemérito de la lengua, el que con justa necesidad, y con la debida precaucion introduzca algunas voces nuevas, siempre que en su formacion tenga presente la analogia castellana. Por exemplo en la traduccion de la Historia Natural de Buffon se verá precisado el traductor, ó á explicar infinitas cosas por rodeos viciosos, ó con voces equívocas (cosa muy reprensible en materias científicas), ó á expresarlas con términos, que en vano se buscarán en nuestros Autores castellanos: en tales circunstancias la prudencia dicta, que despreciando las pueriles censuras de los ignorantes, se introduzcan todas las voces, que fueren necesarias para la mas clara inteligencia: el que por este título censurase al traductor, es acreedor al desprecio de los hombres de juicio; los quales saben muy bien, que ninguna lengua se puede llamar absolutamente completa; y que realmente se enriquece, quando sin alterar su caracter, se le añaden voces de que carece.

Esto se entiende de la prosa; pero en

el verso reynan otras razones muy diversas. Tomemos en él tambien por norma el uso; ¿pero qué uso ha de ser este? Creo que ningun hombre de juicio dirá, que tomemos por regla del lenguage poético á las coplas vulgares. ¿Pero podrá servir siquiera el uso de los que han versificado desde mediados del siglo pasado hasta el presente; esto es, los cultos, equivoquistas, y conceptistas? ¿De aquellos, digo, que abandonando la naturaleza y verdad, la belleza, deleyte é instruccion en sus versos, solo cuidaron de que ningun verso fuese vacio de concepto falso, equívoco ridículo, juguete pueril de palabras, ó todos ellos en algarabia greco-latina? Llamemos al arroyo *cítara de cristal con trastes de oro*; á las aves *ramillete volante*, *ó prado aligero*; *razon de metal* al freno de un caballo; á las flores *estrellas del prado*; á las estrellas *flores del cielo*; y otros mil delirios de que están llenas hasta las mismas Comedias. Si este estilo no agrada, usemos de otro no menos gracioso: digamos *agrícola*, *flagelo*, *coruscar*, *ar-*

gento, *espavento*, *flêbiles ancilas*; ¿pero qué necesidad hay de repetir estas y otras ridiculeces semejantes, de que todos los hombres de gusto abominan? Quede pues sentado, que ni el lenguage de las coplas vulgares, ni el de los corruptores de nuestra poesia debe servir de norma: veamos si podrá serlo el de muchos de este siglo, y de nuestros dias, esto es, de los versificadores en prosa rimada. Muchos hay, que sin mas estudio que el arte de Rengifo con su rimario, se atreben á profanar la mas bella y dificil de las artes; y en consiguiendo completar de qualquier modo el verso, y acomodar el concepto á la rima; juzgan haber ya arribado á lo sumo de la perfeccion. Estos miserables copleros tienen muy poco influxo en la corrupcion de la poesia; porque regularmente sus versecillos faltos absolutamente de belleza, novedad, entusiasmo, llenos de pensamientos falsos, ridículos, ó pueriles, aun quando los publiquen, no tienen ningun atractivo, ni recomendacion, para que sean leidos, ni imitados; y con la

misma facilidad con que se componen y publican, quedan sepultados en eterno olvido. Tales son á juicio de los doctos, y aun del vulgo, la mayor parte de las composiciones, que en estos últimos años se han publicado con motivo de las felicidades de la Nacion. Pero hay otros, que ó por sus destinos y empleos, ó por su fama de sabios (y sin duda lo serân en otras materias) tienen bastante autoridad y reputacion en la república literaria; la qual pasa de sus personas á sus escritos. El vulgo de los eruditos, que no puede persuadirse, que un excelente Teólogo, ó Matemático puede componer coplas muy perversas; busca, lee, y procura imitar con ansia las poesias de tal sabio, que ha dado ya muchas pruebas de sus profundos y vastos conocimientos en varias ciencias; y que *por desahogo de tareas mas serias* le vino deseo de hacerse ridículo en la posteridad por sus versecillos despreciables. Estos como tienen tan baxo concepto de la poesia, juzgando que no hay mas dificultad en ella, que el rimar qualquier pensa-

miento infeliz con qualesquiera palabras y expresiones; la toman por diversion, (asi lo dicen) y componen sobre todos asuntos tomos enteros de coplas frias, insipidas, desaliñadas, pobres de invencion y estilo, con aquella satisfaccion, que inspira la ignorancia. Esta especie de versificadores puede perjudicar infinito á la poesia, por la opinion que se tiene de su literatura; mayormente si son de aquellos, que no contentos con profanar el arte, quieren hacer pasar por preceptos sus errores, citando en defensa de sus despropósitos doctrinas y autoridades, ó falsas, ó mal entendidas. Seria cosa muy prolixa el detenerme en demostrar lo errado de estas opiniones; solo advertiré á los tales de paso, que hay otros muchos caminos sin duda mas seguros, y aun mas fáciles que la poesia, para arribar á la inmortalidad: que no es estudio para tomarse por diversion, ó desahogo de otros; antes bien quizá no hay otro mas arduo. Para ser excelente en alguna ciencia, aun de las mas profundas, basta un gran conjunto de in-

genio y juicio con la debida aplicacion y estudio: para la poesia no basta. Por tanto obrará prudentemente el que mirándola, ó con respeto, ó con desprecio, se abstenga de profanarla, y de hacerse ridículo para con los inteligentes, con sus versos frios, prosaicos, y miserables. Los Franceses es cierto, que en sus versos no usan de otro lenguage, que del prosaico; pero este es un defecto de su lengua, tal vez ya irremediable, de que se lamentan algunos escritores suyos de juicio. Pero otros, aunque conocen esta gran falta de su lengua, no quieren confesar, que lo es: y á manera de aquella raposa de Esopo, que perdida su cola, aconsejaba á las demás se la cortasen, como carga y peso superfluo; quieren persuadir á los Españoles é Italianos, que dexen su lenguage poético, y los imiten en rimar prosa de gazeta. Demasiado va cundiendo esta nueva secta en España, viéndola apoyada con la autoridad de tantos hombres respetables por otras circunstancias: y es de temer se llegue enteramente á desterrar nuestro

lenguage poético, y todo buen gusto en la poesia, si no se hacen los mayores esfuerzos para sostenerlo. Este peligro es mucho mayor, si se considera, que son infinitos los que aspiran al nombre de poetas sin las prendas necesarias; y no teniendo mas dificultad esta nueva secta, que el de completar el verso, y acomodar el concepto á la rima, desterrados los vuelos y raptos poéticos, las grandes y bellísimas imágenes fantásticas, en una palabra, todas las galas y adornos de esta arte divina; es preciso que se vaya propagando generalmente por su gran facilidad, la qual todos procuramos en nuestros estudios, que ya por lo comun se dirigen mas á la ostentacion, que á la utilidad. En este caso, que se debe temer ya muy cercano, vendrá á parar nuestra poesia del extremo de la superfluidad y luxo al de la mayor pobreza, sequedad, y miseria: vicio tanto mas detestable, quanto lo es la avaricia respecto de la prodigalidad. Tan dificil es saberse contener en un prudente medio.

Volviendo pues á nuestro Herrera, decimos, que usó de las voces antiguas con moderacion y prudencia; y aunque algunas nos parezcan al presente antiquadas, en su tiempo no debian ser tenidas por tales, sino quando mas por antiguas. Esto lo hizo con mucho estudio, segun se muestra por lo que él mismo escribió en orden á esto en sus comentarios á Garcilaso. Dice asi: "Por nuestra ignorancia
» habemos estrechado los términos esten-
» didos de nuestra lengua, de suerte,
» que ninguna es mas corta y meneste-
» rosa que ella; siendo la mas abundan-
» te y rica de las que viven ahora. Por-
» que la rudeza y poco entendimiento de
» muchos la han reducido á estrema po-
» breza; escusando por delicado gusto,
» siendo muy agenos del buen conoci-
» miento, las dicciones puras, propias y
» elegantes. Los Italianos, hombres de
» juicio y erudicion, y amigos de ilus-
» trar su lengua, ningun vocablo dexan
» de admitir, sino los torpes y rústicos:
» mas nosotros olvidamos los nuestros,
» nacidos en la Ciudad, en la Corte, en

» las casas de los hombres sabios, por » parecer solamente religiosos en el len» guage; y padecemos pobreza en tanta » riqueza, y en tanta abundancia. Per» mitido es, que el escritor se valga de » la diccion peregrina, quando no la tie» ne propia y natural, ó quando es de » mayor significacion; pero nosotros so» lo por huir el nombre de ignorantes, » publicamos la ignorancia de la pruden» cia, y el poco juicio nuestro; deshe» chando las que son en nuestra lengua » puras, hermosas y eficaces, y sirvien» donos de las agenas impropias, y de » significacion menos vehemente. Si esto » es enriquecer la lengua y adornalla, » júzguenlo los que saben, y tienen ver» dadero conocimiento de estas cosas.«

Pero aunque todo lo que hasta aqui se ha dicho sobre el lenguage poético, va fundado en la doctrina y práctica de los mejores escritores; no faltarán algunos, que lo consideren, como una vana apologia de una mala causa. Tampoco faltarán ciegos apasionados de la poesia Francesa, que crean, que el que esto

escribe, ó no la entiende, ó la aborrece injustamente. A los quales debo advertir, que estudio, admiro, y venero á los Poetas Franceses, porque realmente hay en ellos mucho que aprender y admirar; pero en el lenguage los compadezco, porque no es culpa suya, que su lengua no tenga dialecto poético.

Sola una objecion se me puede hacer con algun fundamento sobre el lenguage de Herrera, con la autoridad de uno de nuestros mayores ingenios, cuyo mérito me debe el mas profundo respeto. Este es el gran Quevedo, que censuró algunas palabras de Herrera en el prólogo, que puso á las poesias del Bachiller Francisco de la Torre; las quales han dado en decir son suyas, sin mas fundamento, que unas congeturas muy débiles; siendo asi que él dice muy seriamente no lo son; y aun quando lo afirmase, qualquiera que tenga algun conocimiento de estilos, dudára creerlo. Con harto sentimiento me veo precisado á manifestar la inadvertencia de un varon tan justamente acreditado, á quien profeso

la mayor veneracion ; pero quando se trata de poner en claro alguna verdad, se debe posponer qualquier otro respeto. No diré yo, que en su censura procedió Quevedo como ignorante, ni como envidioso del mérito de Herrera; solo diré, que juzgó con demasiada precipitacion: asi como fue tambien falta de reflexîon el que en la introduccion al *Cuento de cuentos* reprendiese el usar en castellano de dos negaciones para negar absolutamente. Esto fue sin duda inadvertencia; pues como tan versado en la lengua Griega no podia ignorar, que á cada paso se hallan en ella dos y tres negaciones, para negar con mas ahinco; y por consiguiente la reglilla *dos negaciones afirman*, quando mas puede servir para la lengua latina (y aun no faltan exemplos de lo contrario en Autores de pura latinidad); pero no es regla general, que comprenda á todas las lenguas, ni tiene ningun lugar en castellano. Del mismo modo quando censura á Herrera, no reflexionó, que reprende en él como defectos aquellas mismas cosas,

que en Virgilio precisamente alabaria por primores. Y para que esto se vea mas claramente, exâminemos con particularidad su censura, que dice asi: "Es-
„ tas voces, que con algun ceño se leen
„ en Fernando de Herrera: *ovosa*, *pen-*
„ *sosa*, *pocion*, *crispar de ojos*, *rela-*
„ *zar*, *sañosa*, *ensandece*, *ufania*, *pa-*
„ *vor*, *adola*, *espirtu*, sincopa, que no
„ tiene otro misterio, sino que en el
„ verso no cabe *espíritu*. Como las vo-
„ ces *do* por *adonde*, y *vo* por *voy*; que
„ si bien Francisco de Rioja dice se hi-
„ zo con cuidado y exâmen docto, cons-
„ ta de las obras no ser otra cosa, sino
„ no caber en el verso la palabra *adon-*
„ *de* y *voy*." Aun quando se concediese, que en todo esto fue acertado el juicio de Quevedo; solamente se inferia, no que su estilo sea vicioso, pues en lo demás lo alaba con razon; sino que Herrera usó de algunas voces reprensibles; pero no sé yo por qué se han de leer *con ceño* unas palabras muy poéticas, significativas y nobles. *Ova* es palabra muy pura; ¿y por qué no podrá el poe-

ta derivar de ella el adjetivo *ovoso*, epiteto bello, expresivo y sonoro? ¿Pudo Quevedo formar de *hazaña* un adjetivo nuevo, para decir con belleza y magestad *espíritu hazañoso*; y no ha de ser lícito á Herrera decir *faz ovosa*? No, Señor; porque pudo decir *cara llena de ovas*. Tales son las frases poéticas equivalentes, que suelen sustituir á las de Herrera los modernos reformadores de nuestro dialecto poético. Lo mismo se debe decir de *pensoso*, porque es muy sonoro, grave, y de mejor formacion que *pensativo*, además de ser este prosaico. *Relazar*, *sañoso*, *ensandecer*, *ufania*, y otros infinitos vocablos de esta naturaleza, introducidos por Herrera, son muy bellos y expresivos; y mientras que no se pruebe que no deben usarse voces nuevas en la poesia, mas bien debemos alabarle, que censurarle por esto. *Pocion*, *crispar de ojos*, *pavor*, y otros muchos á este tenor, que pudiera Quevedo haber observado en Herrera, son voces peregrinas; las quales, como ya se ha dicho, añaden mucha gracia al verso, quando se usan con

moderacion y necesidad. Estas dos circunstancias son muy necesarias, para no incurrir en el vicio de los *Cultos greco-latinos*; pero en las mas de las que usó Herrera se verifican. Digo en las mas, porque he observado tres ó quatro introducidas sin necesidad, de sonido desapacible, y que no tienen magestad, ni gracia: tales son *adola*, censurada justamente por Quevedo, *nucir* y *fucilar*; pero no son de esta naturaleza las otras, que reprende. *Pocion* es de una formacion muy análoga á otras infinitas, de que careceríamos, si al principio hubiesen sido nuestros escritores tan escrupulosos, como aqui se muestra Quevedo: es noble, y de buen sonido; y hay evidente necesidad de ella en la poesia, porque *bebida* es voz muy prosaica, y haria ridículo el verso, en que se usára. Por esto jamás dixo Virgilio en toda la Eneida, *panis*, *triticum*, *prandium*, *coenare*, *dormire*; y otras muchas voces de cosas muy comunes, las quales siempre expresa poéticamente: por lo mismo dice siempre Herrera, *faz*, *veste*, *crin*, *cri-*

nado, *&c.* porque *cara*, *vestido*, *pelo*, *peludo*, son voces muy viles, que no tienen lugar en la poesia noble. Y ciertamente es muy de estrañar, que se muestre aqui Quevedo tan rígido censor de estas voces, estando sus versos llenos de otras semejantes, quizá no tan bellas, ni introducidas con tanta necesidad, como son *larvas*, *torva*, *almas corvas*, *rugosa*, *procelosa*, *rigente*, *veneno tyrio*, *las almas*, *que respira Tracia*, por los vientos, *muerte seca*; *de anhelantes espumas argentaba la razon de metal*; todas las quales sin embargo no miraré yo *con ceño.*

Permítaseme observar aqui, que nuestro Quevedo fue muy poco diligente en usar de un lenguage escogido y noble, mezclando sin distincion en la poesia mas elevada voces y expresiones muy baxas y groseras: en lo qual no es mi ánimo disminuir un punto su verdadero y singular mérito, sino solo dar este desengaño y advertencia á los incautos, que alaban, é imitan sin distincion todo lo que hallan en los Autores célebres. Don-

de mas claramente se conoce esta falta, es en las composiciones mas bellas por otra parte: en uno de sus mejores sonetos dice: *Cogiendo á Dios á solas entre dientes, comunicas á sus orejas las cosas, que recatas de las gentes.* En otros dice: *tragar*, *comilon*, *greñas peynadas*: á veces destruye la belleza de todo un excelente verso por una palabra baxa, como en este: *De quien indigno calza el sol las plantas.* No me quiero detener mas en alegar otros muchos exemplos, pues estos bastan para mostrar, que se debe desconfiar del voto de Quevedo en orden al buen gusto en el lenguage poético.

Reprende la síncopa de *espirtu*, diciendo, que no tiene otro misterio, sino el no caber en el verso *espíritu*, como tambien *dó*, *vó*, *estó*. Esta censura tan pueril es muy de estrañar en un hombre tan erudito; porque si por la razon que alega, es reprensible la sincopa de *espíritu*, tambien lo serán todas las sincopas, que usaron Griegos y Latinos. Y no hay que decir, que en la poesia cas-

tellana no se puede usar de esta figura, puesto que los mejores poetas la han usado: Bartolomé Leonardo dixo *espirtu*: Garcilaso *pudierdes*, y otros muchos, que omito, por no molestar con una cosa tan sabida. La objecion de que asi se hace, por no caber la voz entera en el verso, mas parece propia de un Gramático ridículo, que de un Quevedo: es sin duda, que no cabe la voz entera en el verso, segun está; pero ¿quién tendrá tan baxo concepto de los buenos poetas, que usaron de las síncopas y otras figuras, que crea no pudieron variarlo de mil modos, para no cometer esta figura, si fuese defecto, y no un adorno de la poesia? Nuestro Pinciano, que tenia bien entendida esta materia, como si hubiese previsto la objecion de Quevedo, dice asi hablando del lenguage poético: "Por cierto (dixo el
» Pinciano) yo entendia, que los poetas
» forzados del verso, y no voluntarios,
» usaban de estas licencias. Y Hugo re-
» plicó como enojado: Vos, Señor Pin-
» ciano, pensais haber entendido estas
» pláticas, y no es asi, pues las llamais

„ licencias: llamadlas como Aristóteles, „ y diréislas grandezas; ó llamadlas co- „ mo dice la razon, y diréislas mages- „ tad.“

Y mas adelante añade, hablando sobre lo mismo: “ Yo no sé, dixo el Pin- „ ciano, qué grandeza sentis en quitar y „ poner sílabas, que los poetas metrífi- „ cos hacen por la comodidad del ver- „ so. Hugo se rió mucho, y Fadrique di- „ xo: vos no os acordais, que los bue- „ nos poetas no usan de estas alteracio- „ nes de vocablos por el verso, que con „ mudarlo de otra manera, quedaria he- „ cho; sino por la grandeza. La nove- „ dad y alteracion del vocablo hacen, „ como he dicho, al lenguage peregri- „ no y alto; y esta, y no otra es la ra- „ zon. El Pinciano replicó: yo he oido „ decir muchas veces, esta letra fue qui- „ tada, ó añadida por causa del verso. „ Y Fadrique: decis muy bien; y ese „ *por causa* quiere decir, en el buen „ poeta por discrecion, y en el malo „ por ignorancia.“ Con esta autoridad me parece queda deshecha la inadverti-

da objecion de Quevedo en orden á todo lo que se llama licencias poéticas, las quales censura asi: "Como las voces *do* » por *donde*, y *vo* por *voy*; que si bien » Francisco de Rioja dice se hizo con » cuidado y exâmen docto, consta de las » obras no ser otra cosa, sino no caber » en el verso la palabra *adonde* y *voy*." Bien merecia semejante censura todo el enojo, ó las carcajadas de Hugo: y á la verdad tales errores no se debian refutar de otro modo; pero por respeto á tan grande ingenio nos abstendrémos de la burla, y de la severa reprension. Francisco de Rioja, excelente poeta, y de gusto muy superior al de Quevedo, dice, y con mucha razon, que Herrera usaba con docto estudio de *vó*, *estó*, *dó*, *entonce*, *apena*, y otras figuras semejantes; el qual pasage por ser de un poeta tan ilustre, quiero copiar aqui. Dice, pues, asi en la censura, que dió al Conde de Olivares de las poesias de Herrera: "Esparció en sus versos algunas » palabras antiguas, ó por el sonido, ó » por la significacion, ó por dar artifi-

» ciosamente antigüedad á la oracion;
» cosa que hicieron los ilustres Poetas y
» Escritores de no vulgar sabor en las
» letras. Tambien reduxo otras voces á
» su entereza, que la licencia, ó la ig-
» norancia popular habia cortado y dis-
» minuido. Fue diligentísimo en los nú-
» meros, cuidando siempre con arte, que
» ayudasen á significar las cosas, que
» trataban, asi como lo hizo Virgilio.
» Pero algunos por no entender este se-
» creto, dicen, que tiene faltos de síla-
» bas los versos. Virgilio dixo:

Ter sunt conati imponere Pelio Ossam.

» Que para denotar la dificultad del ca-
» so, no hizo sinalefa. Y usó esto algu-
» nas veces Fernando de Herrera: en el
» soneto 58 del libro 3:

Huyo, y vo alejándome; mas quanto.

» Y en el soneto 60:

Del golpe y de la carga maltratado
(1) *Me alzo apena, y á mi antigua guerra.*

» Ninguna cosa hay en este Autor, que
» no sea cuidado y estudio, aun en la
» trasposicion de las palabras, de que
» usa tal vez; siendo asi que se obscu-
» rece la oracion. Pero lo que fuera cul-
» pable, no habiendo causa para hacer-
» lo; quando se hace con ella, es dig-
» no de toda admiracion. Por esto es ma-
» ravilloso aquel verso del quinto de la
» Eneida:

Sternitur, exanimisque tremens procumbit humi bos.

» y otros muchos, que no refiero, en
» los quales por la significacion quiso,
» que sirviesen los números á la sentencia.
» Nuestro Autor hizo lo mismo en la
» *Gigantomachia*:

(1) Vease demostrada en estos dos exemplos la falsedad de lo que dice Quevedo; pues en ambos cabe muy bien *voy* y *apenas*.

Un profundo murmurio lejos suena,
Que el hondo ponto en torno todo atruena.

„ Nada de lo que escribió dexa de ser „ muy lleno de arte; pero nunca la exe„ cutó con tan poca prudencia, que no „ la ocultase con destreza. Hasta aqui „ Rioja.“

Y para que mas claramente se vea, que Herrera asi lo entendia, y por tanto lo practicaba; pondrémos aqui una de sus notas á Garcilaso, en que explica el estudio con que trabajaba sus versos. Dice asi, hablando de las diéresis: "Sin „ duda que estas divisiones hechas artifi„ ciosamente dan grande resplandor á la „ poesia, y la retiran de la *comunidad* „ *de los que solo hacen versos.* Pone despues el mismo exemplo que Rioja, y prosigue: „ Con estas dos distracciones y „ apartamientos representa mejor la gran„ deza del monte, y la pesadumbre y di„ ficultad de lo que trata. Con esta imi„ tacion para dar á entender casi seme„ jante dificultad y aspereza, osé yo decir:

El yerto hórrido risco despeñado,
Y la montaña áspera parece.

„ Y para negar la entrada y impedilla:

Aqui no entra quien no es desdichado.

„ Y para mostrar lo que se siente y due-
„ le la division y apartamiento:

Divídenme de vos, ó alma mia.

„ Y habiendo dicho:

Tan cansado y perdido, que no tengo
Fuerza para arribar, y nunca vengo.

„ Con mejor consejo lo mudé asi:

Para arribar fuerza, y nunca vengo.

Y concluye: „ Permítaseme esta licencia, „ que usurpo en querer mostrar el cuida- „ do de estos versos; porque no hallar „ facilmente otros exemplos en nuestra „ lengua, me ofreció ocasion y osadia „ para ello.«

Con estas autoridades, y la doctrina arriba insinuada, me parece quedan refutadas sólidamente todas las censuras,

que en orden al lenguage se han hecho, ó pueden hacer contra Herrera. Es asi, que á ningun otro poeta debe tanto nuestro lenguage poético, como á Herrera; él enseñó el modo de enriquecerlo, y de hecho lo aumentó considerablemente de voces y frases nuevas, antiguas, peregrinas; las quales si se hubiesen de expresar todas, seria necesario formar un Diccionario poético. Mostró práćticamente, que nuestra poesia puede admitir todas las bellezas y adornos de la poesia Griega, Latina y Toscana: usó de aquellas figuras, que solo tienen lugar en la poesia; y aunque algunos criticastros le censuren por esto, el exemplo y autoridad de tan excelente poeta fundado en la imitacion de los mejores Escritores, nos debe hacer mas fuerza, que las pedanterias de los que jamás han acertado á componer un verso mediano. Dígolo por aquellos, que censuran sus versos de duros, secos y descarnados: yo en verdad no tengo el taćto tan fino, que pueda distinguir quáles son ó no, blandos, jugosos, y carnosos. Si para ser tales ne-

cesitan de cierta dosis de conceptillos falsos, retruécanos, equívocos, ó de frialdad prosaica; perdónenme los tales censores, si gusto mas de las sequedades y durezas de Herrera. Es verdad, que no son sus versos tan fluidos y armoniosos por lo comun, como los de Valbuena y Lope; pero los excede en artificio y belleza: y por otra parte pueden muy bien los versos bucólicos de Virgilio ser fluidos y numerosos, como realmente lo son, sin serlo tanto como los de Theócrito. Ya en tiempo de Persio decian los criticastros, que los versos de Virgilio eran duros y alcornoqueños. Y no seria fuera de propósito imitar aqui ligeramente el pasage, en que este agudísimo satírico los ridiculiza, si no temiera exasperar la cólera de aquel ó aquellos, cuyos versos seria necesario oponer á los de Herrera, á imitacion del satírico Latino.

Concluiré esta parte del lenguage (en que me ha sido fuerza dilatarme mas de lo que quisiera), con las autoridades de dos insignes estrangeros de acreditado gusto. Don Pedro Napoli Signorelli, que

creo no será notado de afecto á nuestra literatura, segun el concepto, que de él se tiene, dice asi: " La lengua castella-
» na es riquísima, y tiene mucha seme-
» janza con el giro y expresiones de la
» Italiana; y no carece de algun lengua-
» ge poético: tendria mucho mas, si el
» Andaluz Herrera, buen poeta, y feliz
» imitador del Petrarca, fuese mas co-
» nocido de su misma Nacion, y se hu-
» biese adoptado su designio de enrique-
» cer y ennoblecer la poesia castellana."

Y el Conde D. Juan de Conti en la obra arriba citada dice asi: " La locucion
» de nuestro Poeta (es á saber Herrera)
» es de quando en quando suave, pero
» grave por lo comun y nerviosa; ha-
» biendo sido tambien el primero, que
» levantó el lenguage poético castellano
» con el uso de voces antiguas, llenas de
» expresion y de armonia, y con el ma-
» nejo de la trasposicion de las palabras,
» segun lo han practicado los célebres
» Escritores de Italia en la poesia Lati-
» na y Toscana.

Este es el concepto unánime, que del

lenguage de Herrera han formado todos los hombres de gusto, propios y estraños; aquellos, digo, que se han librado de la general corrupcion en la poesia con la atenta lectura de los antiguos. Este es el verdadero camino, que deben seguir los que aspiren á ennoblecer la sentencia con la elocucion; de lo qual no nos faltan excelentes exemplos en nuestros dias, bien que pocos, y desestimados. Lo noble, lo grande, lo magestuoso nunca se envejece, nunca puede llamarse antiquado, por mas que la turba ignorante no lo use: despues de diez y ocho siglos el lenguage de Virgilio y Horacio es la norma para los que escriben versos latinos. Nuestra buena poesia ha estado como muerta y sepultada por mas de un siglo: los que pretendan hacerla revivir, procuren imitar á aquellos, que con tanta dignidad y nobleza la elevaron hasta el mas alto punto; sin contar en este número á los que en este largo vacio han brillado como fuegos fatuos entre las tinieblas de la corrupcion. El mal gusto en las artes y ciencias suele domi-

nar de quando en quando ya en unos, ya en otros pueblos: entonces se miran con ceño las obras, que no se conforman con las ideas dominantes. Pero al fin la posteridad mas ilustrada hace justicia al mérito, aprecia lo sólido, bello, magestuoso; y abomina las superfluidades, extravios, vagatelas pueriles, y todo lo que no se funda en la naturaleza y verdad.

Aun quando el mérito de Herrera en el lenguage no fuese tan sobresaliente, como lo es; seria no obstante merecedor de nuestro mayor aprecio por las demas prendas poéticas, que en él concurrieron. Una fantasia ardiente, viva y rápida, que le eleva sobre todas las cosas criadas: en tan sublime eminencia ve la belleza ideal, aquellas escenas magníficas, aquellos quadros maravillosos, que copiados de su valiente pincel nos arrebatan; trasladando á los ánimos sensibles todo aquel enthusiasmo, de que se hallaba agitado en aquellos felices momentos. En esta disposicion se hallaba Horacio, quando prorrumpió en aquellas sublimes odas:

Non usitata, nec tenui ferar, &c.
Bacchum in remotis carmina rupibus, &c.
Odi profanum vulgus, et arceo, &c.
Quo me, Bacche, rapis tui, &c.

Arrebatado de igual enthusiasmo Herrera se eleva diciendo:

Ya con no usado vuelo me sublimo
Con fuertes alas por el grande campo
Del líquido sereno; y confiado,
En el instable globo el paso estampo.
Y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,
Y en el sanguino, do feroz armado
Marte nunca aplacado
Vibra la hasta cruel, y arroja fuego,
Sin miedo entró; do veo tan estrañas
De los abuelos vuestros las hazañas,
Que quando á dalles justa estima llego,
Veo, que mi osadia en vano emprende
Lo que su luz clarísima defiende.

Y en otra parte:

Ya inferior á mí la tierra veo;
Veo el ondoso ponto, que la baña,
Cortando el giro aerio luminoso;
Y veo en el hermoso
Sol, do vuestras virtudes resplandecen,
Quanta abundancia el cielo en sí contiene.

Estos raptos y vuelos de la fantasia, con que el poeta se eleva sobre las ideas comunes, y discurre por los anchos espacios de toda la naturaleza; asi como no se aprenden por preceptos, asi tambien están fuera de los alcances de un frio gramático. Es necesario estar dotado de una mas que mediana fuerza de imaginacion, para poder seguir al poeta en estos vuelos, y advertir la íntima conexîon que hay entre aquellas imágenes, que al cotejarlas friamente parecen disparatadas, y sin ningun enlace. El que carece de esta facultad en aquel grado necesario, para suplir las ideas intermedias; el que nada ve en aquellos inmensos vacios, por los que pasó rá-

pidamente la fogosa fantasia del poeta; tiene á Píndaro por incomprensible, á Horacio por obscuro, á Herrera por duro, seco y desarreglado. Autor Francés ha habido, que se atrevió á afirmar, que Píndaro no tiene otro mérito, que una ú otra sentencia confundida entre muchos versos despreciables: ¿y qué estraño será haya Españoles, que digan lo mismo de Herrera? Pero esta costumbre de despreciar lo que no se entiende, es ya muy antigua entre los hombres.

No se hallará otro poeta entre los nuestros, que mas haya participado de las prendas de Píndaro, que Herrera: asi es, que los que tengan verdadera idea del caracter Pindárico, admirarán precisamente en nuestro poeta aquellos raptos y vuelos de la fantasia tan extraordinarios y maravillosos. Observarán aquel desorden inimitable, propio solo de los grandes poetas, quando agitados extraordinariamente del ardor poético, no pueden detenerse, para proceder en la expresion de sus ideas con aquella exâctitud, que se requiere en las obras, en que no

tiene lugar el enthusiasmo. Rompen á manera de un torrente impetuoso, todos los diques, que suele oponer un rígido preceptista (1): y para mostrar los nuevos mundos, que van descubriendo en su vuelo rápido, no pueden guardar aquel escrupuloso método, que se exîge del que escribe á sangre fria. En estos felices momentos, que aun en los grandes poetas suelen ser raros; de ninguna otra

(1) De semejantes vuelos, en que corre peligro el poeta, están bien libres los que con la fantasia muy serena se ponen muy de propósito á componer odas Pindáricas, y tomos de versos: hoy escriben una cancion, por exemplo, y saben con evidencia, que mañana escribirán otra. ¡Talentos felices, que tienen siempre á su arbitrio el fuego poético! No necesitan templar el ánimo antes de escribir, siempre están de un mismo temple. Les interrumpe su composicion algun negocio doméstico, ó la visita de un amigo; nada importa: prosiguen despues la tarea de versos, que se han impuesto por dias, sin experimentar la menor alteracion, ni debilidad en su enthusiasmo. Ya tengo concluidas cien odas; y en este mes compondré otras tantas, que

cosa se cuida menos, que del método y exâctitud en las ideas y en las palabras: en tal situacion Píndaro:

.... Per audaces nova dithyrambos
Verba devolvit, numerisque fertur
Lege solutis.

Un severo gramático, que no tenga cuenta con el estado en que á la sazon

formarán un tomito regular, para darlo á la imprenta. Se dividirá en tres partes: la primera contendrá odas Pindáricas; la segunda Anacreónticas; la tercera Horacianas; y aun añadiré quarta parte de una mezcla de estos tres estilos: porque ¿quién duda, que está en manos del hombre el ser Píndaro, Horacio, ó Anacreonte, ó todos tres juntos? ¿Pues para ser un Petrarca, ó Herrera, hay mas que imitarlos, haciendo sonetos, canciones, y elegias sobre zelos, ausencias, favores? Mayormente que carezco de toda sensibilidad; y solo conozco la pasion del amor por el nombre; por lo qual estoy libre de que la fantasia agitada de la pasion se me extravíe, y me haga decir delirios amorosos.

se halla la fantasia del poeta, entra á pedirle razon muy por menor de las menudencias del arte; y advirtiéndolo el defecto, lo censura y condena irremisiblemente.

Pero no se crea, que autorizamos todos los desarreglos, que proceden de la imaginacion desenfrenada: se habla solamente de aquellas licencias, que en todas las lenguas se permiten á los grandes poetas, á los quales no se les debe sujetar á reglillas pueriles; las quales si se hubiesen empeñado en observar, quizá careceriamos de los mejores pasages, que son nuestra admiracion. Y puesto que nos hablan como animados de un espíritu divino; no es estraño, que su lenguage, y modo de presentar las cosas, sea conforme al estado, en que se suponen, y por consiguiente nada comun. Por lo demás el juicio ha de tener tirantes las riendas de la imaginacion é ingenio, para que no se desvoquen: como juez severo debe exâminar prolijamente las riquezas, que traen á su tribunal las otras dos facultades de sus largos via-

ges : deseche lo falso , cercene lo superfluo , elija lo conveniente , y coloque en su lugar propio cada cosa : este es el oficio del juicio maduro , despues de pasado el primer ardor. Por carecer de esta facultad tan precisa, muchos de nuestros poetas dotados de ingenio , y fantasia en sumo grado, no han excedido en todos los géneros de poesia á los modernos de otras Naciones, y han igualado á los antiguos. ¿Qué imaginacion mas fecunda y fogosa , que la de nuestro Lope de Vega? Pero al mismo tiempo ¿quién no se indigna al ver obscurecidos los mayores rasgos de su enthusiasmo con torpes borrones , por no haber acertado su juicio á discernir lo conveniente? Asi es que en sus composiciones al lado de pasages , que nos hacen olvidar de Homero y Virgilio , se ve un conjunto de despropósitos y extravios muy reprensibles. Al contrario Herrera, en quien el juicio era igual al ingenio , y el buen gusto adquirido con la atenta observacion de los Antiguos, le habia acostumbrado á volar libre y

seguramente : de tal suerte soltaba la rienda á su fantasia en busca de lo bello y maravilloso, que jamás la permitia extraviarse, ni exceder los justos límites: bien asi como un diestro músico quando toca un instrumento, cuyo manejo posee perfectamente, dexa discurrir por él sus dedos con aquella libertad, que le asegura el largo uso y experiencia del acierto. Asi que uno y otro, esto es, las prendas naturales, y el estudio son las que forman los grandes poetas, que nos arrebatan, nos imprimen sus afectos, hacen inmortales sus asuntos, y nos instruyen con deleyte. Los que carecemos de dichas prendas, contentémonos con observarlas con admiracion y respeto en las obras de los grandes genios, sin presumir jamás imitarlos. Si asi lo hubiesen entendido muchos, se abstendrian de intitular sus coplas frias, ó desarregladas, *Odas Anacreónticas*, *Horacianas*, y si Dios quiere, *Pindáricas*. Esto de los títulos es cosa, que está en manos del autor; porque si Dante intituló *Comedia* á su poema; qual-

quier otro puede muy bien llamar Epopeya á la fria narracion histórica de qualquier suceso; Odas Anacrónticas á unos discursos político-ridículos, siempre que estén en versos de siete sílabas; y Odas Pindáricas á qualquira cosa escrita en verso, con tal que cuide de poner de cierto en cierto número de versos *stropha*, *antistropha*, *épodo*, nombres prodigiosamente misteriosos, puesto que tienen la virtud oculta de convertir el yelo en fuego, esto es, los versos mas frios y despreciables en el fogoso espíritu de Píndaro, cuyo caracter de poesia y mérito mas infaman, que imitan. Herrera no alcanzó este secreto; pues jamás se acordó de estos ridículos nombres: pero aunque estos, y el título de Pindáricas falte á algunas de sus odas, los que no hacen mucho caso de los títulos, y penetran en las entrañas de las cosas, nos aseguran, que realmente en ellas y en algunos sonetos se descubre claramente el caracter Pindárico. Quál sea este, por lo que hace á la fantasia, ya lo hemos insinuado brevemente, por-

que no es de este lugar explicarlo con mas extension: veamos ahora qué parte tiene el ingenio, y quál se requiere para esta especie de poesia.

Un ingenio profundo y filosófico podrá adornar sus composiciones con imágenes nuevas, reflexìones de otros no advertidas; ó á las cosas comunes darles un aspecto de novedad, que produzca un deleyte maravilloso. Pero el ingenio vasto y fogoso además añade la belleza de presentar en un punto de vista reunidos infinitos objetos, que á los ingenios comunes parecen muy distantes y opuestos. Vuela rápidamente por toda la naturaleza visible é invisible; y en un momento trae lo mas precioso, escogido y admirable que hay en ella, para adornar su obra. El entendimiento del hombre, ansioso sobre manera de aprender con poca fatiga cosas nuevas, asi como los ojos de mirar; percibe un indecible deleyte, quando de una ojeada ve todas aquellas riquezas, que le hubiera sido muy dificil ó imposible adquirir por sí mismo. Asi es como Pínda-

ro se ha hecho la admiracion de los hombres de gusto de todas las edades y naciones; y esto mismo es lo que debe hacer inmortal á nuestro Herrera. Su vasto ingenio junto con su fantasia ardiente no le permiten á veces mantenerse en el suelo, tomar la lyra, invocar á las Musas, y convidar á los hombres á escuchar su canto: se remonta sobre las nubes, penetra el Olimpo, y nos refiere lo que pasa entre las Deidades.

Ciertamente no hay elogios suficientes para expresar la sublimidad de sus canciones, en que ya imita la poesia Griega, ya la Hebrea; demostrando con tan excelentes exemplos, que nuestra poesia es capaz de todas las bellezas, que honran, y hacen apreciables á los antiguos y modernos de todas las Naciones. Y porque no se crea, que esta es una exâgeracion, hija del afecto nacional, ó de la pasion á Herrera; vease lo que dice un ilustre extrangero (1) de ex-

(1) El Conde D. Juan de Conti en la obra arriba citada.

quisito gusto, de algunas de sus composiciones; lo qual no solo servirá de testimonio irrefragable de mi asercion, sino tambien de modelo para hacer exâmen crítico de poesias: el qual ciertamente no consiste en decir, esto es excelente, aqui hay enthusiasmo, y otros mil elogios vagos; si no se señala dónde está lo admirable, y se dan las razones para probarlo. Sobre la cancion:

Quando con resonante, &c.

Dice asi:

"Entre los guerreros, que mas se
» distinguieron (en la sujecion de los Mo-
» riscos de las Alpujarras, la qual dió
» materia para esta oda) merece el pri-
» mer lugar Don Juan de Austria, que
» puso fin á una empresa de tanta im-
» portancia. Este valeroso Príncipe, y
» la grandeza del suceso encienden de
» divino enthusiasmo á nuestro poeta;
» hecha mano de la lyra y canta; sigá-
» moslo en su vuelo.

» Su enardecida fantasia, á la qual se

» representan como pequeños todos los
» héroes de la tierra en competencia del
» suyo, se remonta hasta buscar en el
» cielo comparaciones de valor en las
» empresas de los Dioses, fixándose en
» la mas célebre, que es la derrota de
» los Gigantes (de los quales eran viva
» imagen los Moriscos por su fiereza é
» impiedad, y por la eminencia del si-
» tio, desde donde pelearon), y hace
» brillar mas que á todos en aquel con-
» flicto á Marte, Dios de la guerra, pa-
» ra poner á su héroe en parangon de
» una Deidad tan grande.

» No se necesitaba mas que esta com-
» paracion para suministrar suficiente ma-
» teria á la formacion de una oda; pues
» la batalla de los Dioses con los Gigan-
» tes, y la de los Españoles con los Mo-
» ros, abrian un espacioso campo á imá-
» genes elevadas y vigorosas. Pero no
» contentándose con esto el poeta, y as-
» pirando á mayor sublimidad en la in-
» vencion, introduce cantando á un Nu-
» men, ocultándose á sí mismo con arti-
» ficiosa ilusion, como inferior á la gran-

» deza del argumento : ¿y á qué Numen?
» A Apolo, Dios del canto : ¿y dónde?
» En el Olimpo : ¿y en presencia de quié-
» nes? De toda la asamblea de los Dio-
» ses.

» Veamos ahora como la invencion
» sube todavia mas de punto, disponien-
» do el poeta, que la accion ya pasada
» la cante Febo, como si estuviera por
» suceder. Inclinado el hombre á lo ma-
» ravilloso, y amante de sí mismo y de
» su patria, de que se considera parte;
» no puede menos de experimentar una
» sensacion sumamente agradable y li-
» songera al oir, que sus varios sucesos,
» y los de su nacion hayan ocupado la
» atencion de los Dioses tantos siglos
» antes de acaecer el hecho ; y que es-
» taban ya decretados y dispuestos, co-
» mo cosas de la mayor importancia. La
» nobleza de semejante artificio de la
» poesia, que representa como por ve-
» nir lo ya sucedido, y la fuerte impre-
» sion que produce, se colige completa-
» mente del canto 6 de la Eneyda, en
» el qual muestra Anquises á Eneas las

„ almas, que por disposicion eterna ha-
„ bian de animar un dia los cuerpos de
„ sus gloriosos descendientes.

„ Finalmente añade Herrera grande-
„ za á su invencion, haciendo á Apolo
„ vaticinar el suceso inmediatamente des-
„ pues de la derrota de los Gigantes; la
„ qual no solo hace mas natural el pa-
„ so á hablar de semejante derrota, sino
„ que da cada vez mas realce al mérito
„ de Don Juan de Austria, á quien re-
„ presenta Febo, como superior al pro-
„ pio Marte en el mismo punto de su
„ mayor gloria."

Hasta aqui este erudito Poeta, el qual por brevedad omite el tratar por menor de las bellísimas y grandes imágenes, pensamientos y comparaciones; de la disposicion admirable de las partes; del lenguage poético, sobre el qual dice, que el *Autor dió á la lengua castellana toda la energia y elevacion posible*; y que esta oda lleva delante el caracter de la sublimidad de Homero. En confirmacion de lo qual no creo se deba omitir en honor de nuestro gran poeta,

que la sublime imagen, con que concluye tan incomparable oda, es una bellísima imitacion de un pasage (1) de Homero, imitado tambien por Virgilio (2); y aun dicen, que sirvió de idea á Fidias para formar su Júpiter Olímpico.

No solo fue facil á Herrera la imitacion de lo mas escogido de los Griegos y Latinos, sino que tambien aspiró con feliz suceso á enriquecer nuestra poesia con imitaciones de la sublime magestad de la Hebrea. Esto lo desempeñó cumplidamente en las dos sublimes canciones á la batalla de Lepanto, y á la pérdida del Rey Don Sebastian; sobre las quales oigamos lo que dice el mencionado Colector.

" La materia de este himno (*Cante-
„ *mos al Señor*, *&c.*) se reduce á la ba-
„ talla naval, que se dió en el golfo de

(1) Η' καὶ κυανέησιν ἐπ' 'Οφρύσι νεῦσε Κρονίων·
Α'μβρόσιαι δ' ἄρα χαῖται ἐπεῤῥώσαντο ἄνακτος
Κρατὸς ἀπ' ἀθανάτοιο, μέγαν δ' ἐλέλιξεν ὄλυμπον.
Iliad. Rhaps. A. v. 528.

(2) .... *Totum nutu tremefecit Olimpum.*

„ Lepanto entre Christianos y Turcos, „ siendo General de la armada combina- „ da Don Juan de Austria. Mucho hu- „ biera podido estenderse nuestro poeta „ sobre el valor de la Nacion Española „ y de tan grande caudillo; pero prefirió „ considerar al Turco como un Príncipe „ injusto soberbio, cruel, y enemigo de „ la verdadera Religion; á quien repre- „ senta al mismo tiempo con fuerzas su- „ periores á los que seguian el estandar- „ te de Jesuchristo, y sin embargo der- „ rotado; y por consiguiente atribuye es- „ ta victoria al brazo justiciero y venga- „ dor del Omnipotente.

„ El poeta, que en los combates de „ los hombres hace que intervenga la di- „ vinidad, se abre campo para aquella „ grandeza de imágenes, que no tienen „ lugar, quando se representa el hecho, „ como obra humana; porque une el cie- „ lo con la tierra, y puede aumentar á „ su arbitrio los grados del estilo figura- „ do, sin riesgo de exceder los límites, „ no teniéndolos Dios en ninguno de sus „ atributos, segun la idea, que alcanza-

„ mos á formarnos de la Divinidad. Ade-
„ más de esto la poesia interesa y mue-
„ ve mas por tal medio nuestros corazo-
„ nes. Y á la verdad, ¿qué diferencia no
„ hay entre el gusto, que experimenta-
„ mos al oir, que Dios mismo es quien
„ ha desvaratado á nuestros enemigos,
„ y el que nos causa el poeta, que so-
„ lo llama nuestra atencion ácia el va-
„ lor del exército y del General? Bien
„ conocieron esta verdad los insignes
„ maestros de la Epica, Homero, Vir-
„ gilio y Taso, quienes con semejante
„ artificio lograron poner en el mas fuer-
„ te y agradable movimiento la fantasia,
„ y el corazon de sus Naciones. Las cau-
„ sas de este efecto son obvias, y por
„ consiguiente ociosa su explicacion.

„ Sin embargo no se propuso nuestro
„ Autor por guia á Homero, ni á Virgi-
„ lio, suministrándole mucho mejor mo-
„ delo los libros sagrados, que le ense-
„ ñaron el verdadero modo de alabar
„ dignamente á la Divinidad. Se inflamó
„ pues con el fuego de la santa Escritu-
„ ra; y no solo enriqueció su fantasia

„ con las robustas imágenes, que tomó „ de tan grande original; sino que co- „ municó á su composicion aquel ayre „ de magestuosa nobleza, que se advier- „ te en ella.

„ En efecto son raros los pasages de „ este himno, donde el poeta presente „ las cosas en aspecto de sencilla narra- „ cion. Propone su asunto con mucha „ fuerza y concision: vuelve el discurso „ á Dios: introduce hablando al Turco: „ pone en boca de los Christianos una „ súplica al Omnipotente: vuelve á di- „ rigir el discurso á Dios: habla con la „ Grecia; luego con la nueva Tyro, y „ despues con toda el Asia: y por últi- „ mo concluye hablando nuevamente con „ Dios, y bendiciendo su nombre. Aho- „ ra bien, ¿quién habrá que no descubra „ en esta obra el espíritu de la poesia „ Lírica de los Hebreos, la qual suele „ mezclar francamente los discursos con „ la descripcion, añadiendo por tal me- „ dio mayor viveza á la pintura de los „ hechos, desenvolviendo mas facilmen- „ te los afectos, y dando variedad al „ todo de la composicion?

„ Herrera fue el primero, que en
„ España empleó la sublimidad de su
„ numen en la imitacion de la poesia
„ Hebrea; y con quanta felicidad haya
„ desempeñado su empresa, lo muestran
„ asi este himno, como la cancion ele-
„ giaca sobre la derrota en Africa del
„ Rey Don Sebastian de Portugal, que
„ empieza:

Voz de dolor, y canto de gemido.

„ sobre las quales debo añadir no ha-
„ ber llegado á mi noticia obra de se-
„ mejante imitacion en lengua Toscana,
„ que escrita en tiempo de Herrera pue-
„ da competir con estas dos.

El mismo espíritu de grandeza y magestad se advierte en todos sus sonetos heroycos, todos los quales son muy superiores á los amorosos, por ser su espíritu mas propio sin duda para los asuntos heroycos, que para los amorosos. En estos han de brillar los afectos, sin que los ofusque el adorno de la elocucion, y los conceptos demasiado sutiles y profundos: este es el único defecto de las com-

posiciones amatorias de Herrera, como advierte con mucha razon Francisco de Rioja, y esta es la causa, por qué á veces parece algo obscuro y seco.

Ciertamente debemos lamentarnos de la pérdida de las demás poesias de nuestro Autor; porque siendo de asuntos, que ofrecen ancho campo á la fantasia, y al ingenio, hallaríamos sin duda en ellas mas sublimidad, que la que se advierte en sus composiciones amorosas. En estas no puede tener lugar la sublimidad, por mas que se esfuerce el ingenio y la fantasia; ni se puede ya deleytar con la novedad, despues que el Petrarca, Herrerra, y otros buenos Poetas Españoles han apurado toda la materia. En estos se deben elogiar las composiciones amorosas, porque tienen el mérito de originales, y las adornaron con todas las bellezas posibles: ¿pero quién podrá sufrir tantos millares de sonetos, canciones, elegias, &c. en que han perdido su tiempo y calor tantos, para repetirnos infelizmente lo que otros muchos habian dicho con la mayor be-

lleza? Yo, prescindiendo de la inutilidad de este género de poesia, diré siempre de semejantes composiciones con un excelente Satírico: (1)

Yo te confieso, que quando uno empieza
Zelos, glorias, desdenes, esperanzas,
Que se me desvanece la cabeza.

Pero aun en este género de composiciones tiene Herrera un mérito muy distinguido por la belleza de las imágenes y conceptos, con que las adorna, por la gravedad de las sentencias, y magestad del lenguage. Algunas elegias, que escribió mas agitado de la pasion, son bellísimas en sumo grado, singularmente la que empieza:

Bien debes asconder, sereno cielo,

no tiene igual en castellano. Entre los sonetos amorosos hay algunos, que llegan al mas alto punto de perfeccion en su linea; y aun en los mas débiles hay

(1) Bartolomé Leonardo.

mucho que admirar en la elocucion y sentencia. La sestina es una composicion viciosa por su naturaleza, pues todo su artificio viene á reducirse á un juguete y combinacion de palabras : por tanto aprisionada la fantasia é ingenio con tantos grillos, no puede tener lugar en ellas la verdadera belleza. Asi es, que aun las mas bellas, quales son las del Petrarca y Herrera, no se pueden leer sin molestia y fatiga; por lo qual con justa razon deben desterrarse de la buena poesia estas y otras composiciones, en que el artificio mecánico de las palabras debilite las fuerzas del enthusiasmo.

Por último un poeta, que ha dado á la elocucion poética castellana el mayor realce, que ha enseñado el verdadero camino de aumentarla, que la ha enriquecido con modos de decir nobles y peregrinos, que adorna sus composiciones con todas las galas, que suministran una imaginacion ardiente y fecunda, un ingenio vasto y fogoso, un exquisito gusto, formado en la atenta observacion de los mejores maestros, con las imita-

ciones de quanto excelente y bello se observa en los antiguos y modernos, que con tanta felicidad ha trasladado á nuestra poesia las galas de la Hebrea, Griega, Latina y Toscana: un poeta de tanto mérito, digo, es acreedor á toda nuestra veneracion y aprecio. Ya que no se le dé la preferencia entre todos nuestros poetas (1), merece seguramente uno de los puestos mas distinguidos de nuestro Parnaso: merece, que se le restituya todo el honor, que nuestra ignorancia y

(1) Suele disputarse, quál es el mayor, ó mejor de nuestros Poetas Líricos: cada qual coloca en el primer lugar al que es mas de su gusto. Pero realmente esta disputa es muy agena de un inteligente: y los que comparan á los Poetas de distinto caracter entre sí, para dar á uno ó á otro la preferencia, muestran carecer del verdadero conocimiento en la materia. Píndaro es el Príncipe de la Lírica sublime entre los Griegos respecto de nosotros, que no conocemos á Estesicoro, excelente en la dulzura, á Simónides sobresaliente en lo escogido de su elocucion y en los afectos, y á otros muchos, que se han perdido; los quales sabemos se

descuido le han usurpado; y que se le tome por modelo en la elocucion poética, y demás circunstancias apreciables, que brevemente hemos recomendado.

distinguieron cada uno en alguna prenda sobresaliente. Pero el ser Píndaro es el mas excelente en lo sublime, no quita á Anacreonte el primer lugar en su género. Del mismo modo Garcilaso, Herrera, los Argensolas, Jauregui, Fr. Luis de Leon, y otros buenos tienen cada uno su mérito particular, en que sobresalen, y los distingue de los demás. Con mucha razon dice á este propósito nuestro Herrera, que el hacer comparacion de unos versos con otros, es una licencia, que se han usurpado los Comentadores, no siempre bien recibida, y muchas veces temeraria.

NOTA. Se ha' seguido en esta impresion la ortografia corriente, por respeto de algunas conciencias poéticas en estremo escrupulosas, que se escandalizan miserablemente de los apostrofos, y otras figuras de la ortografia de Herrera.

VIDA
DE FERNANDO DE HERRERA.

Muy escasas son las noticias, que nos han quedado de la vida de nuestro Herrera: sábese solamente, que nació en Sevilla á principios del siglo XVI, que fue Clérigo de Ordenes menores, y que llegó á edad abanzada. De sus estudios tenemos noticias algo mas extensas, segun se puede inferir de sus escritos, y de los que contribuyeron á la impresion de sus poesias. Uno de estos dice asi: (1) " Los versos de Fernando de
» Herrera han padecido graves injurias
» aun de los mas amigos; pero con quan-
» ta razon, juzgará V. S. por la noticia,
» que le diere de sus estudios. Supo Fer-
» nando de Herrera la Filosofia muy

(1) Francisco de Rioja en el informe, que da de las poesias de Herrera al Conde de Olivares D. Gaspar de Guzman.

„ bien ; estudió las Matemáticas, la Geo-
„ grafia antigua y moderna exâctamen-
„ te. Supo la lengua Latina muy bien, y
„ hizo en ella muchos epigramas llenos
„ de arte, y de pensamientos y modos
„ de hablar, escogidos en los mas ilus-
„ tres escritos antiguos. De la lengua
„ Griega dicen que tuvo mas que me-
„ diana noticia; y por lo menos los li-
„ bros que dexó de ella (que ni fueron
„ pocos, ni ordinarios) se ven notados
„ asi como los latinos. En las lenguas
„ vulgares leyó los mejores Autores, que
„ tambien las estudió con cuidado: y
„ todo en orden al conocimiento de la
„ habla castellana, en que leyó con gran
„ diligencia y observacion los escritores
„ antiguos y modernos, notando las pa-
„ labras y modos de decir, que tenian,
„ ó novedàd ó grandeza, y poniéndolas
„ á parte en quadernos, para que le sir-
„ viesen quando escribia. Fue lo que es-
„ cribió en prosa de lo mejor que hay
„ en nuestra lengua: el Tomas Moro, la
„ Batalla naval de Lepanto, y las notas
„ á Garcilaso. Tambien trabajó una His-

» toria general de España hasta la edad
» del Emperador Cárlos V, que tuvo aca-
» bada por los años de 1590: y volvió á
» escribir la misma Batalla naval con mas
» cuidado que antes (diligencia, que hi-
» zo tambien en sus versos) por haber
» sido aquella relacion trabajo de pocas
» horas: y estas dos obras se han perdido,
» ó guardado, por ventura para honrar
» otro nombre. Los versos que hizo en
» lengua castellana, son cultos, llenos
» de luces y colores poéticos, tienen ner-
» vios y fuerza; y esto no sin venusti-
» dad y hermosura: ni carecen de afec-
» tos, como dicen algunos, antes tienen
» muchos y generosos; sino que se as-
» conden y pierden á la vista entre los
» ornatos poéticos, cosa que sucede á
» los que levantan el estilo de la hu-
» mildad ordinaria. Esta es la causa de
» que sus versos no parezcan afectuosos
» á los ojos de muchos, que es no ver-
» se los afectos tan desnudos como en
» Ausias Marc, y en Boscan; pero algo
» se debe conceder á quien ilustró tanto,
» y engrandeció las Musas castellanas;

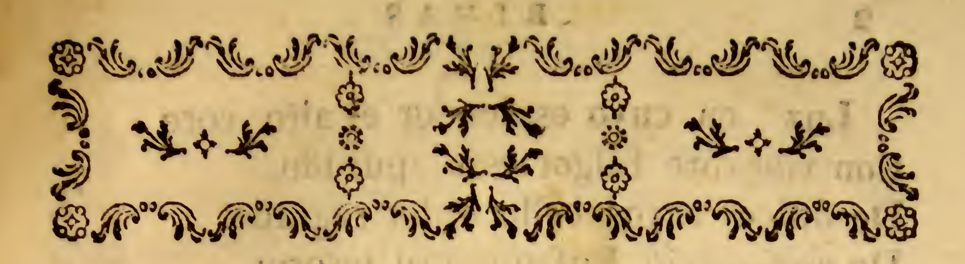
„ que verdaderamente fue el primero que „ dió á nuestros números en el lenguage „ arte y grandeza. Muchas cosas pasó de „ las mas ilustres de los Autores Latinos, „ y Griegos á nuestra lengua, enrique- „ ciéndola dichosamente.

„ ¡Y un hombre, cuya noticia fue „ tan grande, cuya leccion tanta, y tan „ varia, está hoy, como vemos, sin „ nombre y estimacion! Perdióse la *ba- „ talla de los Gigantes en Flegra*, *el ro- „ bo de Proserpina*, *el Amadis*; pero los „ *amores de Lausino y Corona*, que es- „ cribió, y muchas églogas y versos „ castellanos, que han podido vivir, por „ ventura se estamparán con brevedad. „ De la persona que celebra solo podré „ decir, que fue una Señora muy prin- „ cipal de estos Reynos, á quien llama „ *Luz*, *Estrella*, *Lumbre*, *Lucero*, *Si- „ rena*, *Aglaya*, que quiere decir es- „ plendor, y *Eliodora*, que es lo mismo „ que *dones del sol.*“

Y el Maestro Francisco de Medina, Catedrático de Humanidades en Sevilla, y buen poeta, dice asi en el prólogo á

las Anotaciones de Garcilaso por Herrera: " Me parece no haré agravio, si
» despues de Garcilaso pusiese á Fernan-
» do de Herrera en el segundo lugar;
» pues si su modestia no lo rehusára, no
» sé si debiamos dalle el primero. Gas-
» tando su mocedad en revolver inume-
» rables libros de los mas loados Escri-
» tores, y tomando por estudio princi-
» pal de su vida el de las Letras Huma-
» nas, ha venido á aumentarse tanto en
» ellas, que ningun hombre conozco yo,
» el qual con razon le deba preferir, y
» son muy pocos los que se le deben
» comparar: y aunque tiene otras cosas
» comunes con algunos ilustres ingenios
» de esta Ciudad; es suya propia la elo-
» qüencia de nuestra lengua. Ha reduci-
» do á concordia las voces de nuestra
» pronunciacion con las figuras de las le-
» tras, que hasta ahora andaban desacor-
» dadas; inventando una manera de es-
» cribir mas facil y cierta, que las usa-
» das. Al fin viendo que nuestros razo-
» namientos ordinariamente discurrian sin
» armonia, nos enseñó con su exemplo,

» cómo sin hacer violencia á las pala-
» bras, las torciésemos blandamente á la
» suavidad de los números. Despues por-
» que la forma de nuestra plática no des-
» agradase á los curiosos por su simpli-
» cidad y llaneza, la compuso con ro-
» pas tan varias y tan lucidas, que ya
» la desconocen de vistosa y galana. Tie-
» ne acordado escribir un arte poética,
» la qual hará con rarísima felicidad;
» tantos y tales son los Autores, que
» tiene leidos y considerados atentamen-
» te en aquesta facultad, y tan contino
» el uso con que la ha exercitado. Sali-
» dos en público estos y los demás tra-
» bajos, se comenzará á descubrir mas
» clara la gran belleza y esplendor de
» nuestra lengua. Encogeránse ya de hoy
» mas la arrogancia y presuncion de los
» vulgares, que engañados con falsa per-
» suasion de su aviso, osaban requestar
» atrevidamente á esta matrona honestí-
» sima, esperando rendilla á los prime-
» ros encuentros, como si fuera alguna
» vil ramera y desvergonzada.«



RIMAS

DE FERNANDO DE HERRERA.

LIBRO I.

SONETOS.

I.

Sufro llorando, en vano error perdido,
El miedo y el dolor de mi cuidado,
Sin esperanza, ageno, y entregado
Al imperio tirano del sentido.
Mueve la voz Amor de mi gemido,
Y esfuerza el triste corazon cansado;
Porque siendo en mis cartas celebrado,
Dél se aproveche nunca el ciego olvido.
Quien sabe, y ve el rigor de su tormento,
Si alcanza sus hazañas en mi llanto,
Muestre alegre semblante á mi memoria.
Quien no, huya, y no escuche mi lamento;
Que para libres almas no es el canto
De quien sus daños cuenta por vitoria.

II.

Luz, en cuyo esplendor el alto coro
Con vibrante fulgor está apurado,
De dulces rayos bello ardor sagrado,
Do enriqueció Eufrosina su tesoro;
Ondoso cerco, que purpúra el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado,
Y en sortijas lucientes encrespado,
A quien me inclino humilde, alegre adoro;
Cuello apuesto, serena y blanca frente,
Gloria de Amor, gentil semblante y mano,
Que desmaya la rosa y nieve pura;
Es esta, por quien fuerzo al mal presente,
Que pruebe su furor, y siempre en vano
Aventajar intento mi ventura.

III.

Pues de este luengo mal penando muero,
Sin que remedio alguno estorbe el daño,
Amor me dé en consuelo de mi engaño
Falso placer, ageno, aunque postrero:
Que mi dolor anime el duro acero,
Y en blanda saña el tibio desengaño,
Y el desden manso, en cuya ausencia engaño
Mi perdicion, y en vano el bien espero.
Para que de mi muerte la memoria,
Y en voluntad ingrata mi firmeza
Haga á la edad siguiente insigne historia.
Que de mis esperanzas y riqueza
Fincarán (¡corto premio á tanta gloria!)
Deseos, acabados en tristeza.

I V.

O ! fuera yo el Olimpo, que con buelo
De eterna luz girando resplandece,
Quando mengua Timbreo, y Cintia crece,
En el medroso horror del negro velo!
En lo mejor del noble Esperio suelo,
Que cerca y baña el Betis y enriquece,
Viera la alma belleza, que florece,
Y esparce lumbre y puro ardor del Cielo:
Y en su candor clarísimo encendido,
Volviera todo en llama, como espira
En fuego, quanto asciende al alta etra.
Tal vigor en sus rayos ascondido
Yace, que si con fuerza alguno mira
En ella, con mas fuerza en él penetra.

V.

Amor, que me vió libre, y no ofendido,
Torció, de mil despojos ricos llena
En lazos de oro y perlas la cadena,
Y en nieve ascondió y púrpura atrevido.
Con la flor de las luces yo perdido,
Llegué, y apresuré mi eterna pena:
Tiembla el pecho fiel, y me condena:
Huyo, doy en la red, caigo rendido.
La culpa de mis daños no merezco,
Que fue el nudo hermoso, y de mi grado
No una vez le entregára la vitoria.
Quanto sufro en mis cuitas y padezco,
Hallo en bien de mis yerros engañado,
Y del engaño salgo á mayor gloria.

VI.

Con el puro sereno en campo abierto
Buela mi alado carro, y fresco llega
El viento, arando el golfo, la paz niega
Cielo airado, ayre adverso, fluxo incierto.
Desampara huyendo el mar desierto;
Mas el miedo y horror lo aflige y ciega:
Noto cruel, que su furor despliega,
Las velas rompe, impide entrar el puerto.
Quando rie una luz en Ocidente,
Que alegra el orbe etereo, y desfallece
El soplo Austrino, y cesa el Ponto oscuro:
La prora vuelvo, y lejos tardamente
La tierra sola en puntas aparece,
Y nunca al puerto arribo, que procuro.

VII.

Buela, y cerca la lumbre, y no reposa,
Y huye, y vuelve á su beldad rendida,
Figura simple suya, y encendida
Siente, que fue á su muerte presurosa.
Mas yo alegre en mi luz maravillosa,
A consagrar osando voy mi vida,
Que espera, de su bello ardor vencida,
O perderse, ó cobrarse venturosa.
Amor, que en mí engrandece su memoria,
Entibia mi esperanza en lento engaño,
Y en llama ingrata ufano me consumo.
Cuidé (¡tal fue mi mal!) ganar la gloria
Del bien que ví, y al fin hallo en mi daño,
Que solo de mi incendio resta el humo.

VIII.

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena
Con tierno ardor, en quien Amor airado
Me enciende el corazon, y en un cuidado
Duro y terriblo siempre me enagena?
El oro, que al Gange Indo en su ancha vena
Luciente orna, y en hebras dilatado,
Con luengo cerco y terso ensortijado
Gentil corona en blanca frente ordena.
O vos, que al sol vencido prestais fuego,
En quien mi pensamiento no medroso
Las alas metió libre, y perdió el buelo;
Lazos, que me estrechais, mi pecho ciego
Abrasad, porque en prez del mal penoso
Segura mi fe rinda su rezelo.

ELEGIA I.

Un divino esplendor de la belleza,
Pasando dulcemente por mis ojos,
Mi afan cuidoso causa y mi tristeza.
Peno, pero el valor de mis enojos
Agradezco á mi llama, por quien amo
Dolor, que da á mi estrella mis despojos.
Nuevo amador en nuevo ardor me inflamo,
Y me renuevo en su vigor, y espero
Aquel bien, que suspiro ausente, y llamo.
Primero es este mal, será postrero;
Que no podrá sufrir el tierno pecho,
O mayor otro fuego, ó menos fiero.

Si Amor, do el hielo en el Rifeo lecho
Cobra rigor eterno, me llevára,
Se viera de mi incendio al fin deshecho.
Cuido, que el frio Ponto no engendrára
Veneno mas terrible, que su vista;
Ni que mas algun rayo penetrára.
¿Mas qué fuera, si acaso, y cerca vista
Tal vez de mí, y gozára yo rendido
El precio de abrasarme en tal conquista?
Quantas flechas desarma en mi herido
Corazon el tyrano, tanta gloria
Atiendo, de mis males ofendido.
No me dará el cruel por mas vitoria,
Que las cuitas me acaben, que padezco,
Negando tanta estima á mi memoria.
Bien sé, que con mi pena no merezco
Honrarme, y el sentido devanea,
Osado en la pasion, á que me ofrezco.
Dióme el impio sus ojos, con que vea
Mi solà perdicion; mas mi ventura
Esta mi perdicion por bien desea.
El valor, la grandeza, y hermosura
Me esfuerzan al peligro, y me sustenta
En medio del dolor mi lumbre pura.
El áspero trabajo, que me afrenta,
En descanso se vuelve; y si la miro,
El daño mas molesto me contenta.
Si sale de su pecho algun suspiro,
Quedo ingrato á mis males, y deseo,
Y debo la razon, porque suspiro.

Corto en la mucha gloria, que poseo,
Por mi excelso y felice pensamiento,
Hallo el humano nombre al bien, que veo.
Y mas temo en la envidia del tormento,
El que me escusa y roba este inhumano,
Que quanto mal me causa, y quanto siento.
No toca el puro fuego y soberano
A quien no muere amando, á quien perdido
No se dexa llevar de agena mano.
Dichoso yo, qne aventuré atrevido
La amada libertad, en que vivia,
Y me gané venciendo, de vencido.
Lánceme el caso vario, donde enfria
Arturo, y la desnuda tierra en cielo
Nevoso hiela, ó Febo do porfia
De Africa el seco rostro con el buelo
Abrasado, y feroz con hacha ardiente
Recocer y teñir de oscuro velo:
Que en la impresion, ó rígida, ó caliente,
Alentará mi pecho desmayado
Con suave beldad mi luz presente.
Quien el deleyte sabe regalado
Del triste, y el placer, que encubre y tiene
El tierno corazon en su cuidado;
Solo puede entender quán bien me aviene
En mi dulce pesar, y la holganza,
Que en mi pena á mi espíritu proviene.
No puedo de mi afan hacer mudanza,
Que Amor no me consiente, que descanse
Del dolor, que sostiene mi esperanza,
Antes quiere, que en él muriendo canse.

IX.

Pues de mi bello sol el rayo ardiente
Mi debil vista ofende en claro dia,
Y tarde la suave llama envia
Al pecho, que su aliento apenas siente;
Vea yo en blanca luna su fulgente
Esplendor, que dé fuerza al alma mia,
No por mi daño incierta siempre y fria,
Mas con florida luz, y ardor presente.
Que la celeste hacha será oscura,
Y la nocturna sombra luminosa,
Y podrá gloriarse en mis despojos.
Y, sin cobrar temor á mi ventura,
Veré (¡ó gran bien!) mi Delia piadosa
Volver, qual á Endimion, los tiernos ojos.

X

Lento y pesado olvido, que del daño
Eres, que mas me aqueja, mayor parte,
Si á mi memoria ocupas esta parte,
Que siempre me recuerda el desengaño:
Y ageno del Amor y de su engaño
Respiro, y mi dolor de mí se parte:
Prometo agradecido celebrarte
En la mesma sazon del dia y año.
De suerte, que á tu nombre igual no sea
Nemósina, y se humille el claro asiento,
Y á la umbrosa region rinda tu gloria.
Si no, desierto olvido, yo te vea
Padecer olvidado con tormento,
Y eterna de tus males la memoria.

XI.

Bellas flechas del alma , ardiente llama,
Do afina y avalora sus despojos;
Lazos purpúreos , lúcidos manojos,
En cuyo cerco amor mi espirtu inflama;
Volved la luz serena á quien vos llama,
Crespas hebras floridas , dulces ojos,
Que los nudos bien siente y los abrojos,
Quien pena , y su mal sufre , y por vos ama.
En solo un corazon tentad el fuego,
Y el arco, que , aunque solo , su firmeza
El precio del mayor amante encierra.
Que gastará la aljaba el Niño ciego,
Y los rayos , que enciende esa belleza,
Primero que desmaye en tanta guerra.

XII.

Yacia sin memoria entorpecido
Con fria sangre el corazon helado,
Amor hizo , que escriba en mi cuidado
Cosas , que me enagenen del olvido.
Vi una luz bella, en ella vi encendido,
Que el rigor corrió en llamas desatado,
Y todo en ardor vivo transformado,
Espero ver el tiempo al fin vencido.
Levanto ya el cuidado y pensamiento:
Quieren amor y honor , que ensalce el buelo
De mas noble osadia , que Perseo.
Trabajo dulce , amado sufrimiento,
Que sin pavor podeis llevarme al cielo;
Acompañad eternos mi deseo.

XIII.

Dó el suelo órrido el Albis frio baña
Al Saxon, que oprimió con muerta gente,
Y rebosó espumoso su corriente
En la esparcida sangre de Alemaña;
Al zelo del excelso Rey de España,
Al seguro consejo y pecho ardiente
Inclina el duro orgullo de su frente
Medroso, y su pujanza á tal hazaña.
La desleal cerviz cayó, que pudo
Sus ondas con semblante sobrar fiero,
Y sus bosques romper con osadia.
Marte vió, y dixo, y sacudió el escudo:
¡O gran Emperador, gran Caballero,
Quánto debo á tu esfuerzo en este dia!

XIV.

La púrpura en la nieve desteñida,
El dulce ardor con tibia luz perdia;
Y en los cercos y oro parecia
Venus desfallecer con voz vencida.
La enemiga cruel de humana vida,
Su niebla alegremente esclarecia;
Y mi alma el fin último traia
En vuestros graves ojos ascondida.
Mas espirando Amor suave y tierno
En el hielo y las rosas; la vitoria
Porfió, y consiguió en dichosa suerte.
Centelló en vuestra faz su fuego eterno,
Y á la belleza ufano dió la gloria,
Que en vida volvió leda la impia muerte.

XV.

Corta alegria, inutil, vana gloria;
Deseos, en ingrato afan perdidos;
Suspiros, tarde en mi dolor crecidos;
Despojos, que aborrezco, de impia historia:
Para amargo temor de la memoria
Vos hallais en mi daño reducidos;
Mas despues de mis males pretendidos,
Mal podeis pretender mayor vitoria.
Conozco al fin, y siento bien mi engaño,
Que el ardor, que en mi pecho temblar veo,
Mostró fiera esperiencia de mi afrenta.
Dexadme, pues huis mi desengaño:
Que ni vuestras promesas ya deseo,
Ni el bien de vuestra pena me contenta.

XVI.

Veo el ageno bien, veo el contento,
Que ofrece blando Amor al pobre estado;
Y como al fin doliente, congojado,
Busco un liviano engaño á mi tormento.
Aparto de la pena el pensamiento,
Y espero, osadamente aventurado,
Nueva gloria en la fuerza del cuidado,
Y doy valor seguro al sufrimiento.
Surte incierto mil veces mi deseo,
La presa desparece; por quien muero,
Y se remonta con desden perdido.
Temo ser otro insano Salmonéo,
Que fingió el no imitable rayo fiero,
Y fue con rayo abrasador herido.

XVII.

Las hebras, que cogia en lazos de oro
Con arte vuestra blanca y tierna mano,
Miraba, y el semblante altivo y llano,
Y la florida luz, que amando adoro.
Creía en vos del sacro excelso coro,
Que el esplendor se unia soberano; (mano
Porque en sombra, aunque bella, y trage hu-
No vió tal bien el orbe, y tal tesoro.
Quando rompistes leda el dulce espanto,
Que de vos parte ausente, y solo apena,
Preguntando: ¿qué fuerza me arrebata?
Yo, que temo partirme, suelto en llanto,
Digo: pienso que á muerte me condena
Del cruel vuestro amor la saña ingrata.

CANCION I.

Suave sueño, tú que en tardo buelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido, y vago cielo;
Ven á la última parte de ocidente,
Y de licor sagrado
Baña mis ojos tristes, que cansado,
Y rendido al furor de mi tormento,
No admito algun sosiego,
Y el dolor desconorta al sufrimiento.
Ven á mi humilde ruego,
Ven á mi ruego humilde, ó amor de aquella,
Que Juno te ofreció, tu ninfa bella.

Divino sueño, gloria de mortales,
Regalo dulce al mísero afligido,
Sueño amoroso, ven á quien espera
Cesar del exercicio de sus males,
Y al descanso volver todo el sentido.
¿Cómo sufres, que muera
Lejos de tu poder, quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena,
Que sin gozar del bien, que al mundo has hecho,
De tu vigor se agena?
Ven, sueño alegre, sueño ven dichoso,
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza;
Baxa, y esparce liquido el rocio;
Huya la Alva, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y quánta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece,
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora;
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida Aurora;
Y lo que en mí faltó la noche fria,
Termine la cercana luz del dia.
Una corona, ó sueño, de tus flores
Ofrezco, tu produce el blando efeto
En los desiertos cercos de mis ojos;
Que el ayre entretexido con olores

Halaga, y ledo mueve en dulce afeto;
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos.
Ven pues, amado sueño, ven liviano,
Que del rico oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,
Y acabará el dolor, asi te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

XVIII.

En este, que prosigo, espacio incierto,
Armado con los riscos, y espantoso,
Descubro estrecho paso y afanoso,
Dudosa salud siempre, y daño cierto.
Huyendo entre las peñas el desierto,
Dilato el rastro del dolor penoso:
Resuena áspero el viento, y el hermoso
Cielo yace en tinieblas encubierto.
Ya corro despeñándome sin tiento,
Ya doy en las espinas con los ojos,
Y no hallo algun fin en mi camino.
Cánsase, y desespera el sufrimiento,
Y no teme el peligro y los abrojos,
Quanto llevar presente el mal contino.

XIX.

Crece, y alienta fiero en el Nemeo
Leon, y imprime su furor presente,
Y en el orbe terrestre esfuerza ardiente
Las llamas el dañoso Iperioneo.
Y quando Amor, ingrato á mi deseo,
Descubre en su leon mas inclemente
Los rayos; acabar indignamente
Mi esteril esperanza triste veo.
Abrasa el corazon, do nunca el frio
Tuvo lugar; ¡ay ó dolor penoso!
A quien otro ninguno es semejante.
No puede amortiguar el llanto mio
Este incendio; que el Betis espumoso,
Ni todo el grande Océano es bastante.

XX.

Ardia en varios cercos recogido
Del crispante cabello en torno el oro,
Que en bellos lazos coronado adoro,
Dichoso en el dolor del mal sufrido.
Vibraba el esplendor esclarecido,
Y dulces rayos del Amor tesoro,
Por quien perdida busco siempre, y lloro
La gloria de mi daño consentido,
Veste negra, descuido recatado.
Suave voz de angélica armonia
Era, mesura y trato soberano.
Yo, que tal no esperaba, trasportado
Dixe en la pura luz, que me encendia,
No encierra tal valor semblante humano.

XXI.

De bosque en bosque, de uno en otro llano
Solo en medroso horror, y en sombra oscura
Voy suspirando ausente, y la luz pura
Busco, que me encubrió el Amor tirano.
Corto el rio, y traspaso el monte en vano,
Que no se debe mas á mi ventura:
El bien, que la esperanza me procura,
Huye, y se me desliza de la mano.
En este duro estrecho me lamento,
Porque sea mi daño manifiesto,
Y alguno se conduela en mi cuidado.
No conorta al fin esto mi tormento:
Que tanto mi dolor es mas molesto,
Quanto de ageno pecho mas llorado.

XXII.

En tu cristal movible la belleza
Veo, Nereo padre, figurada
De mi luz, que de rayos coronada
Muestra alegre su gracia y su grandeza.
Tus ondas vibran, y arden con la alteza
De la llama Titania, y la rosada
Frente alabo, y de púrpura imitada
En ellas, y de nieve la pureza.
Si alzo al Polo los ojos, donde junto
Te pinta su color; presente miro
De mi lucero el dulce ardor florido.
Y dudoso del bien, al mesmo punto
Vuelvo, y en tu fulgente ponto admiro
Su esplendor, y en el cielo dividido.

XXIII.

Del fiero Marte el canto numeroso,
Y de la selva, olvido, y verde prado
La avena, porque vuelvo al fin, cuitado,
En gloria de quien turba mi reposo:
De aquel cruel, que fuerte y poderoso,
Terror de hombres y Dioses, y cuidado,
Me forzó á tolerar el mal de grado,
Y en mi pasion me agrada estar lloroso.
El silencio, el semblante descontento,
Y el confuso gemido es muestra abierta
De mi penoso y luengo desvario.
No me duele, aunque inmenso, mi tormento:
Duéleme, que mi pena, á todos cierta,
No conozca quien causa el error mio.

XXIV.

Tan alto esforzó el buelo mi esperanza,
Que mereció perderse en su osadia:
Yo bien lo sospechaba, y le temia
De su atrevida empresa la venganza.
No me escuchó, y siguió una confianza,
Que huyó con los bienes, que tenia;
Y conmigo en tal cuita y agonia
Se adolece y lamenta en la mudanza.
Para aliviar la culpa en tanto daño,
De Faeton el rayo le recuerdo,
Y de su intento ufano la memoria:
Que solo ya me sirvo del engaño
En mi mal; y en mi error penando, pierdo
Sin razon las prómesas de mi gloria.

SESTINA I.

Un verde lauro, en mi dichoso tiempo,
Solia darme sombra, y con sus hojas
Mi frente coronaba junto á Betis:
Entonces yo en su gloria alzaba el canto,
Y resonaba como el blanco cisne;
La soledad testigo fue, y el bosque.
Despues que al bien me dió principio el bosque,
Y en la sombra gocé del dulce tiempo,
Y canté como quando muere el cisne,
El lauro me negó sus verdes hojas;
Y en triste se trocó el alegre canto,
Y se admiró de mi lamento Betis.
Yo busco el lauro junto al grande Betis,
Y está cerrado en el espeso bosque,
Do apenas llega el lastimoso canto,
Que le ofrecí el pasado alegre tiempo;
Mas él huye de darme mas sus hojas,
Y yo me quexo, como suele el cisne.
Jamás cantó tan triste el dulce cisne
En el sonante sulco del gran Betis,
Como yo por el lauro y verdes hojas,
Que me impiden tratar el duro bosque;
Y con memoria del suave tiempo,
Resuena todo en lástimas mi canto.
Ya no sonaré yo el felice canto,
Que puso envidia en Betis al gran cisne;
Pues es contrario á mi esperanza el tiempo,

Tristezas oirá, y lágrimas ya Betis;
Y al cielo moveré contra aquel bosque,
Que del lauro defiéndeme las hojas.
Pues ya no me corono de las hojas,
Enmudezca de hoy mas el tierno canto;
Asi vea desnudo al triste bosque,
Y llore mi dolor el blanco cisne,
Que tiende el lecho en el sobervio Betis,
Pues el lauro me falta, y dexa el tiempo.
Entristéceme el tiempo, el lauro, y hojas,
El canto no me agrada, el blanco cisne
Lamente en Betis, y arda en fuego el bosque.

X X V.

Dulce el fuego de amor, dulce la pena,
Y dulce de mi daño es la memoria,
Quando renueva Amor la antigua historia,
Que á su grave tormento me condena.
Mas quando hallo mi esperanza llena
De bien y de promesas de vitoria;
Un súbito dolor turba mi gloria,
Y todos mis contentos desordena.
Que será esta luz pura de belleza,
La fe del justo amor en poca tierra
Vuelta, y el fuego muerto, que me inflama.
¡O vano ardor de la mortal flaqueza!
Si el fin, que ofrece paz de tanta guerra,
No dexará aun ceníza de mi llama.

XXVI.

¿A dó tienes la luz, Espero mio,
La luz, gloria y honor del Ocidente?
¿Estás puesto en el cielo reluciente
En importuno tiempo, y seco estio?
Lleva tu resplandor al sacro rio,
Que tu belleza espera alegremente,
Y el zéfiro te sea otro oriente
Hecho lucero, y no Espero tardio.
Merezca Betis fértil tanta gloria,
Que solo el destas luces ilustrado
A tierra y cielo lleva la vitoria.
Que tu belleza y resplandor sagrado
Hará perpetuo, de inmortal memoria,
Mientras corriere al mar arrebatado.

XXVII.

Las luces, do el Amor su fuerza apura,
Con el sereno ardor de sus centellas,
El oro crespo en mil sortijas bellas
De rayos coronado, y llama pura;
Las palabras vestidas de dulzura,
(Que la armonia celestial en ellas
Parece) el pecho duro á mis querellas,
La mano, que á la nieve vuelve oscura,
Son causa del tormento y dolor mio,
Con muchas, que callando siento y veo;
Y no me valen en mi esquiva suerte.
En su dureza solo el bien confio,
Porque á vana esperanza y gran deseo
No se debe pedir sino la muerte.

XXVIII.

El bravo fuego sobre el alto muro
Del sobervio Ilíon crecia airado,
Y todo por mil partes derramado
Se envolvia confuso en humo oscuro.
Caia, traspasado por el duro
Hierro, y ardia en llamas abrasado,
Y se rendia al ímpetu del hado
Del Frige osado el corazon seguro.
Solo el Rey de Asia, muerto en la ribera,
Grande tronco (¡ay cruel dolor!) yacia,
Y su cuerpo bañaba el Ponto ciego.
¡O fuerza oculta de la suerte fiera!
Que quando Troya en fuego perecia,
Falte á Príamo tierra, y falte fuego.

XXIX.

Acabe ya el lamento grande mio,
Con quien inundo, Betis, tu corriente,
Que mi dolor acerbo no consiente
Perpetuo estado á tanto desvario.
Este fuego, en quien ardo, gaste el frio:
Rompa este yugo estrecho ya mi frente,
Y Amor en sus rendidos no me cuente,
Que de él á luengo paso me desvio.
No me tendrá en confuso error su olvido,
Su desden, su rigor, y su tormento,
Que tanto se cansaron en mi pena.
¿Mas yo qué digo, ausente y ofendido,
Si el impio ofrece siempre al pensamiento
De mi astro fatal la luz serena?

XXX.

Betis, que en este tiempo solo y frio
Escuchas mi dolor, del hondo asiento,
Acoge en tu quieto movimiento
Los últimos suspiros, que yo envio.
Y, si tiene valor tu sacro rio,
Dame, que en árbol verde mi tormento
Lamente transformado, que ya siento
Debil la voz, qual cisne, al canto mio.
Porque con nuevas ramas tu corriente
Cercaré coronando, y destilado
Iré en tu luengo curso y estendido.
Que mi Luz ceñirá su bella frente
De mis hojas, ó en llanto desatado
Seré en sus blancas manos recogido.

XXXI.

Yo vi á mi dulce Lumbre, que esparcia
Sus crespas ondas de oro al manso viento,
Y con tierno y suave movimiento
Mi duro corazon enternecia;
Mi rustiqueza y torpe rebeldia
Perdió, vencida, el ostinado intento,
Y en blando y regalado sentimiento
Trocó mi alma la aspereza mia.
Nunca me vi mas preso, ni rendido,
Y nunca vi en mi Luz mayor dureza,
Ni mas recio desden, ni largo olvido.
A término tan grave y estrecheza,
Casas, mi triste suerte me ha traido,
Que temo de mi Lumbre la belleza.

ELEGIA II.

Si ya la Luz, que causa mi alegria,
Su resplandor aparta de mis ojos,
¿Para qué quiero ver la luz del dia?
¿Para ver por ventura mis despojos
En ageno poder, y mi memoria
Muerta, y vueltas las flores en abrojos?
Amor, porque me dió breve vitoria,
Y no entera, con daño de la vida,
Que fortuna en sus hechos nueva gloria;
Mas grave siente la inmortal herida
Con la fuerza del mal; y triste temo
A la alma á tales ímpetus rendida.
Espero ya llegar á tal estremo,
Que á todos ponga lástima mi pena,
Y no espero tornar al bien supremo.
Libre quisiera estar de la cadena,
Que en los dorados nudos me ha forzado
A padecer el daño, que me ordena.
Adonde la luz vuelvo fatigado,
Una sombra, un horror, un gran tormento
Se presenta en la fuerza del cuidado.
El prado, que solia estar contento,
Y el rio de mi canto entretenido,
Muestran de mi dolor el sentimiento.
Los árboles las ramas han perdido;
La yerba se consume y se deshace;
El calor en las flores esparcido.

A nadie de mi lástima le place,
Sola mi bella Luz (¡ay dura suerte!)
Se alegra, y mi dolor le satisface.
¿A dó me volveré con mal tan fuerte?
¿Quién podrá remediar mi desventura,
Sino la cruda y espantosa muerte?
Aquella claridad y hermosura,
Que ya algun tiempo se llamaba mia,
Deshizo mi esperanza y mi ventura.
Pues me dexa mi luz y mi alegria,
Y no dexa el dolor, quiere que muera,
Porfiando con mísera agonia,
Que vana gloria de mi muerte espera.

XXXII.

Largos sutiles lazos esparcidos
Por el rosado cuello y blanca frente;
Dorada diadema, ardor luciente,
Llenos de mis despojos ofrecidos:
Tiernos y bellos ojos encendidos,
Rayos de amor, por quien mi pecho siente
La herida inmortal, que llevo ausente,
Abrasada mi fuerza y mis sentidos.
Dichoso yo, que merecí cadena
De vuestras ricas hebras, y la llama,
Que de vos procedió en estos mis ojos.
¡O si pudiera acrecentar la pena,
Y avivar mas el fuego, que me inflama,
Para daros debidos los despojos!

XXXIII.

El duro hierro agudo, que la mano
Rica de mis despojos, por vos siente,
Y la sangre esparció, que Amor ardiente
Guardó, qual nectar puro y soberano;
Guiólo Amor, y abrió manso y humano
Lugar al dolor vuestro tiernamente:
Que el mal, que siento grave y vehemente,
Blando siente el cruel pecho tirano.
La herida terrible, que en mis ojos
De los vuestros entró, y causó mi pena,
Venganza toma ahora en vuestro yerro:
No es culpa vuestra, es gloria á mis despojos;
Y asi que os hiera, el dulce Amor ordena,
(Como á mí vuestros ojos) vuestro hierro.

XXXIV.

Las hebras de oro puro, que la frente
Cerçan en ricas vueltas, do el tyrano
Señor texe los lazos con su mano,
Y arde en la dulce luz resplandeciente;
Quando el ibierno frio se presente,
Vencedor de las flores del verano,
El purpúreo color tornando vano,
En plata volverán su lustre ardiente.
Y no por eso Amor mudará el puesto,
Que el valor lo asegura y cortesia,
El ingenio, y del alma la nobleza.
Es mi cadena y fuego el pecho honesto,
Y virtud generosa, Lumbre mia,
De vuestra eterna, angélica belleza.

XXXV.

Si á mi triste memoria en hondo olvido
Desierta sepultase sombra oscura;
Jamás yo ausente en misera figura
Lamentaria el daño no debido.
Mas presente la llevo, y voy perdido
Por cierto error á estrecha desventura;
Y es muerte fiera él, ya de mi ventura,
Rico despojo, al corazon caido.
De mi gloria me acuerdo para pena,
Del mal para dolor, y nunca veo,
O pienso cosa agena de mi engaño.
Pobre de bien mi suerte, y de afan llena
Fue; y aunque no, bastára mi deseo,
Para no dar lugar al desengaño.

XXXVI.

Del peligro del mar, del hierro abierto,
Que vibró el fiero Cimbro, y espantado,
Huyó la ayrada voz, salió cansado
De la infelice Birsa Mario al puèrto.
Viendo el estéril campo, y el desierto
Sitio de aquel lugar infortunado,
Lloró con él su mal, y lastimado
Rompió asi en triste son el ayre incierto.
En tus ruïnas miseras contemplo,
¡O destruido muro! quánto el cielo
Trueca, y de nuestra suerte el grande estrago.
¿Quál mas terrible caso, quál exemplo
Mayor habrá, si puede ser consuelo
A Mario en su dolor el de Cartago?

XXXVII.

No es tan duro mi pecho, que no sienta
La fuerza del dolor, que en él desciende;
Mas Amor, por mas daño, me defiende,
Que descubra las llagas de mi afrenta.
Quiere que calle el mal, y que consienta
La pena, que me aqueja, y siempre ofende,
Y en fuego desusado tarde enciende
El corazon, que en llama se sustenta.
Si esta grave pasion no perturbára
El pecho, bien pudiera confiado
Llegar al dulce fin de la alegria.
¡Mas ay, quánto es esta esperanza cara!
¡Y por mirar su bien, quánto ha pasado
De afan y de tormento la alma mia!

XXXVIII.

Este lauro, que tiene en su corteza
Verde escrita la honra de mi pena,
Y en él el manso zéfiro resuena
Mi mal, su resplandor, y su belleza;
Quando el sol elevado en mas alteza
Se vió, me dió en sus hojas sombra llena:
Fue el calor blando, y la congoja buena,
Y entonces me alegraba la aspereza.
Ahora, ¡ó triste hado, avaro cielo!
Que dexa el sol ardiente el paso abierto,
Y todo el mal y daño en mi fortuna:
Con llanto eterno, y falto de consuelo
Miro el lauro, y padezco en el desierto,
Por su culpa, el calor que me importuna.

XXXIX.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desnudas peñas, desde el puerto,
Y en conflicto las naves, que el desierto
Bóreas, bramando con furor, batia.
Quando gozoso de la suerte mia,
Aunque afligido del naufragio cierto,
Dixe; no cortará del Ponto incierto
Jamás mi nave la temida via.
¡Mas ay triste! que apenas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Quando las velas tiendo sin rezelo:
Vuelo qual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo.

ELEGIA III.

¡O suspiros, ó lágrimas hermosas,
Gloria del alma mia y mi cuidado,
Que de mi pena fuisteis piadosas!
¡O sentimiento de amoroso estado!
¡O prendas de mi alma y mi esperanza,
Que reparais el mal del bien pasado!
Si alguna vez halláre yo mudanza,
Y algun desden, en quien está mi vida,
Vos seréis mi reparo y confianza.
No temeré por vos ira encendida,
Si el Amor no temiese: vos sois puerto
Al alma, en peligroso mar perdida.

Suspiros mios, que me teneis muerto,
¿Sueño yo aqueste bien? Deci, ¿es fingido?
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?
¡O lágrimas, si hubiera concedido
Amor, que yo os bebiera, porque el pecho
Regárades, que en fuego está encendido!
No para que pudiera ser deshecho,
Mas para que tomára blando aliento,
Y fuera este de amor ilustre hecho.
Y para que tuviera su aposento
Propio en el corazon, y relevára
Parte de mi dolor y mi tormento.
No hay nectar dulce, por quien yo os trocára,
Ni lluvia de oro, ¡ó lágrimas hermosas!
Por quien mi alma su dolor repara.
Tales lágrimas dulces, piadosas,
Venus Citérea derramó, dexando
A Adonis en las selvas amorosas.
Y tales fueron los suspiros, quando
De amor de Marte presa suspiraba,
Ardiendo en fuego deleytoso y blando.
Con estas bellas lágrimas bañaba
Diana el rostro blanco tiernamente,
Quando de Endimion triste se apartaba.
Hermosas perlas, que de el oriente
Nacidas en la concha generosa
Se esparcen por el último ocidente,
Tendidas por la púrpura hermosa,
No dan tal resplandor, qual habeis dado,
Cayendo en los colores de la rosa.

El rocio del cielo derramado,
Y en olorosas flores esculpido,
A vuestra gran belleza no ha igualado.
¡O lágrimas dichosas, que el olvido
Nunca podrá borrar de mi memoria,
Con quien jamás espero ser perdido!
¡O mi vida, mi alma, bien, y gloria,
Y vos suspiros de amorosa suerte,
Por quien gané vencido la vitoria!
Vivid alegres, sin que enojo fuerte,
O aspereza revoque esta alegria,
Que no podrá romper la dura muerte.
Conmigo faltareis á un mesmo dia,
Y renovándoos los celestes ojos,
Lloraréis en la pena y muerte mia,
Y seréis del amor dulces despojos.

XL.

Ardientes hebras, do se ilustra el oro
De celestial ambrosia rociado,
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,
Quanto sois del Amor mayor tesoro.
Luces, que al estrellado y alto coro
Prestais el bello resplandor sagrado,
Quanto es Amor por vos mas estimado,
Tanto humilmente os honro mas y adoro.
Purpureas rosas, perlas de oriente,
Marfil terso, y angélica armonia,
Quanto os contemplo, tanto en vos me inflamo;
Y quanta pena la alma por vos siente,
Tanto es mayor valor y gloria mia,
Y tanto os temo, quanto mas os amo.

XLI.

Viví gran tiempo en confusion perdido,
Y todo de mí mesmo enagenado,
Desesperé de bien, que en tal estado
Perdí la mejor luz de mi sentido.
Mas quando de mí tuve mas olvido,
Rompió los duros lazos al cuidado
De Amor el enemigo mas honrado,
Y ante mis pies lo derrivó vencido.
Ahora, que procuro mi provecho,
Puedo decir, que vivo, pues soy mio,
Libre, ageno de Amor, y de sus daños.
Pueda el desden, Antonio, en vuestro pecho
Acabar semejante desvario,
Antes que prevalezcan sus engaños.

XLII.

Desea descansar de tanta pena,
Conociendo ya tarde el desengaño,
Mi alma, hecha á su dolor estraño,
Y del perdido tiempo se condena.
Ve su triste esperanza de ansias llena,
Poco bien, mucho mal, perpetuo daño,
Y las glorias debidas, cierto engaño,
Que el su dulce tirano al fin ordena.
Siente sus fuerzas flacas y sin brio,
Y su deseo vano y peligroso,
Y medrosa levanta apena el vuelo.
Amor, porque no crezca en ella el frio,
El fuego aviva, do arde, y sin reposo
Busca y gime, hallando luz del cielo.

XLIII.

El suave color, que dulcemente
Espira, el tierno ardor de rosa pura,
La viva luz de eterna hermosura,
El sereno candor, y alegre frente,
El semblante, do yace Amor presente,
La mano, que á la nieve de blancura
Orna; pueden volver la noche oscura
En dia y claridad resplandeciente.
En vos el sol se ilustra, y se colora
El blanco cerco; y ledas las estrellas
Fulguran, y las puntas de Diana.
Tal vos contemplo, que la roxa Aurora,
Y de Venus la lumbre soberana,
En vuestra faz ardiendo son mas bellas.

X L I V.

Alza el cansado paso, y á la cumbre,
Sufriendo encima esta pesada carga,
Pruebo llegar; mas la distancia larga
Me ofende, y mas la grave pesadumbre.
Bien que me esfuerza una pequeña lumbre,
Que veo lejos; pero no descarga
Esto mi afan penoso, antes alarga
De mi prolixo error la incertidumbre.
Con el peso abrazado desfallezco,
Que mi ostinada afrenta no consiente,
Que desampare ya esta empresa mia.
Luchando con el mal, pruebo, y me ofrezco
Al peligro, esperando ver presente
Alegre en tantos tristes algun dia.

X L V.

El fuego, que en mi alma se alimenta,
Y consume al esteril duro frio,
Da vida al casi muerto pecho mio,
Y en virtud de sus llamas me sustenta.
Justo es, que muera y viva en él, y sienta
La gloria de mi dulce desvario;
Porque de mis trabajos yo confio
La esperanza del premio, en quien me alienta.
Como en inmenso frio junta espira
Inmensa oscuridad, cuya tristeza
Ocupa el corazon con grave pena;
Asi con el excelso ardor conspira
Excelsa luz, que dexa en su belleza
Mi alma de alegria, y de bien llena.

XLVI.

De vos ausente ocupo en llanto el dia,
Y la noche me acoge en mi lamento,
Y para mas dolor, conmigo cuento
Mi breve bien perdido y alegria.
Vuestro duro rigor ya bien debria
Enternecerse de mi sentimiento,
Y descubrirme en tanto apartamiento
Un rayo solo de la lumbre mia.
Pero si vos quereis con este olvido
Alentar la pasion, que me maltrata,
Lo hecho sobra ya para venganza.
Mas aunque en soledad, y aborrecido,
No podreis, aunque mas podais, ingrata,
Que yo no os ame, ageno de esperanza.

XLVII.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio
En sus turbadas ondas lleva el llanto;
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
Que pongas justo fin al dolor mio:
Que sigo ausente, sin tu desvario,
Y en tu vana esperanza me levanto,
Y en este paso desamparas quanto
De tu promesa y tu valor confio.
Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
Acabe, ó que mí vida se deshaga,
La esperanza, el deseo, y osadia.
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,
Y el crudo golpe desta acerba llaga
Al íntimo llegó de la alma mia.

XLVIII.

Pues la flor, do crecia mi esperanza,
Quemó duro rigor de ingrato hielo,
Y á mi ardiente deseo negó el cielo
De fortuna mejor mas confianza;
Do el sol con tibio rayo tarde alcanza,
Y luenga sombra ofende el mustio suelo;
Daré ausente, olvidado, sin consuelo,
A mi injusta osadia igual venganza.
Mas no sufre la fuerza, que padezco,
Tan corta paga en tanto atrevimiento,
Que en la ausencia el dolor es menos fiero.
Llega ya á estrecho tal, que no merezco
Alabanza, ni culpa en mi tormento;
Tanto es grande mi mal, que desespero.

SESTINA II.

Al bello resplandor de vuestros ojos
Mi pecho abrasó Amor en dulce llama,
Y desató el rigor de fria nieve,
Que entorpecia el fuego de mi alma;
Y en los estrechos lazos de oro y hebras
Sentí preso y sujeto al yugo el cuello.
Cayó mi altiva presuncion del cuello,
Y en vos vieron su pérdida mis ojos,
Luego que me rindieron vuestras hebras,
Luego que ardí, Señora, en tierna llama;
Pero alegre en su mal vive mi alma,
Y no teme la fuerza de la nieve.

Yo en fuego ardo, vos helais en nieve,
Y libre del Amor, alzais el cuello,
Ingrata á los tormentos de mi alma,
Que aun blandos á su mal no dais los ojos;
Mas siempre le abrasais en viva llama,
Y sus alas prendeis en vuestras hebras.

Viese yo las doradas ricas hebras
Bañadas de mi llanto, si la nieve
Vuestra diese lugar á esta mi llama;
Que la dureza de ese yerto cuello
La lluvia ablandaria de mis ojos,
Y en dos cuerpos habria sola una alma.

La celestial belleza de vuestra alma
Mi alma enlaza en sus eternas hebras,
Y penetra la luz de ardientes ojos,
Con divino valor la helada nieve,
Y lleva al alto cielo alegre el cuello,
Que enciende el limpio ardor inmortal llama.

Amor, que me sustentas en tu llama,
Da fuerza al vuelo presto de mi alma,
Y del terreno peso alzando el cuello,
Inflamarás la luz de sacras hebras,
Que ya, sin rezelar la dura nieve,
Miro tu claridad con puros ojos.

Por vos viven mis ojos en su llama,
¡O luz de la alma! y las doradas hebras
La nieve rompen, y dan gloria al cuello.

ELEGIA IV.

Si es ley de Amor, que quien os ama muera,
Y pague con la vida la osadia,
Mi pena y muerte sea la primera:
Mas si pretende Amor, ó Lumbre mia,
Que quien merece amaros, siempre viva,
¿Por qué quereis matarme con porfia?
Acabe ya vuestra dureza esquiva,
Que no sufre razon tan gran crueza,
Ni es bien al tierno amante ser altiva.
Si no merezco amar vuestra belleza,
Y buscais con la muerte mi castigo,
Por ser indigno yo de tanta alteza;
Este amoroso puesto es buen testigo
De quien fue la ocasion de mi tormento,
Dando principio al mal, que yo prosigo.
Nunca osé levantar el pensamiento
A mas que contemplar la hermosura,
Vuestro valor, y blando acogimiento.
Nunca me confié de mi ventura
Tanto, que pretendiese tal vitoria,
Siendo justo perder tal coyuntura.
Vos disteis causa á mi primera gloria;
Vos pusisteis aliento á la esperanza,
Prometiendo certísima memoria.
Creí vuestro deseo, y la bonanza,
Que vi en el mar quieto y sosegado,
Dióme vuestra amorosa confianza.

Ahora veo mi dichoso estado
En miserable vuelto, y mi alegria
En tristeza, y mi bien en mal trocado.
No sé á quién yo me vuelva en mi porfia,
Que pueda consolarme en tal fortuna,
Sino á vos, enemiga dulce mia.
Mis quejas os publico de una en una:
Mostroos mi pena y lástima presente,
Y veo, que mi mal os importuna.
Estais á mis tormentos inclemente,
Ingrata, esquiva, dura, y desdeñosa,
Y de vuestra memoria estoy ausente.
Mi alma, que con vos era dichosa,
Sin vos triste, sin vos es desdichada,
Sin vos de su dolor jamás reposa.
No hay quien de mi pena lastimada
No suspire, y no tenga descontento,
Y vos estais mas cruda y ostinada.
¡O Luz, gloria de Esperia y ornamento,
Criada por mostrarnos la belleza
Del alto, claro, y celestial asiento!
Mirad, que si en vos falta la terneza,
Perdeis parte mayor de vuestra gloria,
Y el mas ilustre nombre de la alteza.
¿Sufriréis, que os escriba la memoria
Por bella, y por cruel? ¡ ó Lumbre mia!
No deis á tal pecado tal vitoria.
Sed, pues que sois mi luz hermosa, pia:
Dad á quien os adora algun consuelo,
En premio de sus penas y agonia.

Nó me dexeis morir con desconsuelo,
De vuestra crueldad desamparado;
Baste el dolor sufrido y su rezelo.
¿Cómo sufris, que muera en tal estado
Quien era vuestro amor, vuestro contento,
Y dulcemente fue de vos tratado?
Mas si vuestra dureza y mi tormento
Quieren cortar el hilo de mi vida,
Y esto es ya de los dos postrero intento;
En este breve espacio y despedida
Mostrad dolor alguno de mi muerte,
En término tan áspero ofrecida.
Que despues no habrá pena, ó mal tan fuerte,
Que pueda deshacerme esta memoria,
Ultimo bien de mi infelice suerte,
Y despojo dichoso de mi gloria.

XLIX.

Lloré y canté de Amor la saña ardiente,
Y lloro y canto ya la ardiente saña
Desta cruel, por quien mi pena estraña
Ningun descanso al corazon consiente.
Esperé, y temí el bien tal vez ausente,
Y espero, y temo el mal, que me acompaña,
Y en un error, que en soledad me engaña,
Me pierdo sin provecho vanamente.
Veo la noche antes que huya el dia,
Y la sombra crecer, contrario agüero;
¿Mas qué me vale conocer mi suerte?
La dura ostinacion de mi porfia
No cansa, ni se rinde al dolor fiero;
Mas siempre va al encuentro de mi suerte.

L.

El trabajo de Fidia ingenioso,
Que á Júpiter Olimpio dió la gloria,
Fue sobervio despojo de vitoria
Al tiempo, en nuestra injuria presuroso;
Pero al valor de Aquiles animoso
El siempre insigne Homero alzó la historia,
Y dió á la fama eterna su memoria,
Con alta voz del canto generoso.
Yo, que mal puedo ser en honra vuestra
Nuevo Homero, consagro, luz de España,
De mis incultos versos la armonia.
Mas si me mira Caliópe diestra,
Valdrá (si mi deseo no me engaña)
Mas que Fidia mortal la Musa mia.

LI.

Triste esperanza, incierta, en blando pecho
Por luengo tiempo inutil engendrada,
Que mi descanso y gloria aventurada
En temor truecas vano, y en estrecho;
Huye de mí, que sobra el daño hecho:
Sigue en otra ocasion mejor entrada,
Porque en vida tan mísera y cansada
Es toda tu porfia sin provecho.
Si este lugar lloroso te contenta,
Busca mejor fortuna al pobre estado,
Y sosiego al furor del dolor mio.
Que atendiendo el deseo me atormenta,
Y caido, y sin fuerzas mi cuidado,
Me estrecha el corazon con torpe frio.

LII.

Razon es ya, que la cansada vida,
Tanto tiempo sujeta al Amor vano,
Huya el fiero poder de este tyrano,
Y ya deslace mi cerviz caida.
Perezca la esperanza aborrecida,
El deseo abatido, y mi liviano
Intento; que mi bien ya está en mi mano:
Ya tengo mi fortuna conocida.
Seguro podré ver de hoy mas la suerte
Del mísero amador, el vil denuesto,
El congojoso miedo, el zelo frio.
Que no podrá respeto de mi muerte
Hacer que mude el curso al fin propuesto;
Tal exemplo es el grave dolor mio.

LIII.

Fueron de un corto bien, que huye luego,
Antes que vuelva la ocasion la frente,
Muestras las que el Amor halló presente,
Con que mi alma ardió en su eterno fuego.
Pero glorias de un niño solo y ciego,
Que cedo las deshace un accidente,
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,
Que en su dolor no alcanza algun sosiego?
Fundé mis esperanzas en arena,
Que el viento esparce ayrado sin concierto,
Y rendido al temor, perdí el rezelo.
Cayeron; y el cruel por mayor pena
En altas nubes desmayó desierto,
Ni alzar osando, ni inclinar el vuelo.

LIV.

Duro es este peñasco levantado,
Que no teme el furor del bravo viento;
Fria esta nieve, que el sobervio aliento
Del Aquilon arroja apresurado:
Mas duro es vuestro pecho, y mas helado,
En quien la piedad no ha hecho asiento,
Ni el fuego de amoroso sentimiento
En él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.
Sordas las ondas son de aqueste rio;
Pero mas sorda vos á mis clamores,
Que aun poco os pareció ser dura y fria.
Mas todo este dolor al pecho mio
No causa tantas penas y dolores,
Quanto la soledad de la alma mia.

ELEGIA V.

Los ojos, que son luz de la alma mia,
Húmedos vi tornarse con lamento,
La púrpura bañando y nieve fria.
Un tierno y congojoso sentimiento
Con suspiros forzados, fatigaba
El pecho, donde inspira Amor su aliento.
A la armonia y llanto atento estaba
El ayre, suspendído el alto cielo,
Y á mí junto con ella se quejaba.
¿Quándo oyó tan suave canto el suelo,
Aunque tenga de Orfeo la memoria,
Y de Febo cubierto en mortal velo?
¿Quándo tuvo el Amor tan gran vitoria?
¿Quándo sintió el valor de su grandeza,
Sino en esta dichosa y sola gloria?
¿Qué piedad fue ver en tal tristeza
Los dulces ojos, que jamás vió tales
La luz del roxo sol puesto en alteza?
Los dulces verdes ojos celestiales,
Que entre la blanca nieve y frescas rosas,
(A quien son las de Pesto desiguales;)
Esparcian las lágrimas hermosas,
Avivando el color con el rocio,
Que cubria las flores amorosas.
¡Qué lástima era ver en el sol mio
El puro resplandor, que me encendia,
Amortiguado, sin aliento, y frio!

¡Qué compasion mirar la gloria mia
Sujeta á un triste y miserable estado,
Y ver que Amor en ella padecia!
No hubiera pecho (aunque de acero armado)
Que al dolor no entregára sus despojos
De la aspereza en piedad trocado.
El licor, que baxaba de los ojos
Por los pechos, y veste variada,
De lazos plateados y de abrojos:
En nieve con dureza congelada,
Convertida su forma en la figura
De una luciente perla bien tallada.
No cria con tal luz y hermosura
En sí el rosado y oloroso oriente
Perla de tan perfeta compostura.
Si tuviera esta perla refulgente
Juno, de la alta Samo sacra Diosa,
Páris le diera el premio facilmente.
Con esta fuera Venus mas dichosa,
Y el resplandor mas blanco de Diana,
Y de Febo la luz mas poderosa.
Llegué yo á esta mi perla soberana,
¡Ay triste! inadvertido por mi daño,
Que su luz á mis ojos fue tyrana.
No me temí del amoroso engaño,
No pude persuadirme á tal afrenta,
No siendo de la ley de amor estraño.
A la luz, que en mis ojos se aposenta,
Iba para quejarme de la pena,
Que la fortuna adversa le presenta:

Quando cerca del mal , que Amor ordena,
Miré con piedad y confiado,
La que todas mis glorias enagena;
La luz, y el dulce resplandor nevado
El corazon venció con su belleza,
Y la tomé en mis manos admirado.
Lloroso , y con temor de su tristeza
Me olvidé de la perla quetraía,
Y á mi boca llevéla con simpleza.
Disuelta la punto , ¡ó dura suerte mia!
A las entrañas descendió , y en fuego
Se trasmudó la nieve dura y fria.
El corazon se abrasa ardiendo luego,
Como si por mi bella Luz no ardiera,
Y su calor dexóme á un tiempo ciego.
¡O crudo engaño , quién jamás creyera,
Que en un cuajado y recogido hielo
Oculto un fuego líquido estuviera!
¿Qué , fuera del Amor , virtud del cielo
Pudo mostrar en lágrimas hermosas
Un nuevo efecto nunca visto al suelo?
Estas lágrimas puras y amorosas
Eran fuego de amor , eran mi muerte
Estas lágrimas tiernas y dichosas.
Si estas pudo arrojar con trite suerte
Por los ojos , doblando el desvario
Al pecho , que rindió su brazofuerte:
Si estas pudo enviar en hielo frio,
Conociendo en la luz de su belleza
Mas virtud , que en su fuerza el Amor mio,

¿Por qué quiere, que viva en su dureza
Siempre sujeto, y preso, y engañado;
Pues no trató conmigo con llaneza?
Mejor fuera, que ya que maltratado
Debia yo vivir en su tormento,
Me llevára al dolor, sin ser forzado.
Y no que con su fraude y crudo intento
Me robára la gloria de mi pena,
Dexándome en confuso sentimiento
Rebelde el cuello siempre á la cadena.

LV.

Igual al Tebro, al Arno, y al Metauro,
Superior al Tajo, y Duero, y Ebro,
Sagrado Ispalo rio, á quien celebro,
Corre ufano al ondoso Ponto Mauro.
Tu bello mirto rinde al verde lauro,
Y á las menores hojas del enebro:
Quanto es mayor el lauro, que el enebro,
Tanto es al mirto inferior el lauro.
Solo falta, conforme á tu alta gloria,
Lugar en el luciente y firme cielo
Con el nombre de Erídano trocado.
Mas ya que se te niegue esta vitoria,
Serás en el dichoso Esperio suelo,
Qual Eliconio Olmeo, venerado.

LVI.

La viva llama dais, y luz ardiente
Del rosado esplendor y faz serena,
La gracia y risa tierna, de amor llena,
A Venus bella, á Faeton luciente;
Al cielo el, que vos dió, valor presente;
La suave armonia, que resuena
En vuestra dulce boca, á su sirena;
El olor, perlas, y oro al oriente;
La mano y color lúcido al Aurora;
Las flechas al Amor, que en mi herido
Pecho gasta cruel con ardor ciego:
A mí triste vos place dar, Señora,
Solo esquivo desden, ingrato olvido,
Que en vuestro hielo encienden mi ímpio fuego.

LVII.

Probó atento el artífice dichoso
A la imagen impresa y forma pura
Hacer no inferior la hermosura,
Por quien Betis va al piélago pomposo.
La gracia dió, dió el esplendor hermoso,
Que en la nieve la púrpura figura;
Lumbre, que á la tiniebla vence oscura,
Mas que todos osado y temeroso.
Pero la magestad de la belleza
Tierna, y serena gloria de la frente,
Y ojos dulces, do el blando Amor se cria;
No pudo: y justo fue, que su rudeza
Vuestra beldad no alcance floreciente,
Sola entre tantas, ¡ó ínclita Maria!

LVIII.

La muerte pido; un corazon amante
Vos me entregais, y me dexais ausente
De las bellas lazadas de oro ardiente,
Y del sereno y celestial semblante.
¿Por qué no temo pues el mal instante,
Aunque sus rayos Marte ya clemente
Contraiga, si el dolor, que está presente
Cansa el pecho en sus lástimas constante?
Este afan no esperado, esta partida,
El errante furor enciende fiero,
No el trabajo cruel de enferma suerte.
Tan me hallo en la ausencia aborrecida,
Que el dado corazón fue triste agüero
Al duro cierto riesgo de la muerte.

CANCION II.

Algun tiempo esperé de aquellos ojos
Gozar la dulce luz, que tiernamente
Se mostraba á mi llanto piadosa,
Del sol quando Diana estuvo ausente,
Y no le desplacieron mis enojos.
Ahora que esta sombra tenebrosa
Se entrepone á mi lumbre venturosa,
Su esplendor me fallece en el desierto,
Cercado de terror y niebla oscura,
Y crece el mal, y el daño se apresura.
Procuro salir dél con paso incierto,
Y doy en la espesura,

Donde todo me estorba, y la esperanza
Desmaya con dolor de la mudanza,
Qualquier fulgor presente á la memoria
Vuelve de mi perdido bien la gloria.
Fue en mi luengo camino cierta guia
Mi luz, y mi cuidado embebecido
Adestraba por ella el pensamiento.
Ahora (¡ay triste!) ausente y ofendido,
En soledad confusa y agonia
La veo oscurecida sin aliento;
Culpa de quien me causa tal tormento.
Quando en la asperidad del bosque espeso
Me enselvo mas, la claridad se aparta,
Y de su agena gloria al alma aparta;
Temo otro nuevo error en mi progreso:
De este agravio no harta
La fortuna, un nubloso cerco opone,
Que lluvioso el bien me descompone,
Y mi estrella arrebata de los ojos;
Yo ciego voy por ásperos abrojos.
Ya subo apena, y nunca descansando,
Por yertos riscos, pasos despeñados,
Ya en hondos valles baxo con presteza,
Lugares de las fieras no tratados,
El pensamiento en ellos variando.
Un frio horror y súbita tristeza
Roba el vigor, y engendra la flaqueza:
Qualquier soplo de viento, que resuena
Entre árboles desnudos quebrantado,
Aqueja la esperanza y el cuidado,

Que piensa ser la causa de su pena:
Pero luego engañado
Hallo el cuidado y la esperanza vana,
Que, como sombra, se me va liviana;
Mas luego en la memoria Amor despierta,
Para cobrar su bien, la gloria muerta.
Salgo de esta aspereza á un verde llano,
De flores y de violas vestido,
Y de mi Luz el claro lampo veo:
La belleza, el olor lleva el sentido,
Y el sereno esplendor y soberano:
Contemplo en su vigor quanto deseo,
Y es el Amor semblante á mi deseo.
El pecho abierto admite el blando fuego,
Y pruebo en la dulzura de este hecho,
Que no arde con viva fuerza el pecho.
Todo mi gran placer se turba luego,
Al principio deshecho:
Admirame la culpa, que no es mia,
Y procuro encenderme con porfia;
Y tanto lo procuro por mi daño,
Que me abraso y consumo en este engaño.
Quando oso descubrir el mal, que siento,
Hallo tanta tibieza al bien, que espero,
Que desconfio luego de mi gloria;
Y vuelvo al llanto y al dolor primero,
Desesperado de mi pensamiento,
Viendo muerta en mis bienes la memoria:
Olvido el dulce tiempo y dulce historia
De mi leda fortuna y apacible.

Veo mi mala andanza estar presente,
Y el remedio, que aguardo, siempre ausente.
Torno á la soledad, que mas terrible
Es la luz al doliente;
Y estoy en soledad con luengo llanto,
Do suena solo y gime el triste canto:
Y no espero volver al bien pasado,
Ni fin al vano error de mi cuidado.

SESTINA III.

Por este umbroso bosque y verde selva
Con mi prolixa pena ofendo el dia;
Y quando cerca á Febo ciega noche,
Renuevo mis gemidos en el llanto,
Y acreciento las ondas á este rio,
Ausente de los rayos de mi Lumbre.

Tal vez pienso cuidoso, que mi Lumbre
Hiere con el sereno ardor la selva,
Y cansa de mis lágrimas el rio.
Mas quando se me aparta y huye el dia,
Desierto me resuelvo todo en llanto,
Y á mis ojos deseo eterna noche.

Si en el silencio oscuro de la noche
Riela por el cielo alguna lumbre,
Luego la que fue causa de mi llanto
Me parece presente en esta selva;
Y hace esclarecer un nuevo dia,
Y alegra el mustio bosque y hondo rio.

Testigo de mi gloria ha sido el rio,
Que engañado me vió en profunda noche,
Hasta que apareció rosado el dia;
Y alli representándose mi Lumbre,
Que enriquece la fria esteril selva,
Asi dixe tal vez , cesando el llanto:
Mi sol , si á compasion vos mueve el llanto,
Que produce de lágrimas un rio;
Sufrid , que rompa yo esta espesa selva,
Y vaya envuelto siempre en dulce noche,
Para encender mi pecho en vuestra lumbre,
Pues me es niebla sin vos el claro dia.
¡O qué seguro bien tendré en el dia,
Que enjugueis de estos ojos vos el llanto,
Y envieis á mi alma aquella lumbre,
Que consume en su fuego el tardo rio!
Que no verán mis ojos triste noche,
Y será alegre el tiempo en esta selva.
La selva alcanzará un perpetuo dia,
Y estancará del llanto el grande rio
En la noche , en quien viere yo mi Lumbre.

LIX.

Despues que en mí tentaron su crueza
De amor, y vos las flechas y los ojos,
Di honra al uno, al otro los despojos,
Y sufrí saña de ambos y aspereza.
El fuego, que encendió vuestra belleza,
Hizo dulces y alegres mis enojos,
Y suave entre espinas y entre abrojos
El dolor, que causaba mi tristeza.
Tuve esperanza incierta de mi ufana
Muerte, viendo el valor de mi tormento,
Y confié este error de mi osadia.
Mas ay, que tanta gloria suerte humana
No alcanza; y nō se debe al mal, que siento,
El bien, que me negais, Estrella mia.

LX.

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto,
Que de mis esperanzas derrivado
Me veo en tal miseria, y apartado
De aquella Luz, que ausente alabo y canto?
Mi alma no soporta pesar tanto,
Y el nudo, que la estrecha, desatado,
Ligera irá con vuelo acelerado,
Sin descansar siguiendo su ardor santo.
Si esta indigna corteza la retarda,
Y lenta engaña el gozo de su gloria,
Corta, Amor, corta presto el flaco aliento.
Que solo el bien, que en mi dolor me guarda,
Por la vida que pierdo, tal vitoria
Dará, que en precio ceda á mi tormento.

LXI.

Aqui, donde florece la belleza,
En cuyo dulce fuego el Amor prueba
Su flecha, y mil trofeos nobles lleva,
Vi de mi Luz serena la pureza.
Mi bien, que fue, el valor y su grandeza
En mi memoria mísera renueva;
Y entre pasado afan y cuita nueva
No espero algun remedio á mi tristeza.
¡De mi gloria ó dichoso antiguo puesto,
Quán desigual semblante en tí contemplo!
¡Quán gran mudanza aflige la alma mia!
Oscuro el dia, y siempre el sol molesto
Te hiera; y seas de mi mal exemplo,
Hasta que en tí renazca mi alegria.

LXII.

Mientra Amor vos entrega los despojos
De quien suspira tierna, y cuida, y ama,
Yo en vano ausente ardo en tibia llama,
Viendo trocar mis flores en abrojos.
Vos en vuestro esplendor honrais los ojos;
Yo voy á do mi ciego error me llama;
Vuestro sol vos regala y vos inflama;
Yo en lenta pena enciendo mis enojos.
Dichoso vos, que nunca, ó vuestra gloria
Fue de penosas ansias ofendida,
O sentisteis la fuerza del veneno.
Mas yo jamás, mezquino, sin memoria,
Sin triste mal de amor pasé la vida,
Y del mas corto bien fuí siempre ageno.

LXIII.

Yo vi en sazon alegre un tierno pecho
Ufano dulcemente con mi pena,
Y que anudarnos pudo en su cadena
El ya cortés Amor con lazo estrecho.
Yo veo el bien , que tuve , ya deshecho,
Y mi segura fe de cuitas llena;
Y que el ingrato en ímpio afan condena,
A quien halla en su agravio satisfecho.
Yo vi , que no fui indigno de la gloria,
Que en su rigor me usurpa la mudanza,
Y en sombra del olvido ya me veo.
Entristézcome siempre en la memoria,
Desfallezco medroso en la esperanza,
Y al fin pierdo la vida en el deseo.

LXIV.

Si el fuego Idalio el tierno canto inspira,
Y en tu pecho , Amalteo , algun cuidado
La estrella infunde ya , que en mar turbado
Te guia , osa herir tu culta lira:
Por tí Betis humilde al Tebro admira,
Tebro , mayor que el Arno celebrado,
Y entre lucientes astros colocado
Envidioso Erídano lo mira.
Contigo calla el coro de Elicona,
Que baña el cuerpo en su cristal corriente,
Y pierde el dulce niño los despojos:
Que del materno mirto la corona
Texe , para ceñir tu sabia frente;
O canta , ó cierre siempre Amor sus ojos.

LXV.

Si yo puedo vivir de vos ausente;
Fálteme siempre el bien, y ofenda el cielo,
Y al débil cuerpo mio en leve vuelo
La alma suelta del peso no sustente,
Si puedo respirar sin el presente
Vigor de vuestra luz; el ímpio suelo,
Lleno de eterna sombra y desconsuelo,
Entre el perdido número me cuente.
Si padezco doliente y apartado,
Si se enagena el bien, que en vos tenia,
¿Por qué no rompe el pecho esta mudanza?
Si muero, do se pierde mi cuidado,
¿A mis ojos Amor por qué no envia
Un solo rayo dulce de esperanza?

Soneto de Alonso Ramirez de Arellano.

Divino Betis, que por la llanura
De la fertil Vandalia discurriendo,
El estendido campo enriqueciendo,
A tu region das nombre, y das frescura;
Y en medio de tu rauda y gran hondura
Tu natural corriente deteniendo,
Contrario curso luego prosiguiendo,
Vences del mar el ímpetu y bravura;
Si tu estacion naval gloria merece,
Si las ligeras yeguas valen tanto,
Y los Tartesios campos, y el gañado;
Un ínclito Herrera te engrandece
Sobre el Danubio, Reno, Nilo, y Xanto,
Eufrates, Tigris, y Indo celebrado.

LXVI.

Alfonso, vuestro noble y grave canto,
Con quien de eternos giros la armonia
Asuena, celebrar de la Luz mia
Debiera la belleza, que honro y canto:
Que yo la dura fuerza de mi llanto
Muestro, y mal fiero, y la ponzoña fria,
Y el bien, que á mi esperanza se desvia,
Quando en cuitoso son la voz levanto.
No que á mi nombre humilde diera gloria,
Que ya osa alzar igual por vos la frente,
A quien ilustra el Arno, grato al cielo.
Mas estimar si puedo esta memoria,
Verá el ilustre Reyno de Ocidente,
Quanto en vuestra alabanza ensalzo el vuelo.

LXVII.

Con triste voz, ó triste Musa, suena
De estos excelsos héroes la memoria,
De quien recela el hado la vitoria,
Y las mustias exêquias mustia ordena:
Porque pueda cantar (si en tanta pena
Da lugar el dolor) la ingrata historia;
Esparce en tanto en honra suya y gloria
El jacinto, amaranto, y azucena.
Vos, no rendidas almas generosas,
Con desigual asedio y dura suerte,
En la ribera Libia, que el mar baña,
Al cielo id veneradas, id dichosas;
Que no osará negar sobervia muerte,
Que sois eterna luz y prez de España.

ELEGIA VI.

En tanto que, Malara, el fiero Marte,
Y el no vencido pecho del Tebano
Ensalzas, por do el sol su luz reparte;
Yo, siguiendo el error de Amor tirano,
Vivo en usadas quejas y lamento,
Y crezco en mi dolor, temiendo en vano.
Doy culpa á la ocasion de mi tormento,
Que no pueda ablandar de su dureza
La fuerza, y el rigor del mal, que siento.
No encarezco del daño la grandeza,
Que no soy en mi llanto ambicioso,
Ni procuro alabanza en mi tristeza.
Sirvo mas al dolor impetuoso,
Y á la infelice suerte de mi estado,
Que al deseo de nombre ingenioso.
Esto es último fin de mi cuidado,
En esto espero merecer la gloria,
Igualmente penoso y engañado.
Solo es el bien, que busco, y la vitoria,
Agradar á mi Luz, y que mi canto
Haga de mis trabajos la memoria.
Entre suspiros dieron y entre llanto
La edad florida, el pensamiento incierto,
Ley á los versos míseros, que canto.
Rendida juventud mi estrago cierto
Dudando lea, y quien en lazo eterno,
Qual yo, espera acabar de bien desierto.

Que alguno , que tuviere pecho tierno,
Celebrará en mis penas la firmeza,
Y culpará el furor del mal interno.
  En mi Luz admirando la belleza,
El rico cerco de oro , y dulces ojos,
No alabará el desden y su tibieza.
  Hallará de amor triste los despojos,
Oscura piedad , poca alegria,
Claro el dolor , y muchos los enojos.
  Y alguna , á quien la indigna suerte mia,
Y su no cierta fe inclinar apena
Puede , dirá llorosa en su agonia:
  Si Amor , que á sus cruezas me condena,
Tanto bien me hiciera, que estrechára
A mí y á tí en su yugo una cadena;
  Ni yo de amante ingrato me quexára,
Ni tú de mi dureza ; que antes diera
Debido y justo premio á fe tan rara.
  Mas tú , si este cruel con diestra fiera
Te hiere el pecho , dignamente ayrado,
Que altivo de su imperio salgas fuera;
  A Alcides dexarás desamparado,
Y será aquel sobervio y alto canto
En cuitoso y humilde trasformado.
  Cubrirá del olvido el negro manto
Sus hechos , y tendrán fiel membranza
Tus cuidosos afanes y tu llanto.
  Otra mas grave lástima y mudanza
Te ofrecerá el dolor terrible , quando
Faltáre á tus fatigas la esperanza.

Codiciarás en vano el verso blando,
Que mitigue suave aquella saña,
Que te aflige ya mísero llorando.
Verás entonces bien, que Amor se estraña
De administrar el canto piadoso,
Que en deleytoso ardor al alma engaña.
Estimarás entonces congojoso
La lira, que cantar mis males usa,
Y el verso, antes caido y lagrimoso.
Y al duro son del yerro y voz confusa,
Del marcial estruendo preferida
Será por tí mi tierna y simple Musa.
Y no podrás callar en tu crecida
Desdicha y ansia; tu amoroso pecho
Ardió siempre en su llama esclarecida.
No te pese, que tenga Amor deshecho
Tu preso corazon en dulce fuego,
Y que esté de tu agravio satisfecho.
Si te dá de su gloria parte luego,
Si consagra tu canto, si vencido
De él yace el vencedor olvido ciego;
Por tí será su cetro conocido
De los purpúreos fines de oriente,
Hasta el lecho de zéfiro ascondido.
Y de la fria Cinta al cerco ardiente
Irá perpetuo el nombre glorioso,
Mientra encendiere en Ida el sol la frente.
El verso dulcemente generoso
Tendrá sublime honor, y soberano,
Del terso y culto Laso y amoroso.

Tal á su bella Laura el gran Toscano
Cantó con alta, insigne, y noble lira,
Guiando el Niño Rey su diestra mano;
Y de su Delia tal gemir la ira
Se vió el Romano amante en voz quejosa,
Y por la ausente Némesis suspira.
Será eterna la llama milagrosa
De aquel, que ciñe Febo el verde lauro,
Y enciende Amor con fuerza poderosa:
Que do en Xenil se mezcla el breve Dauro,
Ardiendo osadamente en furia pia,
Suena en el seno Arabio y Ponto Mauro.
Vivirá de Vandalio la porfia,
La aquexada pasion, y el puro canto,
Que murmurando Betis hondo oía.
Y tu tambien harás con tierno llanto
De tu afanada pena honrosa historia,
Que te dará este premio el furor santo.
Yo, que esperé mendigo un tiempo gloria,
Loando de mi Luz la hermosura;
Temo, que no merezco esta vitoria.
Porque ausente el rigor de mi ventura
De toda mi esperanza y bien me tiene,
Y siempre aguardo nueva desventura
Al dolor, que penando me sostiene.

ESTANZAS.

I.

Podrá fuerza cruel de airado cielo
Y hacer suerte adversa de mi hado,
Que pise peregrino esteril suelo,
O sulque el ancho piélago apartado;
Y no que de la fe el seguro zelo
Se mude, y dé lugar á otro cuidado,
Y entre, á grado de la alma, ó á despecho,
Nueva llama de amor en este pecho.

No es brio de lozano pensamiento,
Ni liviana promesa, y mal cumplida,
Certeza noble sí de noble intento,
Que durará en el curso de mi vida.
Aunque ofendo al honor de mi tormento,
Declarando verdad tan conocida;
Pues basta ser la causa de mi pena
La gran beldad de vuestra luz serena.

La luz serena vuestra y beldad pura,
Que sola en vos eterna resplandece;
El tierno acogimiento y la dulzura,
Do espira, y en mi alma el Amor crece;
Asi me desvanecen la ventura,
Que se pierde en el bien, que no merece;
Porque es la mayor gloria, que se alcanza,
Padecer en mi mal sin esperanza.

Tan encogido estuvo mi deseo,
Que aun del dolor no pretendió memoria:
Nunca se aventuró mi devaneo,

Y puse siempre en el temor mi gloria:
Amando me contento, y no deseo
Esto de vos, y pierdo esta vitoria;
Si se puede decir, que la ha perdido
Quien ama tan cortes y comedido.
Volved la alegre luz de vuestros ojos,
Y afixad en los mios su belleza,
Porque renueve en ella los despojos,
Y afine la alma de esta vil corteza:
No querria mas bien de mis enojos,
Que publicarse en toda la grandeza,
Que el cielo ve; que tuve sufrimiento
Igual á mi osadia y mi tormento.
Despues que ya no pudo estar cubierto
El dolor, en que vivo de mí estraño,
Y Amor me hizo osado al descubierto,
Lo menos de mi afrenta fue y mi daño,
Lo mucho que sabeis; que el riesgo cierto,
Que paso en mi temor y usado engaño,
Ni se puede decir, como se siente,
Ni sentirse de pecho diferente.
Solo espero en dolor tan inhumano,
Que conozcais, que sin algun reposo
Lo sufro, y estoy siempre mas ufano,
Quando en mi afan me hallo mas penoso:
Si mereciese yo de amor tirano
Este bien, en mis lástimas dichoso,
Podria ya cuidar, que en vos no prende
Menos el vivo fuego, que me enciende.

No cabe en la fortuna humilde mia
Tanto bien ; sobra haber de vos oido,
Que no vos desagrada mi osadia,
Y place ver en este error perdido:
El grande amor medroso desconfia,
El pequeño contino es atrevido:
Quien ama poco , espere mucho; pero
Yo, que amo mucho , poco bien espero.

SESTINA IV.

Dexo la mas florida planta de oro,
Y lloro ausente y solo aquella Lumbre,
Que sigo , y siento el pecho arder en fuego:
Mas el estrecho lazo de la mano
Me alienta , y la dulzura de la boca,
Que puede regalar la intensa nieve.
Yo recelé la fuerza de la nieve,
Quando no pude ver el árbol de oro,
Y perdí las palabras de su boca;
Pero volvió al partir la alegre lumbre,
Y con el blanco hielo de la mano
Todo me destempló en ardiente fuego.
Ardió conmigo junto en dulce fuego,
Y el rigor desató de fria nieve,
Y el corazon me puso de su mano
En la mia , y tendió los ramos de oro;
Y vibrando en mis ojos con su lumbre,
Ambrosia y nectar espiró en su boca.

Si oyese el blando acento de su boca,
Y fuese de mi pecho al suyo el fuego,
Que procedió á mi alma de su lumbre,
Yo jamás temeria ingrata nieve;
Y cogiendo las tersas hojas de oro,
Crinaria mi frente con su mano.
Mas ya me hallo lejos de la mano,
Y no escucho el sonido de su boca,
Ni veo la raiz luciente de oro;
¿Y no me abraso todo, y vuelvo en fuego?
Pues crece siempre en mi dolor la nieve,
Y no ofenden mis lástimas mi lumbre;
Abre, dulçe suave, clara lumbre,
Las níeblas, y mitiga con tu mano
Mi sed; y la dureza de tu nieve
Desencoge y resuelve, pues tu boca
Fue la última causa de mi fuego,
Y contigo me enreda el tronco de oro.
Yo espero ya, flor de oro y pura lumbre,
Tocar la tierna mano, y vuestra boca,
Que desyele en mi fuego vuestra nieve.

ELEGIA VII.

La llama, que destruye el pecho mio,
Y consume cruel en fuego eterno,
Se alienta en el rigor de vuestro frio.
¿Qué nieve, que engendró Sitonio ibierno,
Basta contra su fuerza? ¿qué dureza
Cerça ese corazon medroso y tierno?

De mi encendido Etna la braveza
No puede regalar el tardo hielo
De vuestra blanda y áspera belleza.
Aunque de la herbiente Libia el cielo
Con intensos ardores abrasase,
Y siempre el roxo Sirio nuestro suelo;
Y aunque las llamas todas exhalase
De su ahumada cumbre Tifoeo,
Y con guerra al Olimpo fatigase;
Con mi dolor, con mi denuesto creo,
Que no podrán romper el hielo vuestro,
Ni el incendio podrá de mi deseo.
Favoreció al ardor el Amor diestro,
Que le dió vida luenga en mis entrañas,
Y fuí yo mesmo en mi pasion maestro.
Aqui tienen principio sus hazañas
En la tibieza vuestra y en mi llama,
Con gloria en el suceso y pena estrañas.
Hiélase en vos Amor, en mí se inflama,
La pena, que me dais, tengo por gloria,
Vuestro desden me aparta, Amor me llama.
Gran valor y gran honra es la vitoria
De un vencido, y sobervios los despojos
De un desdichado amante, y sin memoria.
Conocí yo el poder de vuestros ojos,
Rendíme, y sujeté mi libre cuello
Con aquejada cuita á mis enojos.
Texióme en bellos lazos el cabello,
Que excede al oro Arabio, la cadena,
Que el mal me causa, y fuerza á sostenello.

La boca, en que el alado niño suena
Con armonia alegre, y risa honesta,
El furor acrecienta de mi pena.
Grave error, grave culpa mia es esta;
Pues admito recelo en mi tormento,
Y á mi osadia miedo vil molesta.
Porque mi aventurado pensamiento
Halla bienes de amor, jamás pensados,
Y regalos de tierno sentimiento.
Ay, los favores casi á fuerza dados,
La habla, la dulzura, y el consuelo,
Que dan tarde los ojos recatados,
Trasportado me tienen en el cielo,
Y ledo en su memoria el bien contemplo,
Que igual no estrenó amante en mortal velo.
Yo sé, que muero ya, y que soy exemplo,
Aunque ofrecido al mal de mi cuidado,
De venturoso amor en alto templo.
Solo estoy de un afan desconortado,
Que del fuego, que sufro, una centella
No entra en vuestro corazon helado.
Si Amor permite, que esa luz, mi bella
Llama, vibre sus rayos en mi vista,
Y que el ardor presente lleve en ella;
Sé, que no habrá tormento, que resista
Mi gloria; y cuido ufano, que el trofeo
Alzaré vencedor en mi conquista.
Que la divina fuerza, que en vos veo,
Podria desatar la nieve fria,
Y el hielo envejecido del Rifeo.

Gloriosa, serena estrella mia,
Relucid en el fuego, que consiento,
Y dad nuevo vigor á mi osadia.
Que á vuestra alteza ínclita presento
Mi dolor, mi cuidado, el daño cierto,
Y el blando y lastimoso sentimiento.
Los suspiros fogosos, que yo vierto,
Darán fe de mis males, y admirada
Enterneced tal vez el pecho yerto.
Sois vos mi estrella sola venerada
De la alma, que vos honra con firmeza,
Aunque no agradecida, no mudada.
Yo procuro hacer vuestra belleza
Perpetua con osado y noble canto,
Que en el tiempo asegure su grandeza.
Aliento me da Amor, con que levanto
La voz, no inferior á eterna fama,
Cubierto de purpúreo y rico manto.
Y en el ardor dichoso de mi llama
Se deshará, quien viere el nombre escrito,
El nombre, que en suave amor me inflama,
Tendrá jamás el término prescrito:
Porque como su inmensa hermosura,
Y su valor, asi será infinito.
Qual vuela la paloma blanca y pura,
Tal en la gloria, que suspenso honoro,
Mi canto volará con voz segura.
Luces bellas, sortijas crespas de oro,
Mano en nieve y en púrpura teñida,
Dulce boca, de Amor dulce tesoro;

Gracia, risa, armonia nunca oida,
Valor, ingenio, conceded la gloria
A quien por vos de todo el bien se olvida.
Que aunque se debe al cielo esta vitoria,
Mi fe es digna, que sola tal hazaña
Celebre y alce en vuelo su memoria,
Por quanto señorea y vence España.

LXVIII.

De aquella ardiente luz y ardor luciente,
En quien los ojos abre el amor ciegó,
Centellas de suave y blando fuego
Vuelan con alas de oro dulcemente.
Unas llegan al orbe, á do presente
Venus estrellas puras forma luego,
Que le ornan mas, errando en bello fuego,
Que el Espero hermoso al ocidente.
Mas otras, descendiendo por mi suerte,
Para darme valor, al tierno pecho,
Lo abrasan, condenado á eterna pena.
Yo pido por envidia de mi muerte,
Que en este corazon de amor deshecho,
Todas ponga mi alegre Luz serena.

LXIX.

Suave Filomela, que tu llanto
Descubres al sereno y limpio cielo,
Si lamentáras tú mi desconsuelo,
O si alcanzára yo tu dulce canto;
Prometer á mi cuita osára tanto,
Que esperára el dolor algun consuelo;
Y que tal vez moviera tierno zelo
Los ojos, cuya bella lumbre canto.
Mas tú con puro acento y armonia
Tu afrenta, y gimes bárbaros despojos,
Yo triste mayor daño ausente lloro.
Quiera Amor, que tu voz la pena mia
Resuene, ó que yo alivie mis enojos,
Vuelto en tí, Ruiseñor blando y canoro.

LXX.

Volved, suaves ojos, la luz pura,
Si á esto da lugar vuestra grandeza,
Y templad mi dolor, que la dureza
No cabe en vuestra inmensa hermosura.
La sobervia y desden harán oscura
La mucha claridad de vuestra alteza;
Y no es blason de singular belleza,
Trocar en mal el bien de mi ventura.
Despues que Amor dexó, serenos ojos,
Por vos el celeste orbe, el dulce puesto
Mejoró alegre en vos, y honró la tierra.
Mirad, ó no, mi cuita y mis enojos,
(¡Tal es mi noble afan!) yo estoy dispuesto,
Para morir ufano en esta guerra.

LXXI.

El roto lazo habia ya del muerto
Fuego alegre del cuello sacudido;
Mas fue en vano el reposo concedido,
Y recreció mayor el desconcierto.
Amor á vuestros ojos traxo cierto
El corazon , y en ellos defendido,
Alli encendió su flecha , alli herido
Vos entregué mi pecho al hierro abierto.
En la tibia ceniza resplandece
De vuestra dulce luz centella ardiente,
Y su blando calor desata el frio.
¡O quál venganza al justo Rey se ofrece!
Porque ya vuestro ardor mi pecho siente,
Y siente vuestro pecho el hielo mio.

LXXII.

¿Amor , para qué vale el sufrimiento
En un pecho enseñado á tanta gloria,
Si es todo lo que guarda la memoria
Causa de afan al alma, y de tormento?
Porque no pierde triste el flaco aliento,
Quien perdió , y no en su culpa , la vitória,
Y de su dulce bien la alegre historia
Vió trocar en eterno sentimiento.
¿Por qué se esfuerza en vano mi esperanza,
Y ageno en luenga ausencia de mi suerte
Me sostiene en dolor y en llanto fiero?
Harto es al que padece en tal mudanza,
Poder honrar su vida con la muerte,
Que lentamente llega al fin postrero.

ESTANZAS II.

Oid atenta el son del tierno canto,
Hermosa estrella mia, que yo veo
En vuestra luz la llama, en quien levanto
Ardiendo prestas alas al deseo.
Por vos venzo el dolor, y rindo el llanto,
Y lleno de la gloria, que poseo,
Hallo, que en vos mi pena me disculpa,
Y en mi dichoso mal estoy sin culpa.

Enciéndeme las venas este fuego,
Las junturas y entrañas abrasadas
Siento y nervios; y siento correr luego
Las llamas por los huesos dilatadas.
Mi llanto el ardor templa; y si sosiego,
Las centellas resuenan alentadas.
El fuego en la ceniza me revuelve,
Y en lágrimas el pecho el Amor vuelve.

Quando en vos cuido, en alta fantasia
Me arrebato, y ausente me presento;
Y crece, contemplando, mi alegria,
Donde vuestra belleza represento.
Las partes con que siente la alma mia,
Enlazada en mortal ayuntamiento,
Y recibe en figuras conocidas
Al sentido las cosas ofrecidas.

Aunque en honda tiniebla sepultado,
Y esto en silencio oscuro y ascondido,
Casi en perpetua vela del cuidado

Se aduermen ; y en el dulce bien perdido
De esta memoria en puro amor formado
Se vencen, y alli todo suspendido
El espirtu vos halla ; y tanto veo,
Quanto pide y espera mi deseo.

Con la grande igualdad, que en la belleza
Vuestra mi alma tiene semejante,
Que trasfigure en mí vuestra grandeza
Me fuerza , y á mí en vos , y del semblante
Suave y luz procede con terneza
A los ojos de vuestro humilde amante
Un furor blando, en que me pierdo; y quanto
La vista alegra, crece el mal y el llanto.

Amor me hiere, y hace que mi pena
Exceda á la que ha sido mas terrible,
Y sufre, de mi alma hecha agena,
Mas dolor , que el que puede ser sufrible.
Solo estoy , do se ufana y se condena,
Y estoy , do al tardo cuerpo no es posible;
Pero gozo en mi afan de tanta gloria,
Que si es fiero, es eterna mi memoria.

Casi sin esperar , mi Luz , vos temo,
Y en temor infinito sirvo y amo
Con infinito amor ; y en tanto estremo
Mas dudo, quanto siempre mas me inflamo;
Y llega mi recelo á lo supremo
Del peligro ; y tal véz si triste llamo
La esperanza al favor , se me retira,
Y lejos de salud mi empresa mira.

Peno, y por vos estoy sin esperanza,
Y menos me debiera, si aplacára
La fuerza del tormento en confianza;
Pues por mi bien honrándome penára,
Y no por el valor, que la alma alcanza:
Y esta suerte de mal dichosa y rara
Me obliga á presumir en mi cuidado,
Ageno de remedio y olvidado.

Tengo esperanza de mas pena, y tengo
Por ella alguna cuenta de esta vida,
Que aborrezco; y la cuita, que sostengo,
Menos, quanto es mas áspera, es temida.
Desamo el bien, y en el dolor me vengo
De la engañada libertad perdida,
Y de mí, que temia simple y vano,
La gloria de morir á vuestra mano.

No tengo de vos bien, sino el cuidado,
Que siente el corazon; y es mejor parte
Esto del don mas noble y estimado,
Que vuestra incierta piedad reparte.
Tan secreto lo encubro y tan guardado,
Que jamás daré de él alguna parte,
Que solo nací yo para tenello,
Y él para darme muerte en merecello.

No esperé yo algun bien, quando mis ojos
Vos dieron de mi alma la vitoria;
Los males esperé de mis despojos,
Y ellos aplacen tanto á mi memoria,
Que ya no trocaré de mis enojos
El menor, por el bien de mayor gloria,

Que n o venga de vos, y en ellos vivo
Tan hecho, que al descanso estoy esquivo.
Procuro, si el dolor ya nunca muere,
Que nazca mas dolor de vuestra mano,
Porque me esfuerce con razon, y espere
Ser digno del tormento soberano:
Y Amor jamás podrá, que desespere
Quien ve, que su sandez no salió en vano;
No para confiar de bien alguno,
Sino para otro mal mas importuno.
Solo mi bien, mi galardon crecido
Es, que cuideis, que aunque por vos yo peno,
Haciendo lo que debo, en lo servido
De esperanza de premio estoy ageno;
Que en admitir mi pena, agradecido
Queda, quanto en mis males hay de bueno,
Y no que vos lo agradezcais, Luz mia,
Que no se inclina á tanto mi osadia.
Deuda es esta de amor, que siempre hago:
Si la compenso, gloria no merezco,
Pena sí, con la qual no satisfago,
Si el tormento huyere, á que me ofrezco:
Bien conozco esta culpa, y no la pago
Por su valor, en quanto mal padezco:
A perder de tal suerte me aventuro,
Que en la vida la muerte me aseguro.
El premio, que se guarda á la fe mia,
En fin de mis trabajos y mi engaño,
Es quedar con mas fuerza y agonia
Otro para pasar cruel y estraño.

Amenázame un mal, y se desvia
Para otro nuevo mal y nuevo daño:
El que viene mas fiero, no me mata,
Porque de otro mayor se desbarata.
Ausente en soledad me huelgo tanto,
Por el mal, que me causa mi tristeza;
Que es mi gloria en la fuerza de mi llanto,
Atender solo á él y á su dureza.
Las horas, que pasé, y el tiempo canto
Del bien perdido; y puesto en su aspereza,
Pienso lo que ya fui, y en ello espero,
Que en lo que soy ahora desespero.
Si vos puede acordar alguna muestra
De esa inmensa belleza esclarecida,
Dadle toda la culpa, y será vuestra
La osadia, á mi alma consentida:
Sea, si sufris vos, la culpa nuestra,
Sea la pena sola de mi vida;
Que mi fe del error, que ufano intento,
Me asegura en mis miedos y tormento.
Aquiste piedad tan corta y justa
Sola mi voluntad, por quien soy vuestro;
Que será presuncion y saña injusta,
Si no dais al amor el error nuestro:
Y si vuestro desden ayrado gusta
De mi muerte, bañad el brazo diestro
Con hierro agudo en sangre de mi pecho,
Que yo estimaré alegre el daño hecho.
Haced quanto vos place, y vos enseña
La ingrata condicion y suerte altiva;

Que mis despojos conocer desdeña,
Terrible á mi pasion, y siempre esquiva;
Que aunque esteis mas instable y zahareña,
De tal parte mi lástima deriva,
Que ni volver podrá rigor, ni pena
Mi voluntad de vos un punto agena.
Si compasion vos mueve al dolor mio,
Por el bién, donde ledo me vi puesto,
Sea, no por el mal, en quien porfio,
Pues de mi grado me es, y fue molesto.
Mirad quánto en mis ansias me confio,
Que no salir de sujecion protesto:
Y si cuido, que en esto vos obligo,
Sedme vos y amor siempre mi enemígo.
¡Quánto me sois en deuda, si he temido
Nunca en dificil trance la mudanza!
¿Mas qué mal contrastar al atrevido
Pecho puede, que honrais con la esperanza?
Si en peligrosas ondas sacudido
Temí, desesperado de bonanza;
Vuestro favor me falte, que el cuidado,
Ni ausente recelé, ni desdeñado.
Si en honra de mi pena vos agrada,
Permitid cortesmente mi osadia;
Volved con luz serena y regalada
Los ojos, que me tornan la alegria;
Porque en mortal trabajo desmayada
No acabeis esta ufana suerte mia:
¿Pero si no sufris mi mucha gloria,
Y entregais al olvido mi memoria?

Aunque no lo merezca el pensamiento,
Siempre á vuestros deseos enseñado;
Pues buscais dura y áspera el tormento,
Y última afrenta al corazon cansado;
Porque nunca me duela el sentimiento,
Quejoso de no haberos agradado,
Mis males pido solo solos , y mi engaño,
Y vos quedad contenta con mi daño.

ELEGIA VIII.

El sol del alto cerco descendia,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fria;
Quando suspenso el curso , con que lava
El sacro muro , honor de Esperia fama,
Betis la frente ovosa triste alzaba.
No viendo la cruel , por quien derrama
Mil suspiros llorosos , en voz agena
Dixo , ardiendo de amor en fiera llama:
¿A dónde estás? escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.
Ven , Ninfa , adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuesta yedra está sombrio,
Y do , al timble igualando , el povo crece.
Que todo quanto abraza este gran rio
Es mio , y será tuyo, si tu vienes:
Ven, ó ven , Galatea , al llanto mio.

¿Qué tardas? ¿por qué, ingrata, te detienes?
No canses mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y miedo tienes.
Una guirnalda guardo retexida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de violas blandas esparcida:
Que enlazada en tu frente con olores,
Que cria el oriente fortunado,
Encenderás los sátiros de amores.
Cubrirá de ostro Asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las Naides y cuidado.
Consagraré á tu nombre un bosque oscuro,
Con empinados árboles tendido,
Que nunca ose cortar el hierro duro.
Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazon, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.
Las torres, que el Tebano alzó primero,
Mira, á quien la cerúlea y alta frente,
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;
Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre Maura, y llena de ira
Pone á la Aurora el yugo y ocidente;
Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza, el imperio glorioso,
Y felice fortuna siempre aspira.
En estos dará Febo poderoso
A sublimes espirtus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.

Habrá quien cante humilde su tormento,
Quien beligero horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento.
Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio frio,
Y del lascivo Sulmonés cantada;
Si atiendes á su alegre desvario,
Te agradará, en mis brazos blandamente,
Su canto, que suspira el dolor mio.
Ven pues, ven, Galatea, que el ardiente
Calor á estas mis ondas te convida,
Templadas con el zéfiro presente.
Y en la secreta urna y ascondida
Tratarémos de amor suave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.
Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho al fin irá cesando.
Dichoso yo, si alcanzo lo que pido;
Que si lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.
Aunque á la Siracusia Ninfa Alfeo
Busque, y con Ilia el Tebro venturoso,
Y esté con Tiro el órrido Enipeo;
Ensalzaré yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleytoso.
Y el vaso de cristal y claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.

Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre, y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.
¿Qué lira habrá, qué cítara llorosa,
Que no se rinda humilde, y dé la gloria?
¿Qué silvestre zampoña y amorosa?
Será eterna y sagrada tu memoria,
En quanto ciña el mar, y Cintio vea;
Pues das al amor mio esta vitoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.

LXXIII.

La Luz serena mia, el oro ardiente,
En mil cercos lucientes dividido,
Y en dulce nieve y púrpura teñido,
Casa, el color suave de la frente;
Canto, y como el ingrato Amor consiente
Ciego en su esplendor bello, estoy herido,
Y oscurezco sus glorias, ofendido
De tanto bien con lira y voz doliente.
Oso, y aunque el deseo me levante,
El peso es grande; y culpa mi osadia,
Quien amára el peligro de mi pena:
Mas el cielo cansó al sobervio Atlante,
Y no es mayor su empresa, que la mia,
Pero sí el vano error, que me condena.

LXXIV.

Quando el dolor desmaya al sufrimiento,
Estoy de todo bien desamparado,
Y sacudir del cuello quebrantado
Pruebo el yugo inmortal de mi tormento:
Mas viendo el oro terso suelto al viento,
O entre sortijas bellas enlazado,
Vuelvo alegre de nuevo á mi cuidado:
¡Tan dulce me es por él el mal, que siento!
Al ardiente crispar de dulces ojos,
Del tierno y puro amor hermosa llama,
Descubro sin temor el pecho abierto.
Mal puedo yo negalle mis despojos,
Si blanda enciende, y áspera me inflama,
Y con el mal y el bien me tiene incierto.

LXXV.

Ahora que cubrió de blanco yelo
El oro la hermosa Aurora mia,
Blanco es el puro sol, y blanco el dia,
Y blanco el color lúcido del cielo.
Blancas todas tus viras, que recelo
Es blanco el arco y rayos de alegria,
Amor, con que me hieres á porfia,
Blanco tu ardiente fuego, y frio yelo.
¿Mas qué puedo esperar de esta blancura,
Pues tiene en blanca nieve el pecho tierno
Contra mi fiera llama defendido?
¡O beldad sin amor! ¡ó mi ventura!
Que abrasado en vigor de fuego eterno,
Muero en un blanco yelo convertido.

LXXVI.

Por estrecho camino, al sol abierto,
De espinas y de abrojos mal sembrado,
El tardo paso muevo, y voy cansado,
A do cierra la vuelta el mar incierto.
Silencio triste habita este desierto,
Y el mal, que hai, me importa ser callado,
Quando acaballo cuido, acrecentado
Veo el sendero, y veo el daño cierto.
A un lado empina yerto inmensa cumbre
El monte órrido, opuesto al alto cielo;
Corta un despeñadero la otra parte.
Crecer la sombra, y anublar la lumbre
Siento, y no hallo solo en mi recelo,
A do pueda valerme, alguna parte.

LXXVII.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
Sublime Carlo, el bárbaro Africano,
Y el espantoso á todos Otomano
La altiva frente inclina quebrantada.
Italia en propia sangre sepultada,
El invencible, el áspero Germano;
Y del Frances osado el pecho ufano
Al yugo rinde la cerviz cansada.
Alce España los arcos en memoria,
Y en colunas á una y otra parte
Despojos y coronas de vitoria:
Que ya en tierra y en mar no queda parte,
Que no sea trofeo de tu gloria,
Ni resta mas honor al fiero Marte.

LXXVIII.

Si algo puedo cuidar , que vos ofenda,
Muera en ausencia vuestra perseguido,
Y en ciego engaño y confusion perdido,
A remediar mi daño nunca atienda;
Y jamás la esperanza me defienda
De ese injusto desden y tibio olvido;
Y quando mas me importe ser oido,
Tarde la voz de mi dolor se entienda.
Pero si no da entrada el pensamiento
A cosa, que no sea vuestra gloria,
Y de quanto es ageno se desvia;
¿Por qué negais , ingrata á mi tormento,
Que se ufane mi mal con la memoria
De ser la causa vos , Estrella mia?

CANCION III.

Desnuda el campo y valle el yerto ibierno,
Y empaña en torno al cielo desvelado
Negra faz de enemiga oscura niebla,
Y el sereno esplendor del sol eterno
Se confunde en una órrida tiniebla;
Y rendido á mis lástimas , cuitado,
Miro el mísero estado,
Que mi gloria enflaquece y confianza,
Cobrando siempre fuerzas la olvidanza:
Y la luz , que en mi bien resplandecia,
Asombró con mudanza
En triste noche al fin mí alegre dia.

Esclarece en el último ocidente
El cielo, y los colores matizando,
Baña y orna la tierra de su lumbre:
Su claridad la yerva y la flor siente,
Y el árbol, que corona su alta cumbre;
Mas yo, mezquino, mi dolor llorando,
Vo en vano lamentando:
Y la Luz, que mostraba su grandeza,
Y me cubria de inmortal belleza,
Cerrada nube ofusca, y de mis ojos
La roba con presteza,
Y mi llanto acrecienta y mis enojos.
Con instable fulgor y rayos de oro
Cintia entre sombras altas aparece,
Y lleva al dulce amante á su cuidado,
A quien para gozar de su tesoro,
La sazon y la suerte favorece:
Yo laso, que me veo maltratado,
Solo y desconfiado,
Sin mi Lumbre en desierta noche y fria,
¿Qué traza seguiré? ¿qué cierta guia?
¿Quién podrá en esta niebla aborrecida
Adestrarme á la via,
Que escogí de mi bien, tan mal perdida?
Va el piélago sulcando presurosa
La nave, enderezada de la estrella,
Que gobierna su curso, y sin recelo
Sufre la ira del ponto procelosa,
Que con terror descarga toda en ella:
Yo, en quien su saña toda vierte el cielo,

El hondo mar del zelo
Abro con fragil pino, y la luz clara
Veo anublarse y asconderse avara,
Ondas gemir, subir el golfo en alto;
¡Y quán poco repara
Mi vida de la muerte el duro asalto!
En el horror nocturno brama ayrado,
Y quebranta los árboles el viento,
Hasta que muestra el dia luz alguna,
Que retarda su ímpetu indignado,
Y espira deleytoso un blando aliento:
Mas en mi oscuridad y en mi fortuna
Una sombra importuna
Crece, encubriendo el lustre de la Aurora,
Y su imagen los astros descolora.
Estruendo es todo, es ira, es furia horrible,
Y al enfermo, que llora
Su mal, es el remedio ya imposible.
Al dulce ardor primero y pura llama
Las aves cantan ledas, y el rocio
Las flores cerca de esplendor luciente,
Que tiembla entre las perlas, que derrama,
Y alegra el campo un ayre tierno y frio;
Y quando mi Luz sale, el mal presente
Lloro, y de humor caliente
El suelo con mis mustios ojos baño;
Y no descanso con llorar mi daño,
Que mi dolor no admite algun consuelo:
Solo este desengaño
Del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

LXXIX.

Quando el fiero Tyrano de Oriente
La afrenta, que sufrió, con osadia
Se aventura á pagar, y, España mia,
Contrastas con valor su saña ardiente;
Amor se esfuerza en mi pasion doliente,
Y finge, y me presenta una alegria
Vana, para que sienta en mi porfia,
Del bien cayendo, el mal mas duramente.
Yo cuido defenderme en mejor suerte,
Y resistir sin miedo el duro asalto,
Y descansar seguro en mi sosiego.
Quando importa mostrar el pecho fuerte,
Me pierdo, y hallo de valor mas falto,
Y rindo el corazon al hierro y fuego.

LXXX.

El Sátiro, que el fuego vió primero,
En su alegre esplendor embebecido,
Llegó á tocar; y conoció encendido,
Que era, quanto hermoso, ardiente y fiero.
Yo, que la Luz ví, mísero, en quien muero,
Vuelto llama, engañado, y ofrecido,
A mi dolor, no en llanto convertido
Cuidé triste acabar, como ya espero.
Belleza y claridad, nunca antes vista,
Dieron principio al mal de mi deseo,
Dura pena y afan á un rudo pecho.
Padezco el dulce engaño de la vista;
Mas pues me pierdo al fin con quanto veo,
¿Cómo todo ceniza no estoy hecho?

LXXXI.

Alcé la vista acaso , descuidado
De mi futuro afan y cierta pena,
Destexida del cuello la cadena,
Que me traxo en mil males enredado;
Y queriendo mirar (¡ay duro hado!)
El puro ardor de aquella Luz serena,
En quien Amor me inflama y me condena,
Y con sus flechas vibra el arco armado;
Sus ojos en los mios encontraron,
Y con la fuerza de su fuego el pecho
Sintió la aguda vira en las entrañas:
Que no livianamente me abrasaron,
Y el golpe fiero descendió derecho
A mostrar en mi alma sus hazañas.

LXXXIII.

Eustacio , yo seguí al Amor tirano,
Esperando en su fe por dolor mio;
Que al intenso rigor y ardiente estio
Prometido descanso busqué en vano.
Veo , y se me desliza de la mano
La ocasion ; y aunque en este ibierno frio
Inundo en luengo llanto el hondo rio;
Siento crecer el mal mas inhumano.
Vos , á quien Febo dió la dulce lira,
Y la arte gloriosa de Melampo,
Remediad la pasion de un vuestro amigo:
Que la porcion de aquella , que suspira
Por su cruel belleza el Frigio campo,
Tal vez podrá tener valor conmigo.

Soneto del Doctor B. de Cervantes.

Quien la verdura y flores del verano
Busca en las nieves del ibierno frio,
Quien las espigas rojas del estio
Busca en tiempo brumal, trabaja en vano.
Al crudo mal de amor remedio humano
Pensallo de hallar es desvario,
Si aquella, que os llagó, Fernando mio,
No os da el remedio con su propia mano.
Que ni el biforme hijo de Filira,
Macaon, Podalirio, ni Melampo
Supieron remediar el mal, que digo.
Mas si el que está llagado de esta vira
Pusiese tierra en medio y mucho campo,
Vendria por tiempo á tener paz consigo.

ELEGIA IX.

Rubio Febo y crinado, que ascondido
En el ondoso seno de ocidente,
Dexas el cielo en torno oscurecido;
Si en las rosadas puertas de oriente
Rielaren tus puros rayos y oro
Con ardor de luz nueva y roxa frente,
Desvanezca el fulgor de tu tesoro;
Que hoy vi los ojos, do perdí herida
Mi alma en la beldad, que amando adoro.
Ya pasó mi dolor; ya sé, que es vida:
Ya puedo espirar bien en mi tormento,
Sin recelar mi muerte aborrecida.

Verás de tu sublime y rico asiento
La trenza, que en mi afan se enreda y crece,
Suelta al tierno espirar del manso viento:
Las luces, do rendido Amor se ofrece,
El semblante, que en púrpura y en nieve
Dulcemente mezclado resplandece.
Pero sea, Titan, la vista breve,
Que si tu llama en ella se detiene,
Hará, que en tí la suya el Niño pruebe.
Clarar la tierra y polo te conviene,
Y no, ciego de aquella Luz hermosa,
Que en medrosa tiniebla te condene.
Solamente á mi alma venturosa
El amor concedió de su belleza,
Y la vida y la muerte gloriosa.
Sienta el Persa animoso mi riqueza;
Quien del Rin bebe osado la corriente,
Y del Vístula admira la grandeza;
Mi gloria á la primero incierta fuente
Del Fario Nilo, imitador del cielo,
Y corra á la apartada inculta gente.
Pues entre quantos ciñe el mortal velo,
Dende el curso de Ganges resonante,
Hasta el dichoso nuestro Esperio suelo;
Yo he sido el mas felice y cierto amante,
Y mi Luz entre todas la mas bella,
Aunque el Troyano incendio Homero cante.
No ilustra el giro excelso alguna estrella,
O corone á la esposa de Perseo,
O á quien de tí, Teseo, se querella,

Igual á esta mi Luz, que alegre veo
Vibrar suaves rayos á mis ojos,
Y contiende en el mio sus deseo.
Que de mi luengo afan, de mis enojos
Repuso la ocasion, y abrió camino
Facil entre el horror de los abrojos.
Mi alma siente ya el ardor divino
Con dulzura amorosa, y renovado
El regalo, y sin fuerza el mal indino.
Vi su belleza inmensa, y vi alterado,
Que el ánimo el placer me confundia,
Y la voz me dexó desamparado.
Llegó mi bien, y vi con alegria
De favor blando el pecho enriquecido,
Y escuché el tierno acento y armonia.
Si del cielo me fuera concedido
Levantar en grandeza el nombre mio
Con diadema y cetro esclarecido;
Y al Indo ardiente, y al Bisalta frio,
Sujeto á mi poder, y al fiero viera,
Que riega del Danubio el grande rio;
Sin esta Luz serena, por quien diera
La vida; si Amor sufre tanta gloria,
El imperio y tiara no quisiera.
Que mas deseo solo, y sin memoria,
Estar humilde en pobre apartamiento,
Cantando de mi bien la ufana historia;
Que con ella viviera mas contento;
Y sé bien, que alcanzára con su lumbre
Gloria al dolor, y grave mal, que siento,
Y á mi [illegible] lugar en alta cumbre.

LXXXIII.

Si la fuerza, que ponen y cuidado
En mi dolor las lágrimas, pusiera
La voz de mi doliente suerte; fuera
El dulce son y llanto bien gastado.
Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado
Con piedad y lástima se viera;
Y á mi estrecha esperanza no ofendiera
Desden tibio, ira injusta de mi hado.
Mas cuido, que si el mísero lamento,
Para gemir mí mal, y el nuevo canto,
Que me enseña el Amor, me ofrece el cielo;
Que qual áspide sorda al tierno acento,
Negára al corazon, que temo tanto,
Que ablande su rigor, vuestro ímpio zelo.

LXXXIV.

Esta desnuda playa, esta llanura
De astas y rotas armas mal sembrada,
Do acabó al vencedor la Ibera espada,
Es de España sangrienta sepultura.
Mostró virtud su precio, y la ventura
Negó el suceso, y dió á la muerte entrada,
Que rehuyó dudosa y admirada
Del heroyco valor la suerte oscura.
Venció Otomano al Español ya muerto,
Antes del muerto el vivo fue vencido,
Y Esperia llora y Grecia la vitoria.
Pero será testigo este desierto;
Que si cayó, muriendo no rendido,
Tracia le rinde y Asia el nombre y gloria.

LXXXV.

Duro el pecho, y fue grande el sufrimiento,
Que enceló la crueza de esta llaga;
Mas bien no sé (mezquino) ya, que haga
En el dolor esquivo, que consiento.
Oso, y fallece el ánimo al tormento,
De mi arrojado intento justa paga;
Pero aunque más la pena me deshaga,
Acabará en silencio el sentimiento.
Tan grave el golpe fue, que el fiero arquero
De las purpúreas alas quedó ufano,
Viéndome atravesado las entrañas.
Temblé al furor, que traxo, y gemí; empero
Despues (¡ó simple yo!) alabé la mano
Ocasion de estas ásperas hazañas.

LXXXVI.

Aura suave y mansa de ocidente,
Que con el tierno soplo y blando frio
Halagaste el ardor del pecho mio;
¿Qué espíritu te mueve vehemente?
Ni Euro espira, ni suena el Austr oardiente
En el furor desierto del estio;
Y tú secas, cruel, el prado y rio,
Qual al suelo Africano el sol caliente.
Mas ay! tú te encendiste en mi Luz bella,
Y envidiando el bien de mi ventura,
Las flores y ondas abrasaste luego.
Cesa, aura, no me enciendas mas, que en ella
Ardo, y me abraso siempre en llama pura;
No acrecientes mas fuego á mi gran fuego.

LXXXVII.

Si deseais, que muera á vuestra mano,
¿Por qué dais vida á un corazon abierto?
Es crueldad vengar en cuerpo muerto
Culpa, si la hay, de un simple error liviano.
Si con saña buscais de amor tirano
Dolor eterno á un mísero desierto;
¿Por qué haceis (¡ó estraño desconcierto!)
Que mengue, y mi pasion fallezca en vano?
Poco es esto, si debo yo, Luz mia,
Que mis entrañas corte el hierro y parta,
Y me acabe el desden, que el mal me ha hecho.
Mas que mis esperanzas y alegria
Rompa, quien tanto bien, cruel, me aparta,
¿Cómo sufre, y no estalla un tierno pecho?

CANCION IV.

Desciende de la cumbre de Parnaso,
Cantando dulcemente en noble lira,
O tú, de eterna juventud, Talia,
Y nuevo aliento al corazon me inspira
Aqui, donde el torcido y luengo paso
Betis al hondo mar corriente envia;
Porque de la voz mia
Suene el canto, y florezca la memoria
Hasta el término roxo de oriente,
Y do al Númida ardiente
Abrasa Iperion; y en alta gloria
El nombre de la insigne Esperia planta;

Que de Córdoba y Cerda se levanta,
Aquiste honor; y al zéfiro templado
Ensalce este Lucero venerado.
  Los despojos, y en árboles alzados
Los insignes trofeos, el sangriento
Conflicto del feroz dudoso Marte;
Las enseñas, que mueve en torno el viento;
Los presos, y los Reynos conquistados
Con segura prudencia, esfuerzo, y arte;
Que dieron tanta parte
De la rota, y herida, y muerta Francia
Al que fue prez y honor del orbe Hispano;
Que al sobervio Otomano
Quebró en las Jonias ondas la arrogancia,
Y en la Ausonia adquirió el heroyco nombre
Con mas valor, que cabe en mortal hombre;
Con alas de vitoria al fin levantan
Las vitorias, que Europa y Asia cantan.
  El ánimo del nieto esclarecido,
Conforme en hechos inclitos y en fama,
Que traxo al yugo al Galo quebrantado,
Qual del luciente Febo ardiente llama,
Que deshace al nublado oscurecido;
Tal parece de luz y honor cercado,
Puesto en sublime grado,
Mezclando al blando Cintio y á Belona;
Y de lauro y de yedra floreciente
En su sagrada frente
Doblada ciñe y orna la corona.
Pero alabar su pecho generoso

Conviene á un grande espiritu dichoso.
¿Mas qué, si canto yo la soberana
Francisca, al uno nieta, al otro hermana?
¡O alma enriquecida de honra y gloria!
De grandeza real excelsa muestra,
A quien mas favorable aspira el cielo,
Y sus bienes rendir con larga diestra
Se esfuerza, y cansa en vos nuestra memoria;
Que igual no ve el fulgor Cirreo; el nuestro
Reyno Tartesio al vuestro
Nombre consagra humilde un claro templo
De excelente valor, virtud ardiente;
Qual en la edad ausente
Acaya dedicó por noble exemplo
A la armada doncella, que sin madre
Salió de la alta frente de su padre.
¿Qué mucho, que este precio vuestro sea,
Si á vos cede la Virgen Atenéa?
De vos procede, ¡ó sola Luz de España!
El heroyco valor, que mi deseo
Inflama en nuevo ardor y glorioso.
Ya inferior á mí la tierra veo,
Veo el ondoso ponto, que la baña,
Cortando el giro aerio, luminoso;
Y veo en el hermoso
Sol, do vuestras virtudes resplandecen,
Quanta abundancia el cielo en sí contiene;
Que vos guarda y sostiene,
Y el número de gracias, que en vos crecen:
Y en vuestra claridad contemplo atento

Seso, ingenio, inmortal merecimiento;
Y hallo alegre en vuestra lumbre pura
Rayos de aquella inmensa hermosura.
  Como el vigor de Apolo á la ancha tierra
Ilustra, y junto enciende y enriquece,
Haciendo el valle fertil, ledo el prado,
Que con mil varios dones reflorece,
Y el paso á la sazon esteril cierra;
Tiene asi el esplendor aventajado
Nuestro ingenio alumbrado;
Y produce, esparciendo su riqueza,
El fruto del espíritu divino
Con valor peregrino;
Y ensalza las hazañas y grandeza
Con alta voz y con eterna lira;
Y tanto en vos alcanza, que se admira,
Porque ve el cielo en vos, y el suelo ufano
Con tanto bien, que sobra al ser humano.
  Todo quanto al terrestre cuerpo alienta,
De la celeste fuerza deducido,
Se halla en vos casi en igual efeto.
De vos el fixo globo, y el tendido
Humor, y el vago cerca se sustenta,
Y el ardor de las llamas inquieto:
Que con vigor secreto
A tierra y agua, al ayre y puro fuego,
Qual eterea virtud, y lás estrellas,
Son vuestras obras bellas
La tierra, la agua, el ayre, el puro fuego.
¡O glorioso cielo en nuestro suelo!

¡O suelo glorioso con tal cielo!
¿Quién podrá celebrar vuestra nobleza?
¿Quién osará alabar vuestra belleza?
Vuestro valor excede soberano
Al mas claro y excelso entendimiento,
Y ciega vuestra luz resplandeciente
Los ojos del humano sentimiento.
Yo (aunque el osado Amor me da la mano)
Temo del hondo Pado la corriente,
Y el mar, que dentro siente
Del atrevido joven la caida.
No soy el insolente Salmonéo,
Que imitó con deseo
Vano, del rayo la ira embravecida.
Quanto ve Delio, y quanto el Polo cubre,
Todo en vuestra alabanza se descubre;
Y toda se presenta á gloria vuestra
La grande, ingeniosa madre nuestra.

LXXXVIII.

Bello cerco y ondoso, que enlazado
En sutil vuelta y varia de ambar pura,
Teneis mi preso cuello, que aun procura
Hallarse mas revuelto y anudado;
Si èl vigor de ese fuego renovado
Veo, que abrasa (¡ó bien de mi ventura!)
A aquella, que me tiene, ingrata y dura,
Ausente, y de mí todo enagenado;
No habrá en el suelo nuestro, ni en el cielo
Hebras lucientes de oro terso tales,
No de amor tan hermosa red y llama:
Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo
Despojos de cabello ilustre iguales,
Honor, ó rica trenza, de quien ama.

LXXXIX.

Trenzas, que en la serena y limpia frente,
De anillos de oro crespo coronadas,
Formais lucientes vueltas y lazadas,
Donde el mayor Vulcano espira ardiente;
El sol, ó que aparezca en oriente
Con las puntas de llamas dilatadas,
O que las junte, de subir cansadas;
Se rinde á vuestra luz resplandeciente.
Vos, mis hermosos cercos, anudado
Teneis mi cuello, y nunca espero el dia,
Principio á libertad, fin á la pena.
Porque alegre en èl mal de mi cuidado,
De la prision huir no pienso mia,
Ni los lazos romper de esta cadena.

XC.

Aqui, do lloro en tí, fiel desierto,
Y aquexo con mi llanto el son del rio;
Vi la luz, y belleza, y amor mio
En la serena noche al cielo abierto.
Esperé entonces vida; espero muerto
Sepulcro ahora en este asiento frio,
Y en el aliento último, que envio
Perdon humilde haber de quien me ha muerto:
Porque á tanta grandeza y hermosura
Fue mi error temerario; y justa pena
La muerte, aunque menor que mis tormentos.
Mas nunca mi memoria será oscura,
Que Amor no siempre á olvido me condena,
Pues muero osando grandes pensamientos.

XCI.

Alma, que ya en la luz del puro cielo
Ardes de santo fuego, á quien suspira
Tu ausencia, con suaves ojos mira,
Y alienta á levantar el flaco vuelo.
Ceñida en torno tú de roxo velo,
La llama en mi lloroso pecho inspira,
Porque sin odio, sin temor, sin ira
Desprecie el vano amor y error del suelo.
Lloré yo tu partida, amé tu gloria,
Y en tu último dolor creció mi pena,
Para seguir contigo el mesmo hado.
Si la fe te renueva la memoria,
En esta sombra ven con faz serena
A consolar el corazon cuitado.

XCII.

Justo es, que la cansada incierta vida,
Tiempo tanto sujeta al Amor vano,
Desdeñe al rigor ímpio, y del tirano
Yugo ose alzarse mi cerviz caida.
Perezca la esperanza aborrecida,
El deseo abatido, y mi liviano
Intento; que mi bien ya está en mi mano,
Ya tengo mi fortuna conocida.
Seguro podré ver la indigna suerte
Del mísero amador, el vil denuesto,
El congojoso miedo, el zelo frio.
Que no podrá respeto de mi muerte
Hacer, que mude el curso al fin propuesto.
¡Tal exemplo es el grave dolor mio!

ELEGIA X.

Dulce y bello dolor de mi cuidado,
Que el corazon, cubierto de esperanza,
En temor teneis puesto y engañado;
Si en esta de mi bien cruel mudanza
Mi triste afan conorto y sufrimiento;
De fortuna mejor no es confianza.
Hallo dispuesto al mal el sentimiento,
Para mostrar la causa de mi pena,
No para pretender merecimiento.
No sufre vuestra inmensa luz serena,
Que miren su esplendor aquellos ojos,
Que hacen su esperanza de bien llena.

Débense á la belleza mis enojos;
Y que se pierda, en cambio, la vitoria,
De contar, como vuestros, mis despojos.
No merece la vida, quien la gloria
Espera de su amor por bien sufrido,
O quien intenta mas, que la memoria.
El que pudo llegar á tal partido,
Que descubrió una muestra de alegria,
Conténtese del bien, con ser perdido.
Venturoso fue el claro y dulce dia,
Que señaló el favor del bien, ya hecho,
Con piedra de oriente al alma mia.
Si no fuera en sazon de tiempo estrecho,
Temor habia justo de la vida,
Que no era en tanta gloria diestro el pecho.
Pero si ser debia, bien perdida
Fuera, si feneciera alli, y quedára
Recuerdo de mi suerte esclarecida.
El valor del deseo alli gozára,
Si desmayado, en vuestros brazos puesto,
Tiernamente muriendo descansára.
Mas á mi duro afan y ausencia expuesto,
Padezco en soledad, de bien desierto,
Y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.
Y si despues que ausente fuere muerto,
Se buscáre la causa de mi daño,
Muéstrese en claridad el pecho abierto.
Que en él sin velo, y sin error de engaño
Escrito el nombre se verá, mi Estrella,
Vuestro el favor, que tuve, el dia, el año.

Veráse rutilar vuestra luz bella
En él con la suave fuerza ardiente,
Y á quien la ve, que abrasa su centella.
Que ya que vos dió el cielo al ocidente,
Solo en el pecho mio pertenece
Tener lugar debido y excelente.
Ni amaros, ni mirar la luz merece
El que no rinde á vos los pensamientos
Con la primera vista, que se ofrece.
Despues que se fundaron mis intentos,
Peno, y holgára estar, si mas pudiera,
Sujeto á nuevos y ásperos tormentos.
No cuido recelar mi suerte fiera,
Aunque aparte mis ojos de su lumbre,
Que poco duele el hado á quien lo espera.
Estais, mi sol sereno, en alta cumbre,
Do no puede llegar nuestra baxeza;
Y de alli me mirais con mansedumbre.
Mostrais dulces vislumbres de terneza,
Para dar á mi pecho algun consuelo,
Ocupado de lástima y tristeza.
Mas yo, que no levanto presto el buelo,
Culpa del ser humano, á vuestro asiento,
Gimo desamparado en este suelo.
¡Quién me diera las fuerzas al intento
Iguales, para alzarme de la tierra,
Do solo llegará mi atrevimiento!
Y hecho vencedor en esta guerra,
Entrára en los lugares, que deseo;
Que la distancia y ocasion los cierra.

Dichoso tú, que al mostro Meduseo
La sobervia y frente órrida cortaste,
Que en marmóreo rigor trocó á Fineo;
Pues con talares de oro sin contraste
Sublime al oriente y glorioso,
Por no usado camino traspasaste.
Yo desdichado y triste, que el hermoso
Lucero de mi alma aun con la vista
Cercar no puedo ya, ni espero, ni oso.
Si la vida perdiere en tal conquista
De males amorosos; esta pena
Hay sola, que á su ímpetu resista.
Desdeñar, de dulzura tierna agena,
Que ofenda á vuestro pecho soberano
La gloria, en que la muerte me condena.
Que no se debe á mi tormento insano
Tanto bien, que deshaga con la vida
Mi sufrimiento y mi dolor tirano.
Pero si en esta ausencia aborrecida
Del cuidado acercais la esquiva muerte,
Digna de mi esperanza mal perdida;
Pienso, que usais conmigo en esta suerte
De última piedad en tiempo indino,
Por acortar la pena á mi mal fuerte.
Y acabaráse aquel temor contino
En este caso injusto, y la engañada
Opinion del ánimo mezquino.
Mi alma, alegremente aventurada,
Volará, triunfando en los despojos
De mi afan y mi ansia no cansada.

En tanto que se aluengan mis enojos,
Vos, ¡ó mi sol hermoso! con terneza
Mirad mi cuita y húmedos mis ojos.
Y si el deseo ausente á la belleza
Sin igual me llevâre en algun dia;
Volviendo á mí los rayos de esa alteza,
Tornadme á la primera suerte mia.

XCIII.

En esta selva órrida y desíerta,
Que tiene en temor triste el viento ayrado,
Contemplo, en mis desdichas ostinado,
Mi peligroso estado y vida incierta.
Hallo del ímpio Amor la senda abierta,
Que descubrió el principio á mi cuidado:
Espacio luengo veo, y no tratado,
Salud siempre dificil, muerte cierta.
No veo arbol ramoso, ni desnudo,
Que no sea mi bella Fiera, y siento
Cuajárseme la sangre al pecho fria.
¡Dichoso quien su miedo venció, y pudo
Contrastar su pasion! Mas el tormento,
Que sufro, no se rinde á mi porfia.

XCIV.

Luces, en quien su luz el sol renueva,
Y Cupido su llama, y las estrellas
Con cuya claridad florecen bellas
Con el nocturno horror, con la alba nueva;
¿Qué pesar os destiñe osado, y prueba
Desmayar el vigor de esas centellas?
¿Por qué no descubris con fuerza en ellas
De vuestro puro fuego alguna prueba?
Asi podrá con llanto, dulces ojos,
Turbar vuestro esplendor oscuro velo,
Qual nube rara al vivo ardor de Apolo.
Despues que al dolor dais estos despojos,
De luto cubre Amor su faz, y el cielo
Confuso yace en triste sombra y solo.

XCV.

Quejoso ya del tiempo mal perdido,
Las armas, con que al dulce Rey tirano
Ofrecido seguí, esperando en vano,
Pongo, de mis deseos ofendido.
Basta en mi tierna edad haber crecido
Amor, que en mí cansó su diestra mano:
Consejo me parece ya bien sano,
Desviarme del curso proseguido.
Bien puedo, y tengo fuerzas y osadia,
Y valgo á contrastar su gran dureza,
Y negar de mis males la vitoria.
Mas no sufre el cruel, que en la alma mia
Mi Luz no me presente su belleza,
Y asi me aflige y vence la memoria.

XCVI.

Suspiro, y pruebo ya con voz doliente,
Que en sus cuitas espire la alma mia;
Crece el suspiro en vano y mi agonia,
Y el mal renueva siempre su accidente.
Las peñas, en que solo peno ausente,
Rompe mi suspirar en noche y dia;
Y no toca (¡ó dolor de mi porfia!)
A quien estos suspiros no consiente.
Suspirando no muero, y no deshago
Parte de mi pasion; mas vuelvo al llanto,
Y, cesando las lágrimas, suspiro.
Esfuerza Amor el suspirar, que hago,
Y como el cisne acaba en dulce canto;
Asi pierdo la vida en el suspiro.

XCVII.

El tiempo, que se aluenga al mal estraño,
Y mis pasos me muestra bien contados;
Si término pusiese á mis cuidados,
Seria á mi esperanza desengaño.
Que el oro, que me enlaza en nuevo engaño,
Los ojos dulcemente regalados,
Sin vigor á mis años mal gastados
El remedio serian de su daño.
Pero si en él se aumenta el dolor mio,
Si el cabello y las luces inmortales
Son, y eterno el valor de heroyco intento;
Será de amor perpetuo el desvario;
Y en los que al fin perecen, grandes males,
Renacerá contino mi tormento.

XCVIII.

Sola, y en alto mar, sin luz alguna
Con tempestad saños a yace y viento
Mi popa abierta; y no abre el negro asiento
Del cielo la confusa incierta luna.
Esperanza, Arellano, ya ninguna
Procuro, ni se debe al pensamiento:
Fallecen fuerza y arte; y triste siento
La muerte apresurárseme importuna.
Pues el Amor me olvida, y cierra el puerto,
Y veo en las reliquias de mi nave,
Que el ponto esparce, y vuelve mis despojos.
La veste y armas de este amante muerto
Colgad, que restan del naufragio grave,
A la ara de mis bellos dulces ojos.

CANCION V.

De las mas ricas trenzas y hermosas,
Que ve de Febo el carro esclarecido,
Estoy ausente y solo en el desierto,
Que á mis quejas responde con gemido.
De las mas puras luces y amorosas
Peno en mi soledad, de bien incierto,
Rendido á dolor cierto:
De aquellas hebras bellas
Y suaves estrellas,
¡Ay tormento cruél! mi suerte dura
Me aparta: ¿quién en esta noche oscura
Me llevará al cabello y luz serena,

A cuya hermosura
Mi alma en los despojos se condena?
No son mas rutilantes y encendidos,
Quando salen mas roxos en el dia,
Los claros rayos de Titan luciente;
Que son de la enemiga dulce mia
Los hilos, ó enlazados, ó esparcidos,
Con que enriquece Amor la blanca frente;
Donde tiene presente
De fuerte red y estrecha
Noble cadena hecha
A la alma, que procura ser vencida,
Y comportar sujeta y bien perdida
La fuerza de los males, que merece;
Y en su cuitosa vida
Crece el amor, y el desear mas crece.
Las llamas, que fucilan en el cielo,
Con quien la noche sola se corona,
De lumbrosas figuras esmaltada,
Relazando en su frente una corona
De cándido esplendor, que ilustra el suelo;
Vence mi Luz, de puro ardor ornada,
Do al impio Niño agrada
Establecer su gloria,
Y estrenar su vitoria:
Y con fogosas flechas en la mano
En ella muestra bien, si es Rey tirano;
Y del fulgor hermoso al crispar tierno
No dexa pecho sano,
Que, quanto mira, obliga á daño eterno.

Quanto crece la sombra y mengua el dia,
Me enciende el fuego al corazon cuidoso,
Y descubrir no puedo al dolor mio
Remedio, que se esfuerza el mal penoso
En esta miserable ausencia mia.
Lloro, y mis ojos vierten un gran rio:
Que en el ibierno frio
El rigor de la nieve
Disuelve en trecho breve:
Mas de las luces blandas la terneza
Vigor florido, y llama de belleza
Pudieran mitigar su fuerza ardiente,
Si en esta mi tristeza
No estuviera apartado, y siempre ausente.

Ingrato Amor, no dulce, Amor amargo,
¿Con qué virtud me vales, que no muero,
De mi dichosa Estrella no alumbrado?
¿A dó está el bien? ¿á dó el favor primero?
¿Qué tiempo de destierro es este largo?
Los ojos, de mí todo enagenado,
Vuelvo al lugar amado,
Y en un tormento intenso
Paso el dia, y suspenso
Gasto la noche en mísero lamento.
¿Y mi deseo, alzando el pensamiento,
Inquiere, si mi Luz pensosa yace?
¿Y si mi apartamiento
Le duele, y mi pasion le satisface?

Mil cosas imagino, que deseo:
Hácelas verdaderas la esperanza,

Ultimo bien del amador mezquino.
Doy crédito á mi vana confianza,
Para aquistar el fin de mi deseo.
Ya corre el pensamiento sin camino
Por el error contino
De mi antigua fortuna:
Halla tal vez alguna
Traza de su dolor, y duda y huye,
Y el fingido contento se destruye:
Y por el mesmo rastro, que ha llevado,
Teme entrar, y rehuye,
Tal vez de su peligro acobardado.
¿Qué podré yo doliente en tal estremo,
Pues mi suerte á mis lástimas me inclina,
Sino atender el mal, que Amor me diere?
Estoy dispuesto ya á mi pena indina;
Y antes que reconozca el daño, temo,
Porque ni el bien me venga, ni lo espere:
Y aunque cruel me hiere,
No se dirá, que quiera
Rehusar la carrera.
Haga pues el dolor en mí su oficio,
Y acabe ya aquel fiero su exercicio;
Que no podrá el tormento ser mas fuerte,
Que honrar en sacrificio
Las aras de mi Lumbre con mi muerte.
Solo permita, ya que muero ausente,
Quexarme de mi afan al campo abierto,
Primero que á la espada entregue el cuello,
Y al fuego abrasador el cuerpo muerto;

Y mis pasadas glorias, que recuente,
Quando el oro enlazado del cabello
Crespo, sutil, y bello
En mi cerviz se puso,
Y me enredó confuso:
Y que escriba la causa de mi afrenta
En esta arena esteril y sedienta;
Y repitiendo de principio el daño,
Haré, que el bosque sienta,
Y las fieras, la fuerza de mi engaño.
Será el desierto y mi pesar testigo
De mi liviana culpa y grave pena;
Y quán en vano, triste, me deshago:
Porque es quien me atormenta y me condena,
Tibia, mudable, y áspera conmigo,
Y no se cansa en mi mortal estrago.
Pero si el mal, que pago
Sin mi ofensa, turbase
Un dia, y me llevase
Mi Luz, y viese alegres yo sus ojos,
Serian dulce gloria mis enojos;
Y daria, por verme en tal estado,
Entregar mis despojos
Al olvido, á la ausencia, y al cuidado.

XCIX.

En los lucientes nudos enlazado
Ufano, yo sufria mi tormento,
Y en llama dulce ardia y puro aliento,
Qual ave Arabia, en ella renovado.
Creía, en tales lazos anudado
Se ascondia el cruel; que el mal, que siento,
Causa, de su cadena tan contento,
Quan sin memoria alguna en mi cuidado.
Quando los ricos cercos relazaron
El oro terso, á la aura desparcido,
Y quedé nuevamente asido en ellos.
En los ramos, que á suerte se enredaron,
Me abrasé, en vivo fuego convertido,
Y Amor se consumió en los ojos bellos.

C.

Sombra y vano terror del pensamiento
Mi alma en un confuso error condena,
Y aparece, de horror medroso llena,
La sañosa aspereza, que lamento.
Desmaya en el silencio el sufrimiento,
Y la ausencia ensandece mas la pena:
Crece y arde el desden, y el miedo enfrena
Las iras de un honrado sentimiento.
Revuelvo en la inquieta fantasia
Cosas, que dan principio á mayor daño,
Y no acierto el remedio en tal mudanza.
¿De qué sirve huir, si mi porfia
Contrasta, asegurada de su engaño,
Y abraza en el peligro á la esperanza?

CI.

¿Podrá ser que este afan indigno acabe,
Y que de mi debida gloria cobre
Un bien pequeño, y en mi mal me sobre
Razon, con que tu nombre, Amor, alabe?
Gran bien te pido; pero en mí bien cabe
Mas, quando tu favor en mí mas obre;
La esperanza se halla ya tan pobre,
Que ni gozallo puede ya, ni sabe.
Si no valgo este bien, ¿á quándo aguarda
Tu crueldad, que su furor no harta
En lo que mas me vale y me disculpa?
O muerte, ó vida luego; que si tarda
Qualquiera, y tu dudanza no se aparta,
Será la dilacion la mayor culpa.

CII.

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento,
Muchos dias dichoso; y si el turbado
Reyno de Amor no tiene fiel estado,
Entre los presos yo viví contento.
Despues por dar la vela al blando viento,
Quando la luz del cielo se ha mostrado,
De aquel estrecho nudo desatado
Esparcí con el pie la llama al viento.
Mas la imagen de Amor ayrada y fiera
Siempre delante trae á mi enemiga,
Tal, que estoy á la orilla de Letheo.
Si muriendo pasáre su ribera,
Escribase en mi marmol, que huia,
Y que murió luchando mi deseo.

CIII.

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo
Del contino servicio de mis años?
¿Esta es la cierta fe de tus engaños?
¿De tus promesas este es el despojo?
Ay! que bien yo merezco el mal, que escojo;
Pues que cierro los ojos en mis daños,
Y huyo de tus claros desengaños,
Y contra mí tan sin razon me enojo.
Porque no debe un noble entendimiento
Tanto abatirse, que te dé el imperio,
Y de tí solo penda su esperanza.
¿Mas qué? si yo amo, y sigo mi torménto,
Y por la gloria abrazo el vituperio,
Y estimo por firmeza la mudanza.

CIV.

Aquel sagrado ardor, que resplandece
En la belleza de la Aurora mia,
Mi espíritu moviendo, al pecho envia
La pura imagen, que en mi alma crece.
En ella está fixada, y de alli ofrece
Al pecho su valor en compañia;
Y de sí misma efetos altos cria,
Con que mi ingenio y nombre se engrandece.
Vuelo tan alto, que con rayo fiero,
O con ardiente sol fuera impedido,
Si no me diera aliento mi Luz pura.
Mas ya que muero, como siempre espero,
Ni en mar seré, ni en rio sumergido;
Que el mundo me será la sepultura.

CV.

Temerario Pintor, ¿por qué, di, en vano
Te cansas en mostrar la hermosura
De la excelsa Eliodora, y la luz pura,
Y el semblante amoroso y soberano?
Será trabajo el tuyo sobre humano,
Que no debe esperar lo que procura;
¿Mas quándo ofreció el cielo tal ventura
Al rudo conseguir de mortal mano?
Si tú muy confiado en la grandeza
De toda la beldad, que espira en ella,
Osares descubrir alguna parte,
Pinta la mesma imagen de belleza;
Y si puede imitar las luces de ella,
Habrás llegado á perfeccion de la arte.

CVI.

Muestras de breve bien, que huye luego,
Antes que la ocasion vuelva la frente,
Fueron las que el Amor halló presente,
Con que mi alma ardió en su eterno fuego.
Pero glorias de un niño solo y ciego,
Que presto las deshace un accidente,
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,
Que no sabe qué es tiempo de sosiego?
Alcé mis esperanzas sobre arena,
Que el viento aparta, y lleva sin concierto,
Y no temo los golpes de mudanza;
Cayeron, y el Amor, por mayor pena,
Quedó en las altas nubes descubierto,
Con temor, y sin fuerza, y confianza.

ELEGIA XI.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y quán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido
Alumbra; y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro, antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último ocidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz, que se adelanta,
Y derriva con vuelo presuroso
Quanto el hombre fabrica, y quanto planta.
¡O cierto desengaño vergonzoso!
¡O grave confusion de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusiste solo en un destierro,
De quanto me podia dar tormento,
Y por tí á la alegria el paso cierro.

¿Quántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osára
Valerme del honor de tu tormento?
Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
Ninguna en tantas penas, que sostuve,
Puso merecimiento al amor mio,
Quando de merecer mas cerca estuve.
Acabe ya este grande desvario,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho, á quien no escucha, envio.
Tus mudanzas ¡ó tiempo! soberanas,
Las cosas, que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes, y livianas,
Me arrebatan el ánimo, y levantan
De este cansado peso, que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
La edad robusta huye apriesa, y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufania;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
¿Quántas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria?
Venció vencida Troya, y derrivada
Se alzó; y en su ruïna se postraron
Los muros de Micenas estimada.
Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres, que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El Africano exército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dexó á ninguno.
Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de ocidente;
Y con valor, igual á su ventura,
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.
Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
No descubre la luz del roxo Apolo
Tal vigor, y osadia, y brazo fuerte,
En quanto cerca en uno y otro polo.
Tú domador de toda humana gente
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
Tú exercitas ahora la riqueza,
Las armas del sobervio Turco fiero,
Y del Persa el valor y fortaleza.
Las celadas y escudos el ligero
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.
Osadas gentes, duras, y sañosas,
A la ambicion de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas;

Teñid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid ¡ó crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.
No volvais la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no vencida,
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.
Que ya la gloria del valor perdida
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud, que tanto fue temida.
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le da lugar; antes procura,
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido Reyno Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:
Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa, y con dolor suspira
Lejos Atlante, y Avila cercano.
El ímpio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro; y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza Hispana, y puso á tierra
Quanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡ó infame remate de tal guerra!
Reyna el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mesmo vencedor destierra.
¡O quánto en vano se ha espendido! ¡ó quánto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al Turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto el, que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon, y sin recelo.
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor pebleyo, y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento;
¿Dó está la fe, que á la real alteza
Debes? ¿á dó huyó de tu memoria?
¿A dó la religion y su firmeza?
¿Piensas, ó esperas alcanzar vitoria
Contra Dios, contra el Rey? ¡ó ciego intento!
Digno de vituperio, y no de gloria.
¡O cómo crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga, ó humilde ruego!
Qual sobervio turbion de la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí España poderosa.
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho,
Librarme de ellos; y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfio;
Y tal vez la razon lugar me dexa,
Contra mi ostinacion y desvario.
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene; y quedo ufano
De aquello, que debiera tener queja.

¿Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano?
Varias revueltas de confusa vida
Dexadme respirar de mi deseo,
Dexadme ya curar esta herida:
Que todo quanto pienso, y quanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
Dichoso aquel, á quien jamás inflama
Vano amor, ambicion, y lo que adora
Y teme el vulgo incierto, siempre y ama.
Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á qualquier ora.
Y de quanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos, libre va paciente,
En todos los peligros no turbado.
Y no sufre en su pecho, ni consiente,
Que algun liviano afeto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.
Antes mayor, mas glorioso y alto,
Que lo que alcanza fortaleza alguna,
Se ve, y de ricos bienes menos falto.
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va contino,
Y qualquier ocasion le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia estremo; pero
Dispuesto sí á seguille en su camino.

Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
En mil casos presentes peligramos;
Y pocas, ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia, que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre,
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.
Soplo ayrado no bate al yerto asiento
Del elevado Olimpo, sino alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza,
Desespere llegar á tal estado;
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá, que en vano se ha cansado.

CVII.

Esas colunas y arcos, grande muestra
Del antiguo valor, que admira el suelo,
Olvidad, Escobar; moved el vuelo
A la insigne y dichosa patria vuestra.
Que no menos alegre acá se muestra,
O menos favorable el claro cielo;
Antes en dulce paz, y sin recelo
Vida suave, y ocio, y suerte diestra.
No con menor grandeza y ufania,
Que el generoso Tebro al mar Tirreno
Betis honra al Océano pujante.
Mas si oye vuestra lira y armonia,
No temerá vencer, de gloria lleno,
La corriente del Nilo resonante.

CVIII.

¿A dónde me dexais al fin perdido,
Ingratas horas de mi bien pasado?
¿Por qué no llevais todo mi cuidado,
Y con favor tan corto mi sentido?
Nunca volvais del puesto conocido
A amancillar el corazon cuitado:
Torced antes el curso apresurado
A la oscura region del hondo olvido.
Corred, huid con alas presurosas,
Horas de mi dolor, y mi memoria
Arrebatad, el vuelo acelerando.
Si sois crueles tanto, envidiosas,
Por usurpar la sombra de mi gloria,
Que á vosotras vais mesmas acabando.

CIX.

Quien la luz de belleza amando adora,
Si quiere ver la vuestra, al sol dorado,
Y al lucero de Venus estimado
Mire, y la claridad de blanca aurora;
Los rayos, que esparciendo muestra Flora,
De Diana el semblante venerado,
El valor, la grandeza, ingenio, estado,
Y quanto el ser humano en si atesora.
Que en ellos vuestra alteza y hermosura
Verá; y la Aurora, y Flora, y sol vencido;
Y rendirse el lucero con Diana.
Mas si hermosa blanca la luz pura
Volveis, de casto amor dirá encendido,
Que sois toda inmortal y soberana.

CX.

Al mar desierto en el profundo estrecho
Entre las duras rocas con mi nave
Desnuda, tras el canto voy suave,
Que forzado me lleva á mi despecho.
Temerario deseo, incauto pecho,
A quien rendí de mi poder la llave,
Al peligro me entregan fiero y grave,
Sin que pueda apartarme del mal hecho.
Veo los huesos blanquear, y siento
El triste son de la engañada gente,
Y crecer de las ondas el bramido.
Huir no puedo ya mi perdimiento;
Que no me da lugar el mal presente,
Ni osar me vale en el temor perdido.

CXI.

Estoy pensando en mi dolor presente,
Y procuro remedio al mal instante;
Pero soy en mi bien tan inconstante,
Que á qualquier ocasion vuelvo la frente,
Quando me aparto, y pienso estar ausente.
De mi peligro estoy menos distante;
Siempre voy con mis yerros adelante,
Sin que de tantos daños escarmiente.
Noble vergüenza del valor perdido,
¿Por qué no abrasas este frio pecho,
Y deshaces mi ciego desvario?
Si tú me sacas de este error de olvido,
Podré decir, en honra de este hecho,
Que solo debo á tí poder ser mio.

CXII.

Alegre, fértil, vario, fresco prado,
Tu monte y bosque de árboles hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fue tocado;
Betis, con puras ondas ensalzado,
Y con ricas olivas abundoso,
Quánto eres mas felice y glorioso,
Pues eres de mi Aglaya visitado.
Siempre tendréis perpetua primavera,
Y del Elisio campo tiernas flores,
Si os viere el resplandor de la Luz mia.
Ni esteril yelo, ó soplo crudo os hiera;
Antes Venus, las gracias, los amores
Os miren, y en vos reyne la alegria.

CXIII.

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,
Que el desmayado corazon doliente
Ve el grave mal, que mas temió, presente,
Y no cuida rendirse al triste hecho.
Ostinada porfia esfuerza el pecho;
Y vence endurecido este accidente:
Honra es, y no es valor, quien no consiente,
Que el mal texido nudo esté deshecho.
Vos, que con generoso y alto vuelo
Alzais alegre el noble y dulce canto,
Libre de este amoroso sentimiento;
Herid la lira, y dad algun consuelo
A mi pena y afan; antes que el llanto
Ultimo ponga fin á mi tormento.

Soneto del Doctor Diego Martin.

Saber divino, valeroso pecho,
Bien que sonando crece dulcemente;
¿Y quién podrá deciros lo que siente,
Que todo mi loar os viene estrecho?
Si el mal, que duele, os tiene satisfecho,
Si en lo que os daña, la alma ya consiente,
Y tiene tanta fuerza ese accidente,
Que nunca, ó puede tarde ser dechecho;
No es tiempo de regalo, de consuelo,
De blanda voz, ni de amoroso llanto;
No venga el mal, que temo ya y lamento.
Mas del valor, que vos debeis al cielo,
Mirad, quanto la lira pierde y canto,
Si vos faltais, vencido del tormento.

ELEGIA XII.

Por el seguido paso de mi gloria
Amor me llevó triste y lastimado,
A perder con la vida la memoria.
Alli se renovó mi bien pasado,
Los dichosos lugares de esperanza,
El tiempo de mis premios engañado.
Desfalleció mi alma en la mudanza,
Y rehuyó seguir por el camino,
Que le dió en otro estado confianza.
Vió su presente suerte y su destino,
Y el mal, que la afligia, no apartarse
Del bien, que ausente causa afan contino.
Alli sintió sus fuerzas acabarse,
Y, como sabidora de su daño,
En la ocasion, que tiene, repararse.
Mas que pudiera al fin contra el engaño
De Amor, aunque escusára su presencia,
Si la traxo á perder su error estraño?
Si yo no me valia con la ausencia,
¿Cómo podia verme defendido
Presente, y sin hacelle resistencia?
Por no usado tormento estoy rendido,
Y por usado mal sufro y espero,
(Si puede ser) hallarme mas vencido.
Mas luego torno á ver mi dolor fiero,
Y conozco su ímpetu y braveza,
Y huyo, y vuelvo á él, y con él muero.

Helado fue mi pecho, de aspereza
Se vistió en otros años, por bien mio;
No se abatió al regalo y la terneza.
Lleno de noble ardor y osado brio,
Seguro se hallaba y confiado,
Juzgando el dulce bien por desvario.
Viviera yo contento en tal estado,
Sino viera la Luz resplandeciente,
Que encendió el corazon en fuego ayrado.
En lazos de oro y ambar, que su frente
Ufanos esmaltaban, dió á mi cuello
El yugo, que padece mansamente.
Ni desatallo pude, ni rompello;
Ni pude desdeñar el duro imperio:
Que me perdió mi mal, para querello.
Estoy en un estrecho cautiverio,
Ya sin algun valor; y en mi tormento
Descubre siempre Amor nuevo misterio.
Ahora, que reciente el daño siento
Con la memoria dulcemente amarga,
Busco alguna ocasion al sufrimiento.
Mas esta del dolor pesada carga
Las fuerzas enflaquece, y mi deseo,
Para crecer mas pena, el vuelo alarga.
Bien puede mi ímpio Rey alzar trofeo
Solo de mis miserias; pues me lleva
Donde mayor afrenta siempre veo.
Si desease yo segunda prueba
De mis pasadas glorias, cobraria
Esfuerzo en el afan, que se renueva.

Mas ya no tengo fuerza , ni osadia,
Para sufrir presente el bien incierto,
Ni me contentan casos de alegria.
Moriré solo , ausente en el desierto,
O ante mi soberana Luz presente,
Si , primero que llegue , no soy muerto.
Pero temo , que la aura se presente
Del favor , que tenia , y se deshaga
Mi triste confianza vanamente.
Amor estas mis deudas tan mal paga,
Que no pretendo premio , y solo quiero,
Que de mi voluntad se satisfaga.
Promesa fue de muerte el bien primero,
Y yo la consentí, y con la mudanza
Muerte será por bien el mal postrero;
Pues niego á mis trabajos la esperanza.

CXIV.

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron
Con dulce flecha un corazon cuitado;
Y que para encender mortal cuidado,
Sus fuerzas á las mias opusieron.
Yo vi, que muchas veces prometieron
Remedio al mal, que sufro, no cansado;
Y que quando me vi en mejor estado,
Poco mis confianzas me valieron.
Yo veo, que se asconden ya mis ojos,
Y crece mi dolor, y llevo ausente
En el rendido pecho el golpe fiero.
Yo veo ya perderse mis despojos,
Y el caro premio de mi bien presente,
Y en ciego engaño de esperanza muerto.

CXV.

Llegado al fin del cierto desengaño,
¿Qué debo hacer mas en mi tormento,
Sino mostrar al ciego entendimiento
El error de su curso siempre estraño?
Desespero, no temo ya algun daño;
Huyo, osando en el mal mi perdimiento;
Y aunque no gusto bien el bien, que siento,
Huelgo hallarme libre de mi engaño.
Mas todo es vanidad, todo es braveza
De estos mis pensamientos desvalidos,
Que con qualquier favor harán mudanza.
Mal escusar ya puedo mi flaqueza,
Si Amor á mis mejores dos sentidos
Promete viva lumbre de esperanza,

CXVI.

Yo voy, ¡ó bello sol de la alma mia!
Buscando el nuevo ardor del sol luciente;
Porque desamparado el ocidente,
Vuestro esplendor no veo y mi alegria.
Podré decir, que voy en noche fria
Por donde humano paso no se siente:
Mas llévame el osado Amor presente,
Pensando, que á nacerme torna el dia.
Encúbrense las luces, que aparecen,
Quando en ellas humilde á vos me inclino,
Y el oriente tardo se me aparta:
Que las vuestras en Ispal resplandecen,
Y la tersa corona de oro fino;
Do procuro, que el cuerpo á veros parta.

CXVII.

La falda, y el tendido yerto lado
Del abrasado Etna, á do suspira
Del peso opreso, y con furor respira
El espantoso Encélado inflamado;
Con yerva y verdes árboles ornado
Florece; y todo el fuego, que con ira
Resonando su cumbre excelsa espira,
No ofende al fresco sitio variado.
Mas el cruel incendio de mi pecho
Confunde, aunque pequeña, si aparece,
La flor de la esperanza incierta mia.
Ardo todo, y en fuego al fin deshecho,
Me rehago en su llama, y siempre crece
Con el ardor la fuerza y la porfia.

CXVIII.

La red, la hacha, la cadena, el dardo,
Que en el bello esplendor alegre veo
De mi Luz, al Amor dieron trofeo,
Y al fuego me llevaron, en que ardo.
A presa tan veloz jamás el pardo
Saltó, como el cruel á mi deseo:
Yo resistí en mi ofensa, y no deseo
Ser ya contra sus fuerzas mas gallardo.
El orgullo, el desden, el libre pecho,
Y ufanas esperanzas de vitoria,
Son vergüenza del daño, que consiento.
Tan sujeto, y sin gloria alguna, y hecho
Estoy por mi dolor en mi tormento;
Que solo reyna el mal en mi memoria.

CXIX.

Si Amor el generoso y dulce aliento
En mi rendido pecho ardiendo inspira;
Yo ufano ensalzaré con noble lira
La hermosa ocasion de mi tormento.
Aquel, que en tierno, y nuevo, y alto acento
Celebró el verde Lauro, en quien espira
Erato, y á quien sigue, honra, y admira
De Italia bella el docto ayuntamiento;
Oiria en el puro Elisio prado
Entre felices almas la armonia,
Que llevaria deleytosa la aura:
Y diria, del canto arrebatado;
O es esta la suave lira mia,
O Betis, qual mi Sorga, tiene á Laura.

CXX.

Roxo sol, que con hacha luminosa
Coloras el purpúreo y alto cielo;
¿Hallaste tal belleza en todo el suelo,
Que iguale á mi serena Luz dichosa?
Aura suave, blanda, y amorosa,
Que nos halagas con tu fresco vuelo,
¿Quando el oro descubre y rico velo
Mi Luz, trenza tocaste mas hermosa?
Luna, honor de la noche, ilustre coro
De los errantes astros y fixados,
¿Consideraste tales dos estrellas?
Sol puro, aura, luna, luces de oro,
¿Oisteis mis dolores nunca usados?
¿Visteis Luz mas ingrata á mis querellas?

CXXI.

Hebras, que Amor purpúra con el oro,
En inmortal ambrosia rociado;
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,
Qnanto de él solo sois mayor tesoro.
Vos, que los bellos astros y alto coro
Ornais, mis luces, de esplendor sagrado;
Quanto el ímpio es por vos mas estimado,
Tanto vos honro humilde, y vos adoro.
Ardientes rosas, perlas de oriente,
Marfil vivo, y angélica armonia;
Quanto vos miro mas, tanto me inflamo.
Y por vos quanta pena la alma siente,
Tanto es mayor valor, y gloria mia,
Y tanto temo mas, quanto mas amo.

CXXII.

El bello nombre quiere Amor, que cante
De mi Luz, por do en propia, ó tierra agena
Nunca otro Español pie imprimió la arena,
Siguiendo, Cintia y Delia, á vuestro amante.
Seré el primero, osando que levante
La humilde voz, do el Betis grande suena;
Y que las flores coja á mano llena
Del rico huerto nuestro y abundante.
Vos, á quien de Cefiso, Eurota, Ismeno
Las dulces ondas bañan, y del Tebro;
Oid mi canto, y dad á Amor la gloria.
Porque admirando el esplendor sereno
De mi Luz, ni al Erídano, ni al Ebro
Pensaréis honorar con la vitoria.

CXXIII.

Al puro ardor, que vibran mis estrellas,
Do Amor sus rayos tiempla en dulce fuego;
Siente abierto mi pecho el daño luego,
Apurando mi alma en sus centellas.
Crueles, aunque siempre luces bellas,
Que no me sufren consentir sosiego;
Y es el mal, que herido, y preso, y ciego,
La pena es galardon, que nace de ellas.
Si algun lugar me finca de esperanza,
Es para padecer; y en dura suerte
Nueva ocasion presente á mis enojos.
Tal me tiene este ingrato en viva muerte,
Que puedo ya decir sin confianza,
Amor para mi error cerró los ojos.

CXXIV.

Puede oponerse, osando, mi cuidado
Con razon al rigor del Amor fiero;
Y de este afan, en que penando muero,
Buscar tarde el remedio no hallado.
Puede traer la culpa del pasado
Error, y del presente, y del que espero;
Y darme á conocer, que sigo, y quiero,
Y amo mi perdicion mas ostinado.
Y no podrá romper el nudo estrecho,
Ni aliviar la cerviz del grave peso;
Que tal valor su vil temor no encierra.
Solo me muestra el mal al fin del hecho,
Y aconseja, que huya, estando preso,
Porque me haga el ímpio mayor guerra,

CXXV.

¡O cómo vuela en alto mi deseo,
Sin que de su osadia el premio tema;
Que ya las puntas de sus alas quema,
Donde ningun remedio al triste veo!
Que mal podrá alabarse del trofeo,
Si cae, estando ufano en la suprema
Parte del fuego, en esta vanda estrema,
Y acaba con su error y devaneo.
Debía en mi fortuna ser exemplo
Dédalo, no aquel joven atrevido,
Que honró el mar con la gloria de su nombre.
Mas ya tarde mis lástimas contemplo:
Si porque osé, yo muero al fin perdido,
Jamas empresa igual osó algun hombre.

CXXVI.

Qual planta, que pidiendo el alto cielo,
Muestra el verde remate y la belleza,
Y del sonante rayo la braveza
La arroja con estruendo rota al suelo;
Tal mi esperanza ufana alzaba el vuelo,
Mas de vuestro desden cruel dureza
Sin gloria la derriba con tristeza,
Quando menos debia á su recelo.
La aura, que de favonio blando espira,
No concede indignado á la alma mia
Amor, que no se harta de mi daño.
Rendido al desamor y á vuestra ira,
Sufro desesperado con porfia
De mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

CXXVII.

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,
Mal grado de tu saña, Amor tirano,
Librarme, y fue mi pensamiento vano;
Que tú no me sufriste algun sosiego.
Tenté de tus engaños, rudo y ciego,
Escaparme, y huyendo en campo llano,
Vine á caer (¡ó mísero!) en tu mano;
Que tarde se conmueve á tierno ruego.
¡Quánto, decia entonces, fortunado
Es quien se te defiende, Señor fiero!
¿Mas quién, fiero Señor, se te defiende?
Ay! que todo es esfuerzo imaginado;
Que tu fuerza deshace al fuerte acero,
Y tu ingenio al mas cauto engaña y prende.

CXXVIII.

Do el Mauritano ponto fiero baña
De la sobervia Argel el fuerte muro,
El cielo con terror y horror oscuro
Amenazó la muerte á toda España.
Bramava el mar ardiendo en ira estraña,
Bramando ardia ayrado el mar perjuro;
Solo en tanto pavor domó seguro
Cesar del hado adverso la ímpia saña.
El piélago y aliento embravecido
Abatieron su ímpetu indignado,
Y respiró el medroso Libio suelo.
Ve alegre, corazon nunca vencido,
Que la vitoria no te impide el hado,
Ni el viento y mar cruel, mas todo el cielo.

CXXIX.

Si en mano del Amor yo puse el freno
De esta mi voluntad, no bien sujeta;
¿De qué me espanto pues, que se prometa
Traerme tan rendido, y siempre ageno?
Tarde llego al remedio, que el veneno
Cruel destiempla el pecho con secreta
Virtud; no es justo ya en edad perfeta
Andar lleno de afan, de afrenta lleno.
Pueda abrir la razon la niebla oscura,
Y ose romper por esta selva espesa,
Que mil buenos deseos embaraza.
Dura resolucion, mas bien segura;
Que quien teme el trabajo, y lento cesa,
El premio de la gloria en vano abraza.

ELEGIA XIII.

En este bosque frio, que sostiene
Mi cítara, en el sauce levantada,
Mas pena de mi triste amor no suene.
  Zéfiro la aura blanda y sosegada
Aparte de las cuerdas, que heria
Con armonia dulce y regalada.
  Que la serena Luz de la alma mia
Cubre sus bellos rayos á mis ojos,
Y del favor, que tuve, la alegria.
  Vencen el sufrimiento mis enojos;
Porque tengo en mis cuitas tierno pecho,
No usado á caminar por los abrojos.
  Ya no espero mudanza al daño hecho,
Que Amor, fortuna, y mi luciente Estrella
Me aprietan, puesto siempre en duro estrecho.
  Qual del fuego se informa la centella;
Procede mi dolor del amor mio,
Y el luengo afan de mi mortal querella.
  Sigo un error, y sigo un desvario
Por el confuso rastro de mi vida,
Y aunque alcanzo mi engaño, en él porfio.
  ¿Cómo podré esta suerte aborrecida
Huir? ¿cómo podrá el cansado cuello
Sacudir esta carga desabrida?
  Un blando hilo de un sutil cabello
En un lazo lo aflige apremiado,
Sin que pueda quebrallo, ó deshacello.

Si fuera con acero fabricado,
O en terribles cadenas gravemente
De hierro duro y rígido labrado;
Segun el corazon la pena siente,
Poco era quebrantallo entre los brazos,
Roto con fuerza airada y saña ardiente;
Y el esparcido peso en mil pedazos
Mostrára el indignado sentimiento,
Enhiesto y libre el cuello de embarazos.
Mas ay ! que da este áspero tormento
Del amoroso yugo, que sostengo,
Lugar, sin que se rompa, al movimiento.
Y quando pienso, triste, que el bien tengo,
El cuello hallo atado al mesmo instante,
Y de nuevo á sufrir mis ansias vengo.
Ojos, rayos de amor, fulgor crispante
De mi alma, abrasada en su veneno,
Oid esto, que dice un pobre amante.
Belleza inmensa, y puro ardor sereno,
Do Amor su flecha, el Polo sus estrellas,
Tiempla, y baña de honor y gloria lleno;
La ilustre claridad de esas centellas
Me inclina al fuego, y su vigor inflama
Mi pecho en las celéstes luces bellas.
Nunca tocado fuí de agena llama,
Ni de semblante dulce fuí vencido;
Que el vuestro la beldad mayor desama.
Soporté mi mal siempre, no rendido,
Subiendo á do no llega otra ventura,
Y no esperé el favor, jamás debido.

Ni ardiente sol, ni fria noche oscura,
Ni peligros, que turban la osadia,
Me impidieron mirar vuestra luz pura.
 Solo fue mi regalo y mi alegria,
Con sujecion de la alma venerada,
Quanto pudo sufrir la suerte mia.
 ¿Qué cosa vos dixisteis, que admirada
De mí no fuese? ¿qué memoria augusta
Pudo ser con mas honra celebrada?
 Ahora, que en mi pena gloria justa
Yo atendia por premio á mi firmeza,
Que de vos no presumo cosa injusta;
 En esta soledad de mi tristeza,
Do me olvidais, ausente, se dilata,
Probando en mil contrastes mi flaqueza.
 ¡Ay quánto de mis bienes desbarata
Esta grave mudanza! ¡quánto siente
La alma, que en daño tal amor maltrata!
 Triste aquel, que sus lástimas consiente,
Y ve herir su pecho rayos de ira,
Y está siempre á su agravio obediente.
 Como el que en alto y bravo mar suspira,
Temiendo con pavor el furor crudo,
Y mustio el cielo oscuro en torno mira;
 El raudo soplo de Aquilon desnudo
El horror le presenta de la muerte,
Cuyo golpe atraviesa el duro escudo;
 Asi yo, del desden sañudo y fuerte
En el golfo de olvido enagenado,
Temo el último trance de mi suerte.

El cielo, antes quieto y sosegado,
Turbar veo, y trocarse en hielo frio
Blando espirtu del zéfiro templado.
Crece con mi lamento el grande rio,
Y corre entre estas peñas espumoso,
Llevando al sacro Océano el mal mio.
Un tiempo ledo en él, y venturoso
Canté la gloria ufana de mi llanto
Con lira, y verso humilde, y piadoso.
Betis apareció con fresco manto
De verdes hojas, y escuchóme atento,
Y agradó á Galatea el vario canto.
Entonces con dichoso y noble aliento
Crinó mi frente el arbol de vitoria,
Y di en mi patria á Amor primero asiento.
¿Mas para qué refiero yo la historia
De mis daños? pues hacen mis despojos
Indignos de caber en su memoria.
¡Ay mis bellos, floridos, dulces ojos!
No vos canse, si al fin saber deseo;
¿Por qué vos placen tanto mis enojos?
Que el singular honor de mi trofeo
Perdeis con tales hechos, y no debo
Padecer la esperanza del deseo.
No soy en vuestro amor, mis luces, nuevo;
Que dende que nací, me dió por pena
Mi impio Rey el afan, que ausente llevo.
Puso á mi cuello preso una cadena,
Para señal de aquella, que arrastrando
Con mi vergüenza y confusion resuena.

No sabia su fuerza, aunque penando
Andaba en esta prueba amarga mia,
Mi futura pasion pronosticando;
Hasta que en el alegre y triste dia
De mi bien y mi mal, crecer presente
Vi mi ardor en la nieve vuestra fria.
Resplandeció en mis ojos dulcemente,
Qual lúcido relámpago vibrado,
Pura vislumbre de un vigor luciente.
El error descubrió y dolor pasado,
Incierta y rudamente padecido,
Que siento con mas fuerza renovado.
El soldado, en la guerra envejecido,
Del trabajo y horror del duro Marte
Descansa con el premio merecido:
Yo, abrazando de Amor el estandarte,
Traigo roto el paves, cortado el pecho,
Atravesado de una y otra parte;
De espantosas heridas ya deshecho,
Que abiertas con peligro y rigor fiero
Me arrojaron corriendo al mesmo estrecho.
Y qual si marmol fuera, ó fuera acero,
Tal desdeñoso y áspero me trata
Semblante blando y corazon severo.
Pues mi fatal Estrella me es ingrata,
Lo que esperar se debe de mi daño,
Es no temer; porque el temor me mata.
Que mas vale esforzarme en el engaño,
Y no rendirme á un simple movimiento,
Y juzgarme en la pena por estraño.

Que con esto, si puedo, mi tormento
Será menos terrible; y si no basta
Al fin acabaráse el sufrimiento
Con la vida, que opuesta al mal contrasta.

CXXX.

Grande fué, aunque infelíce, tu osadia,
Que por guiar ¡ó hijo de Climene!
El carro, en que gobierna solo, y tiene
Febo el vivo esplendor, que ilustra el dia;
Del fiero rayo muerto en yerta via,
Erídano en sus ondas te sostiene:
Glorioso sepulcro, qual conviene
A tu alto corazon y á tu porfia.
Yo, que cuidé estrenar la pura lumbre,
Y de mi sol regir los cercos de oro,
Dichoso Automedon, con diestra suerte;
Caí abierto el pecho de la cumbre,
Y perdí, no la vida, el bien, que lloro;
Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.

CXXXI.

El corazon huido busco y llamo;
El, do el rigor esfuerza el duro yelo,
Entra, y sin miedo pisa esteril suelo;
Yo, esquivando el dolor, mis males amo.
Las lágrimas y quejas, que derramo,
No vencen su porfia, y sin recelo
Alli se pierde; y no osa alzar el vuelo,
Y su ostinado error al fin desamo.
No porque tema ya peligro alguno;
Que no doy mas lugar á miedo cierto,
Ni admito en tanto afan remedio vano.
Mas porque es poquedad ser importuno
A un lento pecho; y ser mas precio muerto,
Que esperar la salud de ingrata mano.

CXXXII.

Amor, si el fuego, en quien inunda el pecho,
Que mal puede entiviar la fria nieve,
Con tus alas avivas, muerto en breve
Será tu ardor, y el corazon deshecho.
Procuro, en esta llama satisfecho,
Que sin cesar en mí su fuerza pruebe;
Porque del mal mi alma el premio lleve,
Causando el daño luengo algun provecho.
Este suave incendio me sustenta,
Y consagra en honor de mi Luz pura
Mis entrañas, que crecen apuradas.
Dichoso el corazon, á quien alienta
Tal virtud, que engrandece con ventura
La gloria de mis penas renovadas.

CXXXIII.

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente
Tocar mi pecho, y nunca ser vencido
De oro podrá, en madejas esparcido,
Con gloria de otra ilustre y bella frente.
Que vuestra luz, do yace Amor presente,
Tiene, y el rico cerco recogido
Mi cuello y pecho preso y mal herido,
Y dulcemente el yugo y fuego siente.
Nací yo destinado á vuestra llama,
Amor me dió valor para mi muerte,
Y pago, amando á vos, la deuda nuestra.
Volando voy, do el ciego ardor me inflama,
Qual va á su fuerza el cielo; y es mi suerte
En vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

CXXXIV.

La llama crece y arde; y crece luego
El dolor, que mi gloria y bien deshace:
El pecho exhala todo, y se rehace,
Qual Ticio, sin hallar algun sosiego.
No sé do alienta Amór, do esfuerza el fuego,
Ni de qué pena ya se satisface:
Mal me quejo del daño, que me hace,
Si es cruel, voluntario, ingrato, y ciego.
Felice Meleagro, cuya muerte
Gastó su ardiente hado; mas yo veo,
Que renace mi vida en el tormento.
No huyo la aspereza de mi suerte,
Aunque si por la causa la deseo,
La temo por el fiero mal, que siento.

CXXXV.

Regando enciendo todo, ardiendo baño
Con triste humor, prolixo el campo abierto,
Y mi afan canso y lloro sin concierto,
Y el llanto con suspiros acompaño.
Esperanza y razon mi injusto daño
Causa; esta y aquella al fin desierto
Me tienen de salud, y tan incierto,
Que con el bien, y con el mal me engaño.
Voy, como sombra pálida, y cuitoso
Doy gemidos, y asombro el bosque oscuro;
Que tarde en lasa y honda voz responde.
En tanta confusion, do estoy medroso,
Una luz se me ofrece y ardor puro
Distante, pero cerca se me asconde.

ELEGIA XIV.

Yo siempre culparé los ojos mios,
Que enemigos del ocio de mi vida,
Siguieron de mi error los desvarios.
Por ellos llama tal fue despedida
Al corazon, que ardiendo en las entrañas,
Crece con nuevo ímpetu encendida.
Todo el valor de Amor, y sus hazañas,
Su bien, su mal, su gloria, y su tormento
Eran á mi memoria muy estrañas.
Mas quando con un tierno sentimiento
En mí sus rayos descubrió mi Estrella,
Y mis daños honró mi sufrimiento;

Conocí su poder y mi querella,
Y el temor, que me aflige no apartado,
Y no me dolió arder en su centella.
Dulce me era el dolor, caro el cuidado,
Dichosa la membranza de mi pena,
Ledo el tiempo lloroso de mi estado.
Aquel bello esplendor de luz serena
Me miró blandamente de su alteza,
Y la culpa admitió, que me condena.
El bien, que cabe en la mortal flaqueza,
(¿Dirélo, ó no?) me dió, si se consiente,
Que ose yo pensar tanta grandeza.
Porque sufre, que abrase mi doliente
Pecho su llama, y suelto el torpe frio,
Lo afine siempre en su vigor presente.
¿Mas este que me vale esfuerzo mio,
Si muero en soledad, y si mis ojos
Son causa del engaño, en que porfio?
Tyranos de mi gloria y mis despojos,
Que los llevais, do esperan ser perdidos;
Llorad, si por vos peno, mis enojos.
El uso y la virtud de mis sentidos.
Vos ocupasteis todos en mi muerte.
Sin ser á mi remedio consentidos,
La vida vence al fin el riesgo fuerte;
Y vos, como si hubiérades vitoria,
Este daño escogeis por mejor suerte.
Si visteis y gozasteis de la gloria,
Si ufanos abrazais el bien primero,
Perded ya con la vista la memoria.

Estoy tal, que otro bien de Amor no espero;
Y vos no lo espereis, pues tarde entiendo
En mi mal, que es á todos el postrero.
Aborrezco el lugar, do estoy muriendo:
Ved quán corta firmeza es esta mia,
Porque ante de mi Luz no espiro ardiendo.
Sandeces de amorosa fantasia
Son estas, que me traen en dudanza,
Ausente, con temor, sin alegria.
Mis ojos, poco debo á la esperanza,
Si me duelo de vos, y temo, ageno
De cuita, en mis dolores la mudanza.
Y aunque en mi soledad con ansia peno,
Nunca veré al Amor tan mi enemigo,
Qúe no juzgue mi afan por justo y bueno.
La noche, que me escucha lo que digo,
Y el cielo de sus astros esparcido,
Será de este mi crédito testigo.
Los ojos, que hube un tiempo aborrecido,
Por ser principio al mal de mi deseo,
Donde quedé á mis lástimas rendido;
Mas dulces que la vida, que poseo,
Son, y á mi gloria vienen tan iguales,
Que al mérito el dolor ceder no creo.
Y aunque lleve vitoria de mis males
La que el progreso rompe al curso humano;
Serán en mi sus bienes inmortales.
Y porque jamás esto salga en vano,
Ante mi Lumbre afirma el Amor puro,
Que nunca en bien tan alto y soberano
Otro felice amante vió seguro.

CXXXVI.

Yerto y doblado monte, y tú luciente
Rio, de mi zampoña conocido,
Quando de los pastores el gemido
Canté, y mi mal con cítara doliente;
Si en vuestra cima siempre y pura fuente
Se escucha el son de mi dolor crecido;
Y si por el camino, que han seguido
Su afan otros llorando, voy presente;
Una Luz bella es causa, y un honesto
Semblante, que tentar en canto osára
La origen y orden firme de las cosas.
Del curso eterno es en sazon dispuesto
Todo; espero (la edad si no es avara)
Mostrar quán varias son, y quán hermosas.

CXXXVII. *A Martin R. de Arellano.*

Dura por mí fue al Tajo tu partida,
Dexando solo el Betis, Arellano;
Y en llanto me obligó y dolor insano
Tu ausencia, de mí siempre aborrecida.
Tú sabes, que esparció á mi triste vida
Afan el cielo, y cuita en larga mano,
Y en mi mal dulce amigo eras y hermano,
Y no hay quien me consuele ya en tu huida.
Hirióme fiera el pecho mi Luz bella,
Y se ascondió á mi vista, y con ardiente
Fuego á la alma abrasó en su mal envuelta.
Y tú, que eras descanso á mi querella,
Te vas en tanto, sin dexar presente
Una incierta esperanza de tu vuelta.

CXXXVIII.

Canso la vida, y siempre espero un dia
De fingido placer: huyen los años,
Y nacen de ellos mil sabrosos daños,
Que esfuerzan el error de mi porfia.
Son, por do salir pienso á mi alegria,
Tan inciertos los pasos, tan estraños;
Que rematan el curso en mis engaños,
Y de ellos vuelvo á comenzar la via.
Descubro en el principio otra esperanza,
Si no mayor, igual á la pasada,
Y en el mesmo deseo persevero.
Mas torno sin cesar á la mudanza
De la suerte, en mi daño conjurada,
Y, esperando el fin cierto, desespero.

CXXXIX.

Estos ojos, no hartos de su llanto,
Que á tan estrecha suerte me han traido,
Lloren, sin descansar, el bien perdido,
Si lágrimas prolixas valen tanto.
Que quando mi dolor subiere, quanto
Debe al mal y al amor, en lento olvido
Solo, á la ira y al desden rendido,
Qual cisne, espiraré en funesto canto.
Y este cielo, enseñado á mi lamento,
Podrá llevar por este campo abierto
Mi voz triste á la causa de mi daño.
Porque yo oso esperar, que mi tormento
(Pues es venganza indigna contra un muerto)
O venza, ó junto acabe con mi daño.

CXL.

Si tiene, á do reynais, mi pura Estrella,
Lugar la fe, en la pena que consiento;
Mostrad algun pequeño sentimiento,
Y el premio vendrá á ser, que espero de ella.
Pero si vos quereis, que pierda en ella
Este bien, acabad con mi tormento;
Que á quien daña el valor del pensamiento,
No es justo permitais vivir con ella.
Y si estas obras de aficion ausente
En vuestra voluntad tal vez la gloria
Gozan, que se concede al venturoso;
Aqui do estoy, diré, que estoy presente;
Y que mas vale el mal de mi memoria,
Que el bien, que causa ageno amor dichoso.

CXLI.

Dulces contentos mios, ya pasados,
Que sostuve en error de mi esperanza,
Lo que vuestro recuerdo mas alcanza,
Es dolor de mis dias mal gastados.
Porque envuelto en deseos y cuidados
Me consumo, llorando la mudanza;
Y Amor, que reconoce su venganza,
Mis daños me descubre renovados.
¿Qué puedo yo, si ausente me condeno,
Sino solo al olvido y niebla fria
Esta memoria ingrata rendir muerta?
Mas ay! que tiene el corazon, ageno
De bien, presente siempre la Luz mia,
Y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

CANCION VI.

Al Señor Don Juan de Austria.

Quando con resonante
Rayo y furor del rayo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó ayrado en Etna cabernoso;
  Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada:
  En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
  La canora armonia
Suspendia de Dioses el Senado;
Y el cielo, que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.
  Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con digino aliento
Las Musas consonaban á su intento.

Cantaba la vitoria
Del exército etereo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la Titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El Gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del Rey de la onda Egea
La indómita pujanza;
Y del Erculeo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flegrea hueste fue siniestra.
A tí, decia, éscudo,
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El esquadron sañoso,
Con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
Traxiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu hasta fuerte.
¡O hijo esclarecido
De Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fue deshecho.

Tú cubierto de acero,
Tú estrago de los hombres indignado,
Con sangre hórrido y fiero,
Rompes acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.
A tí libre ya debe
De recelo Saturnio, que el profano
Linage, que se atreve
Alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
Esta vitoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida;
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
Y el fertil ocidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta hazaña.
Que el cielo le concede
Aquel ramo de Cesar invencible,
Que su valor herede,
Para que al Turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible.

Vese el pérfido vando
En la fragosa, yerta, aerea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y alli, de miedo ageno,
Corre qual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El Joven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la ímpia guerra.
Qual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta.
O qual del cerco estrecho
El flamigero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Quanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego,
Y con las alas de oro la vitoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.

Y estenderá su nombre
Por do zéfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto Indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentia,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfia
Tu esfuerzo acrecentáras y osadia.
Si este al cielo amparára
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelára
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed cielos huyendo
Este cansado tiempo espacioso;
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced, que se adelante presuroso.
Asi la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremeçe
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

CXLII.

Alzo ligeras alas al deseo,
Sigo el bello esplendor de mi alegria:
Hállolo reluciente en la Osa fria,
Y desespero el bien, que mas deseo.
Suspenso en un incierto devaneo,
Que mi esperanza cansa y mi porfia,
Digo: ¿por qué, serena Lumbre mia,
Leda en esteril parte arder vos veo?
Llevar debia el zéfiro vitoria
Siempre de vuestra llama esclarecido,
El Euro ufano, que con él contiende.
Mas ó! que el cielo causa mi gemido,
Por honrar gente, indigna de memoria;
Que el sol con tibio rayo apena enciende.

CXLIII.

Amor con todo el fuego, que el humoso
Etna espira, y las islas de Vulcano,
Me abrasa el pecho, que asegura en vano
A su mortal ardor algun reposo.
Con la nieve, que el Cáucaso nevoso,
Y el desnudo Rifeo hace cano,
Mi alma enfria; y rompe el inhumano
A la esperanza el paso temeroso:
Que en los ojos, do siempre el yelo y llama
Suya en mi muerte acuerdan, fixo tiene
El ímpetu y furor de su braveza.
Y por vengarse mas, la seca rama,
Do estoy asido, sin quebrar sostiene,
Probando en nuevas penas mi flaqueza.

CXLIV.

Un tiempo ave Caristra viví en fuego;
Pero ya blanco cisne en ondas vivo,
Que solo de mi mal cuitoso escribo,
Quanto escribí de bien en mi sosiego.
Pensé, trocando grado, trocar luego
Suerte, y fue vano error; que Amor esquivo
En uno y otro estado al fin cautivo
Me oprime, y en igual desasosiego.
De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente;
Ahora de mis ojos despedido
Corre un Istro nevoso desatado.
No esfuerza con la nieve la creciente,
Antes con el ardor mas encendido
Va en abundoso curso dilatado.

CXLV.

Ningun remedio espero en mi tormento,
Y de mejor fortuna desespero:
Muriendo vivo, aunque viviendo muero,
Ageno y ocupado en pensamiento.
Temo el fiero dolor; y si contento
Alguno tengo, temo el dolor fiero:
Cansado mi pasion abrazo y quiero,
Y el mal, que mas rehuyo, mas consiento.
Tan ufano estoy siempre en la tristeza,
Que nunca ceso de alabar el dia,
Que fue ocasion de merecer mi daño.
No doy lugar al bien, y en mi estrecheza,
Perdiendo vanamente la edad mia,
No sé hallarme libre de mi engaño.

CXLVI.

Venció mi duro pecho Amor tirano,
Y los niervos cortó su aguda espada
De aquella agena libertad amada,
Que mísero suspiro y lloro en vano.
El me vuelve, y me trae por la mano,
A do mi afrenta y perdicion le agrada;
Mas de su afan la vida ya cansada
Tornar procura al curso usado y llano.
Pero es flaca osadia, y con la muerte
Luchando, abrazo alegre el dulce engaño,
Y me aventuro en el deseo, y pierdo.
Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,
Que contraste gran tiempo á tanto daño,
Ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

CXLVII.

¿Dó vas? ¿dó vas, cruel? ¿dó vas? refrena,
Refrena el presuroso paso, en tanto
Que de mi grave afan el luengo llanto
Abre en prolixo curso honda vena.
Oye la voz de mil suspiros llena,
Y de mi mal sufrido el triste canto;
Que ser no podrás fiera y dura tanto,
Que no te mueva al fin mi acerba pena.
Vuelve á mi tu esplendor, vuelve tus ojos,
Antes que oscuro quede en ciega niebla;
Decia en sueño, ó ilusion perdido.
Volví, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz cercado de tiniebla,
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA XV.

¿Quién me daria, Amor, una voz fuerte,
Y espíritu en mis lástimas osado,
Para cantar las cuitas de mi suerte?
Que el luengo error de mi primer cuidado
Ocupada me tiene la memoria,
Y todo mi sosiego enagenado.
Yo nací para ver, cruel, tu gloria,
Qual Tántalo, engañado, y al estremo
Para llorar perdido mi vitoria.
Sufro el dolor, que ya algun mal no temo;
Si á tan estrecho paso reducido,
De tí desesperar es bien supremo.
Pero al freno me traes tan rendido,
Que en mi furor enciendes la esperanza,
Que me vuelva suspenso y confundido.
Nuevo mal al antiguo mal alcanza;
Y tal es el pasado y el que viene,
Que en su rigor no siento la mudanza.
Ni huir, ni esperar ya me conviene,
Y huyo, espero, temo ya, y confio,
Y lo que me desmaya me sostiene.
¿Por qué este porfioso desvario
No estirpas, Rey ingrato, y de mi pecho
No arrancas este indigno dolor mio?
Téngate ya mi daño satisfecho;
Que poca es la venganza en el sugeto,
Y matar al rendido no es derecho.

Seguí siempre en lo público y secreto
Tu estandarte, y al carro aherrojado,
Tu valor celebré con tierno afeto.
Si no eres en las rocas engendrado
Del alto yerto Cáucaso espantoso,
Y de la Armenia tigre alimentado;
Serás á mis tormentos piadoso,
Que de la pena ya, que la alma siente,
No sé gran tiempo ha lo que es reposo.
El resplandor de Febo, y la fulgente
Esquadra de las lúcidas estrellas,
Recoge al hondo seno de ocidente:
Yo mezquino, constante en mis querellas,
Jamás descanso doy al mustio canto,
Y se envuelven mis lágrimas con ellas.
Que no acabe en tan duro mal me espanto,
Y que crezca á los cercos de mis ojos
Perpetua exhalacion de ardiente llanto.
Si cuidas tú, que llevas mas despojos
En mi pasion, ó gloria mas dichosa,
Y por eso acrecientas mis enojos;
Yo te protesto, Amor, por la penosa
Historia de la vida, que prosigo,
Que la vitoria alcanzas afrentosa.
Fortuna, que te sirva, ¡ó mi enemigo!
Quiere; su imperio temo, y temo el tuyo,
Ya vasallo rebelde, infiel amigo.
En mi muerte, tyrano, te destruyo,
Pues nací para amar, y solo quiero,
Que se entienda quán poco de tí huyo.

Bien sé, que en vano me lamento y muero,
Por ablandar esa cruel dureza,
Que sin provecho mitigar espero.
Qual revuelve la rueda con presteza
A Ixion, que se huye y va siguiendo;
Tal me revuelve y tuerce tu fiereza.
Y qual el triste Sísifo subiendo
Va el gran peñasco alzado á la alta cumbre,
Siempre descanso alguno no admitiendo;
Tal de mi afan la grave pesadumbre
Llevando lejos voy, do ausente veo,
Triste sin alcanzar, mi pura Lumbre.
El nieto ilustre del insigne Alceo,
En mil grandes empresas glorioso,
Se inclinó al duro yugo de Euristeo:
Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,
Y de tu fuego, Amor, estoy herido,
¿Por qué estaré sobervio y animoso?
Mírame ante tus pies preso y rendido,
Y suena en mi cerviz el hierro puesto,
Humilde á tus cruezas ofrecido.
Perdona mi dolor, que ya dispuesto
Estó á sufrir sin quejas mi tormento,
Y escoger por mas gloria mi denuesto.
Aspire el deleytoso y vivo aliento
A mi encendido pecho, porque en llama
Se tiemple el yelo, en que enfriarme siento.
Ya que mi muerte no se escusa, inflama
Mi alma en el vigor de la Luz mia,
Porque ensalce mi nombre eterna fama.

Que el helado rigor y nieve fria
De su olvido y desden turba y detiene
A tu fuego el valor con osadia.

Si volver por los tuyos te conviene,
Por mis ojos arroja en sus entrañas
El fuego, que abrasado al orbe tiene.

Que si yo veo, Amor, tales hazañas,
Daré en justo rescate de tal pena
Mi hierro, y el ardor, con que te ensañas.

Porque su libre cuello en la cadena
Ver y encenderse el frio de su pecho,
Es todo el bien, que tu poder ordena,
Si tu poder se estiende á tan gran hecho.

CXLVIII.

Quando pienso , cansado del tormento,
Que con mi afrenta Amor herirme pudo
De una serena Luz con rayo agudo,
Y que rendí el valor y entendimiento;
Vuelvo triste á mirar mi perdimiento:
Mas tan solo me hallo y tan desnudo
De fuerza , que romper el debil nudo,
Que me enlazó el deseo , nunca intento.
Seguir el mesmo curso en el cerrado
Laberinto , y sufrir ya mas denuesto,
No debo , si en mí queda algun sentido.
Acabe el vano error de mi cuidado;
¿Pero qué digo simple? yo protesto,
Que hablo enagenado y ofendido.

CXLIX.

¿Sino es llorar, qué pueden ya mis ojos?
Mi alma de lamento se mantiene:
Con él crece el ardor , y se sostiene,
Y la lluvia se alienta en sus despojos.
Un tiempo esperé premio á mis enojos,
Mas tarde es ya , que mi pasion previene;
Pero acabar en lágrimas conviene
A quien de flores nacen los abrojos.
En llanto me consumo ; y quando espero
(Grande y nuevo milagro) dar memoria
A mi nombre, resuelto en triste rio;
Ocurre el fuego , en él me abraso y muero,
Desvaneciendo en llama con mas gloria:
Justo , aunque grave bien al dolor mio.

CL.

Al sereno esplendor de luz ardiente,
De celestial safiro á la belleza
La alma , volando en torno con presteza,
Las alas roxas mueve dulcemente.
Amor , que de este cielo nunca ausente
Respira , le descubre su grandeza,
Y de gloria mil bienes y riqueza,
Que sola ella los conoce y siente.
En este engaño siempre va , y se olvida
De quien cuidoso de su afan la llama,
Y en conocido error cansa y porfia.
Porque espera tal vez , alli encendida
De aquellas puras luces en la llama,
Hallar sepulcro igual á su osadia.

CLI.

Corre sobervio al mar del llanto mio,
Betis claro , sagrado honor de rios,
Y no acaben mis grandes desvarios,
Donde se acaba en él tu grande rio.
Antes oigan mi afan y desvario
Entre el fuego y rigor de yelos frios,
Y se conduelan de los males mios
Libia ardiente y desnudo Islando frio.
Y el Indo , que primero ve la Aurora,
Y el otro , que mas tarde alumbra Apolo,
Hagan memoria eterna de mis daños.
Y tú lamenta esta postrera hora,
En que muero de bien ausente y solo,
Rico de pensamientos , pobre de años.

CLII.

No espero en mi dolor lo que deseo,
Que tanto bien no cabe en mi mal fiero;
Mas deseo ya solo, lo que espero,
Acabar en mi ciego devaneo.
Tan cansado me tiene este deseo,
Que del mísero efeto desespero,
Y engañado en mi intento persevero,
El vano error, que sigo, al cabo veo.
¿Pero qué vale ver el mal presente,
Si porfio y contrasto no espantado
A los asaltos bravos de Amor crudo?
No temo y oso todo libremente;
Porque es al corazon desesperado
La dura ostinacion Vulcanio escudo.

ELEGIA XVI.

Si este inmortal dolor y sentimiento,
Que me fuerza á penar sin esperanza,
No puedo desatar del pensamiento;
Si esta fortuna súbita y mudanza
A una prolixa ausencia me condena,
¿Por qué tengo en mi daño confianza?
Quien vió mi dia, y vió mi Luz serena,
Podrá juzgar á quánto mal me ofrezco
En noche de tiniebla y de horror llena.
Tormento nuevo en viejo mal padezco,
Que quiere este ímpio Rey, que solo sienta,
Lo que esperó ninguno, y no merezco.

Lidio en mi soledad, que me presenta
Siempre el pasado bien y la ventura,
Y la perdida gloria me atormenta.
Rayos de Amor, inmensa hermosura,
Que suspiro, y deseo, y busco ausente,
Volved la claridad excelsa y pura.
Que si veo los cercos y oro ardiente,
Que vos ciñe y corona en rico velo,
Descansaré del llanto y voz doliente.
Y en el hervoso, fresco y fertil suelo,
Que el padre y sacro Betis deleytoso
Baña, agradable al alto y claro cielo;
Alzaré á vuestro nombre generoso,
Qual fue en Pafo á Dione consagrado,
Un templo insignemente suntuoso.
Do quien el peligroso mar sulcado
Hubiere del Amor, ya salvo en puerto,
A las aras atento y humillado;
Los votos, que en el ancho golfo incierto
Prometió, pagará, dexando escrita
La causa del peligro y temor cierto.
Mas voy por do no sufre la infinita
Fuerza de mi pasion y suerte indina,
Que alguna muestra de esperanza admita.
Y antes que pueda ver la luz divina
Vuestra, aquel rigor último á la vida
Vendrá del mal, en que mi ardor me inclina.
Y en breve espacio fincará perdida
La esperanza desierta y el deseo,
Triunfando de mi muerte aborrecida.

Nunca temí el dolor del mal, que veo,
Que entró al descuido Amor blando y sereno,
Para aquistar de mí el mayor trofeo.
En tal sazon ya sin remedio peno,
Que lo que menos duele, es el tormento:
¡Tanto de mí me aparto y enageno!
Quien abrir del mar ciego el alto asiento
En mi ligera nave verme pudo
Con alegre bonanza y manso viento;
Y viese el cielo oscurecer desnudo
De luces, borrascoso el ponto, el fiero
Noto con negro horror soplar sañudo;
Aunque su pecho armase duro acero,
En tan cruel mudanza y suerte mia,
Donde solo, y sin fuerzas desespero;
De humana compasion se venceria,
Si puede un grave caso sucedido
Turbar de mortal pecho la alegria.
Ya que estoy á mis lástimas rendido,
De mis hermosos ojos, triste, ausente,
En soledad y en confusion perdido;
A do torciere el paso, irá presente
El florido esplendor de la belleza,
Que me tiene abrasado en fuego ardiente.
Por dificiles riscos y aspereza
En la nocturna sombra celebrada
Será del canto mio su grandeza.
Adonde no se halle alguna entrada
De hombre, ó fiera, mostrará el desierto
Su figura en los árboles labrada.

Alli mi error, y engaño, y desconcierto
Escrito, y en mi llanto lamentado,
Será de mi dolor testigo cierto.
Aquel tierno semblante venerado,
La bella luz, do el cielo gracias llueve,
La rica falda de oro ensortijado;
Y el suave color de rosa y nieve,
Las perlas, por do Amor alegre envia
La voz al corazon y el daño aleve;
Presentes en mi triste compañia,
Para temor de la alma, á la memoria
Renovarán la ufana suerte mia.
Y del pèrdido bien de la vitoria
Darán las ocasiones, que huyeron
En el progreso luengo de mi historia.
No sé por do los hados inducieron
Esta mi soledad en el estremo,
Que en el principio nunca prometieron.
Vos, ojos, de quien cuido solo, y temo
Morir penoso ausente, quando fuere
De mi dolor el término supremo;
Húmidos en mi muerte á quien vos viere
Vos descubrid, y vuestra faz llorosa
Muestre como mi mal vos duele y hiere.
Porque sea mi suerte mas dichosa,
Que en vida, en muerte, y el tormento mio
Venza á la vuestra condicion sañosa.
¿Por qué en ausencia por el bien porfio,
Si en presencia me niegan el derecho,
Y me engaño en tan alto desvario?

Destinado nací para este hecho,
Y sujeto á belleza ingrata y dura,
Siempre afligido y triste, y roto el pecho.
La Aurora pareció con veste oscura,
Presaga de mi afan, y el nuevo dia
Mudó el semblante ledo y luz segura.
Jamás gocé algun hora de alegria,
Que no fuese teñida de tristeza,
Si merecí tal bien en mi osadia.
No culpo yo el rigor y la dureza
De mi luciente Estrella en tanto engaño;
Mi ostinacion sí culpo y mi firmeza.
Debia no huir mi desengaño;
Mas consiento la pena, y no rehuso,
Si abracé la ocasion, sufrir el daño.
Pero la ausencia asi me descompuso
De toda la paciencia, que no hallo
En mi el lugar, que la razon dispuso.
Sufriendo peno y muero, y siempre callo:
Pues me conozco al fin de Amor tirano
Humilde y pobre, y sin valor vasallo.
Yo sé, que un tierno pecho y soberano
Del mezquino se acuita y condolece,
Y procura su bien con larga mano.
Mas á quien la ventura desfallece,
Y no vale esperanza, es bien la muerte;
Pues en la vida mísera el mal crece.
Ya no mas buscaré, si el dolor fuerte
Desmaya; porque estoy determinado
En seguimiento siempre de mi suerte.

Y de esta soledad acompañado,
Con un deseo en otro convertido,
De mis glorias iré desamparado.
Y quando no pudiere haber olvido,
(Que dificil será) no es ya tan largo
El tiempo, en los trabajos consumido;
Que no me halle luego el trance amargo,
Y al cuerpo suelta la alma en vuelo presto,
Cansada dexará el pesado cargo.
Y en sombra yacerán y oscuro puesto
Mis dolores conmigo sepultados,
Y cesarán del vago error molesto,
Que ahora no reposan, mis cuidados.

SONETO CLIII.

Al Doctor Martin Martinez.

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,
Y del Betis ondoso el curso ufano
Dexas, y el precio antiguo Italiano
Miras en el sepulcro del olvido;
¿Por ventura del yugo sacudido
La cerviz alzas libre, y del tirano
Amor en tí desmaya el furor vano,
O en fiero ardor espiras encendido?
Que yo en la patria sin mi Luz me veo,
Triste, preso, herido, solo, ausente,
Y perseguido siempre de un cuidado.
Sin esperanza avivo mi deseo;
Y apena de este rio á la corriente
Descubro el mal, que sufro no cansado.

CLIV.

Mi Luz, asi en la vuestra bella frente
Nunca ofenda las rosas hielo frio;
Y asi blando al ingrato Señor mio
Vea en esas estrellas yo presente;
Que me digais, humilde amante ausente,
¿Si en vuestro corazon hallo desvio?
¿Si vuestro pecho tierno el desvario
Dulce, como en mi tiempo alegre, siente?
Porque por esa púrpura templada
En blanca y pura nieve, y por los ojos
Suaves, do respira mi esperanza;
Que en la mas luenga ausencia y apartada
No vos negó mi alma los despojos,
Ni en mí temió el Amor jamás mudanza.

CLV.

Quando cantar deseo la belleza
Vuestra, y serena luz, que humilde honoro;
El esplendor y puros rayos de oro,
Do afinan los de Febo su riqueza;
Reconozco el valor y la grandeza,
En quien de eterno ardor celeste coro
Ensalzó de sus bienes el tesoro,
Y desigual me inclino á tanta alteza.
Dadme favor alguno en vuestra gloria,
De honesto amor ¡ó llama generosa!
Y de esta nuestra edad ¡ó raro exemplo!
Porque á la eternidad de la memoria
Por precio de beldad maravillosa
Consagre vuestro nombre yo en su templo.

CLVI.

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,
A desatar esta secreta llaga,
Que no me dexa reposar, y haga
Ante quien temo el justo oficio el llanto.
Que quando descubriere de ello quanto
Mostrar se debe, á quien tan mal se paga
De mi mal; podrá ser, que se deshaga
La sombra del peligro y de mi espanto.
Si no, ascondido en esta oscura niebla
Acabe á gusto ageno; mas de suerte,
Que falte del remedio la esperanza.
Porque quien siempre yace en la tiniebla
No espere ver la luz, sino en la muerte,
Que la gloria de amor tarde se alcanza.

CLVII.

Al Conde de Gelves.

Señor, si este dolor del mal, que siento,
Veo desvanecer en mi memoria,
Y en olvido yacer la triste historia,
Que fue dura ocasion á mi tormento;
De España con voz alta y noble aliento
Cantaré los triunfos y vitoria,
Y daré entre su honor y eterna gloria
Al valor vuestro insigne igual asiento.
Mas un dulce esplendor, un cerco y oro,
Que en crespas hebras arde; una armonia
Y gracia, que florece y orna el suelo;
Una belleza, á quien suspenso adoro,
Impiden esta altiva empresa mia,
Y en su furor me llevan hasta el cielo.

SONETO.

De Don Alvaro de Portugal C. de G.

Fernando, aquel dolor, que triste siento,
Contino renovado en mi memoria,
De la funesta y lamentable historia,
Que dió principio amargo á mi tormento;
Me hizo suspendido, sin aliento,
Creyendo, que cantabas la vitoria,
Que muerte hubo de mí, y aquella gloria
Atento oirte en mi lloroso asiento.
Mas viendo, que las crespas hebras de oro
Y celestial belleza y armonia,
Ornato digno del Esperio suelo,
Olvidas, cuya luz ausente adoro;
Me vuelvo suspirando á la ansia mia,
De tí quejoso, y del rigor del cielo.

CANCION VII.

A D. Luis Ponce de Leon, Duque de Arcos.

¡O clara luz y honor del ocidente!
Espíritu real, do puso el cielo
De su inmenso valor grandeza tanta,
En quien cubierta de oro el vario velo,
Con puro ardor de púrpura luciente
La gloria su riqueza esparce y planta;

Si el molesto dolor, que me quebranta,
Y me instiga á cantar la grave pena,
Que aborrezco y procuro,
Me dexase algun tanto ya seguro
Del fuego en que mi pecho ardiendo suena,
Y del cruel rigor del hielo duro,
Que me condena á doloroso llanto,
Y á perpetua cadena;
Consagraria en honra vuestra el canto.

Mas yo siguiendo voy con paso incierto
En horror de la noche, en ciego dia
Por los riscos y cerros no tratados
Lejos el fulgor bello y la Luz mia;
Que me lleva á morir en temor cierto,
Adonde solo entraron desdichados,
Que esto es premio á mis penas y cuidados.
Ya en la doblada imagen Espartana
La coronada frente
Muestra la quinta vuelta el sol caliente;
Despues que abierto el corazon con hierro
Me traxo Amor al yugo obediente;
Siempre sonó de alli mi lira triste,
En mi luengo destierro,
Y el desden, que en mi daño mi Luz viste.

La memoria, los hechos valerosos,
Las colunas, del fiero armado Marte
Los trofeos alzados, que en rocio
Sangriento manan; la destreza y arte
De los ínclitos pechos generosos,
Que bañó Betis, Tajo, y Duero frio,

A que aspiraba el rudo canto mio;
Oscurecidos yacen en olvido.
Solo es Amor mi canto,
Los ojos bellos y oro puro canto:
¡Tal me tiene el cruel preso y rendido,
Y entregado á la fuerza de mi llanto!
Recíbeme la noche, y dexa el dia,
Celebrando perdido
El sereno esplendor de la Luz mia.
Aquel que el glorioso y rico lauro
Coronó con sus verdes hojas de oro,
Que con suave y culta noble lira,
Igual de Grecia y de Castalia al coro
Suspende el Indo piélago, y el Mauro;
Y con el canto al mesmo Febo admira,
Y osadamente levantarse aspira
Con felice armonia á la memoria
Y Romana alabanza,
Del Italiano honor clara esperanza,
Y de las almas grandes con vitoria;
Aquel vuestro valor dichoso alcanza
Solo á esculpir en el etereo velo
Con venturosa historia,
Que no mi canto, ageno de consuelo.
El peso inmenso y movimiento ardiente
Sufre y sustenta apena el grande Atlante,
Que siente grave, y la cerviz inclina:
Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,
Temo caer con él, y juntamente
Mi deseo ilustrar con fama indina;

Y la muerte, que á Erídano destina
El ímpetu Paléneo acelerado,
En la corriente umbrosa,
Que hubo del hecho el nombre, do en llorosa
Honra el dudoso eletro fue engendrado.
La suerte acerba suya y lastimosa
Aparta mi esperanza y mi deseo,
Y el miserable hado
De quien perdió el caballo de Perseo.
Vuestro valor excelso, la grandeza
Del ánimo, la gloria verdadera,
El alto y vigilante pensamiento
A Esmirna ya cansado, y Mantua hubiera,
Y del cisne Dirceo aquella alteza
De no imitado vuelo y grave acento,
Y de Olmeo al insigne ayuntamiento;
Quanto mas una pobre esteril vena.
Aunque el oro abundoso,
Que Ermo tuerce en sus ondas, y el dichoso
Tajo con su luciente y rica arena,
Y del Idaspes Medo el curso ondoso
Sonasen de mi canto en la corriente
De vuestra gloria llena,
Y la lluvia, que Rodas vió presente.
Querer cerrar en poco el bien, que el cielo
Largo y felice ofrece al nombre vuestro,
Será, como quien piensa y osa en vano
Dinumerar del mar sagrado nuestro
Las ondas, ó en el seco ardiente suelo
Las arenas, que mira el Africano,

O los astros del cerco soberano.
Mejor es con silencio á vuestra fama
Dar la gloria debida,
Y venerar tanta virtud crecida;
Que luce y resplandece en viva llama,
Como estrella del Polo esclarecida:
Que contra el tiempo y todo el rigor crudo,
La lumbre, en que se inflama,
Es de inmortal firmeza eterno escudo.

CLVIII.

Profundo, y luengo, eterno, y sacro rio,
Que el ancho curso tuyo y grande frente
Mezclas en el mar hondo de Ocidente,
Y en él junto el amargo llanto mio;
De mi deseo vano, en quien porfio,
De esperanza y remedio siempre ausente,
En esta soledad por tu corriente
Hago ocasion á nuevo desvario.
Tú, si del canto mio un tiempo oiste
El tierno son, aunque mayor que el Ebro,
¡Y yo quánto menor que el claro Orfeo!
Admite en estas ondas mi voz triste,
Que serás en los males, que celebro,
Solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

CLIX.

No puedo sufrir mas el dolor fiero,
Ni ya tolerar mas el duro asalto
De vuestras bellas luces ; antes falto
De paciencia y valor en el postrero
Trance , arrojando el yugo, desespero;
Y por do voy huyendo , el suelo esmalto
De rotos lazos , y alzo osado en alto
El cuello , y verme libre alegre espero.
¿Mas qué vale mostrar estos despojos,
Y la ufania de alcanzar la palma
De un vano atrevimiento sin provecho?
El rayo , que salió de vuestros ojos,
Puso su fuerza en abrasar mi alma,
Dexando casi sin tocar el pecho.

CLX.

Cubre en oscuro cerco y sombra fria
Del cielo puro el esplendor sereno
La noche triste ; y lloro , de afan lleno,
Perdido el bien que tuve , y mi alegria.
Ningun alivio en la miseria mia
Hallo ; de ningun mal me siento ageno:
Quanto en la confusion nublosa peno,
Padezco en la purpúrea luz del dia.
En otro yerto Cáucaso el cuidado
Profundo mio , y mi mortal deseo
El pecho despedaza , que renueva.
Do nunca en mi tormento no cansado
Pudiera el hijo ínclito de Alceo
Mostrar de su valor segunda prueba.

CLXI.

Viví, quando Amor quiso, en mi cuidado
Ufano, y sin temor; mas mi destino
No sufrió, que este bien fuese contino,
Que no dura en Amor un dulce estado.
Desierto de remedio y engañado,
Qual mísero y errante peregrino,
Por los montes voy solo sin camino,
De mí mesmo y de Amor desamparado.
En medio del dolor en la memoria
Tal vez consiento sombras de alegria,
Que engañan dulcemente la esperanza.
Mas esto es la segur, que de mi gloria
Corta lo estremo, que en la suerte mia
Del bien nace en mis daños la venganza.

CLXII.

Quando miro el fino oro al manso viento
En lucientes rieles esparcido,
O en hermosas lazadas recogido,
Mil causas justas hallo á mi tormento.
Quando la llama, y luz de puro aliento
Rutilar veo en torno, y que el vencido
Pecho tiene en su fuego convertido,
Mil causas justas hallo al mal, que siento.
Quando escucho la angélica armonia,
Y admiro el valor vuestro y gentileza,
Mil causas hallo justas á serviros.
Mas quando en la humildad contemplo mia,
Y en vuestro dulce afeto y su nobleza,
No hallo causa justa á mas suspiros.

ELEGIA XVI.

Pues la luz, que escogi por cierta guia,
Sombra oscura del cielo me defiende;
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Ya sobre mi nubloso horror desciende,
Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
Que el fuego, que me abrasa, ayrado enciende.
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debria estar deshecho
El duro corazon, que sufre tanto.
¿Qué áspera condicion de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta,
Y me tuerce á sufrir tan ímpio hecho?
¿Cómo esplicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras? ¿si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?
¿Qué podré ya temer? ¿qué tierno afeto
Habrá, que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
¿Quién me impide mirar la gran belleza,
El celestial semblante, y armonia,
Que desterraban toda mi tristeza?
Ya para mí se ha oscurecido el dia;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
El puro fuego, aquel divino aliento,
Que en el blando y rendido pecho mío
Mi sol bello envió de su alto asiento;

Se altera con rigor en yelo frio,
Y acaba de la vida ya suspensa
La parte, que estrenó mi desvario.
Y la virtud de la alma y fuerza inmensa,
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
A algun favor, que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro, y derribado al suelo.
Queda solo este bien á mi cuidado,
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
¿A dó el favor antiguo? ¿á dó la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿A dó tantos despojos y vitoria?
Collados altos, bosque deleytoso,
Fuente abundosa, y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿A dó las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido,
Con bello error en torno, ó descompuesto?
¿A dó el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de suave rosa,
Tiernamente tal vez descolorido?
¿A dó la blanca mano y generosa,
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fue prenda á mi alma dolorosa?
¿A dó el ardor luciente del cabello?
¿A dó mas que marfil, y no tocada
Nieve del pecho tierno el candor bello?

¿A dó la perfeccion, nunca imitada,
De aquella imagen viva y hermosura,
Con envidia de todas admirada?
¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
¿De mi grave temor quién me asegura?
En un mesmo lugar esto, y no veo
La Luz, que al alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien, que siempre ver deseo.
Grande dolor! pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar, quien la consiente,
Y sufre sustentar esta caida.
Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va la Aurora
Con purpúreo celage y blanca frente,
Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta Luz serena y bella,
Que humilde reconozco por señora;
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal Estrella.
Y ahora una enemiga compañia
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
En esta soledad me satisface
Quanto es triste, y á muchos insufrible,
Y todo estraño desconcierto aplace.
¿Quién espera en Amor? si aborrecible,
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y quanto mas halaga, mas terrible.

Si pudiese perderse la esperanza,
¡O quán breve seria el ciego engaño,
Que nace de amorosa confianza!
Porque descubriria el desengaño,
Presente al cielo, que mis cuitas mira,
La vanidad y causa de su daño.
Mísero quien estima, y quien admira
Simple tan fragil fuerza, y olvidado
De sí, su perdicion busca y suspira.
Pues yo ausente, aun no estoy desesperado,
Para que no desmaye el dolor crudo;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
Mis quejas oiga el ímpetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando,
Do Iperion asconde el rayo agudo;
Y traspase de alli al caliente vando,
Y á la llena region de fria nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.
Mi daño alcance, quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno,
Y quien ¡ó Marte! á tu furor se atreve.
Si se halláre desdichado alguno,
Que tuvo bien, y lo perdió, este puede
Consuelo en mí tener mas oportuno.
Escrita mi infelice historia quede
En bronce; y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal, que á tanto bien sucede.
Si algun amante en esta parte incierta
Llegáre, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido, y cuita cierta;

Señale en esta arena, y mustio diga:
Aqui no entra quien no es desdichado,
Y aqui la suerte á todo afan obliga.
En tanto que se acerca el ímpio hado,
Y nos escucha esta ribera fria,
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.
Llore Betis los versos, que me oía;
Y tú, que no te ofendes de mis males,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazon, que tengo, es bien bastante
Para qualquier profundo sentimiento.
Mas este que padezco, va delante
A todos quantos tiene el Amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
Desconfio, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal estremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero, ó si no quiero.
Testigo es de mis males el desierto,
Que me ve en su desnuda y roxa arena
Vencido del dolor y casi muerto.
Cándida luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio;
¿Has visto en otro amante otra igual pena?
Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su ruido,
Y me cubre del cielo el manto frio.

Repara el carro instable á mi gemido;
Y pues Amor tocó su esênto pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.
Asi el dormido joven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura,
Amancille jamás tu alegre lecho.
Pues de nieblas la faz rompiste oscura,
Para mirar el tiempo ufano y ledo;
Quando pude esperar de mi ventura,
En este mal, en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño;
Pues valerme en mis ansias nunca puedo.
Que en este mi infortunio y mal estraño
Por ventura la suerte ofreceria
Algun flaco reparo á tal engaño.
Mas pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega;
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega;
De este sonante rio en la ribera
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasion conmigo muera.
Y seré en esta tierra triste indino
Exemplo del dolor, que Amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.
Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena, que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso, que declare asi mi afrenta:

Dió ausencia y soledad, siendo su guia,
A un mísero amador injusta muerte;
Amor, que siempre fue en su compañia,
Yace con él en una mesma suerte.

CLXIII.

¿Qué espíritu encendido Amor envia
En este frio corazon esquivo?
Que á la alva en calor grande el pecho avivo,
Y ardo al aparecer del nuevo dia.
Yo me inflamo, si á Febo se desvia
La sombra; y quando de aquel puesto altivo
Declina el sol, me quemo en fuego vivo,
Y abraso, quando tuerce al mar la via.
Centella soy, si el lubrican parece;
Llama, quando se ven las luces bellas,
Y el blanco rostro á Delia se colora.
Fuego soy, quando el orbe se adormece;
Incendio al asconder de las estrellas;
Y ceniza al volver de nueva Aurora.

CLXIV.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio
En sus turbadas ondas mezcla el llanto:
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
Que el cierto fin termine el dolor mio.
Sigo ausente sin bien tu desvario,
Y en tu vana esperanza me levanto;
Y ahora desamparas todo, quanto
De tu incierta promesa mas confio.
Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
Acabe, ó que en mi vida se deshaga
El desigual deseo y la osadia.
Que en tanto afan ya falta el sufrimiento,
Y el golpe de esta siempre acerba llaga,
Lo íntimo penetró de la alma mia.

CLXV.

Clara, suave Luz, alegre, y bella,
Que el safiro y color del puro cielo
Templais de la esmeralda con el velo,
Que resplandece en una y otra estrella;
Fulgor divino, lúcida centella,
Por quien libre mi alma, en alto vuelo
Las alas roxas bate, y huye el suelo,
Ardiendo vuestro dulce fuego en ella;
Si yo no solo abraso el pecho mio,
Mas tierra y giro aereo, y en mi llama
Doy principio inmortal de incendio eterno;
¿Por qué el rigor no puedo y vuestro frio
Antiguo regalar? ¿por qué no inflama
Mi estio ardiente á vuestro helado ibierno?

CLXVI.

Quando de mi Luz bella el desden siento,
Y fenecer mi gloria en tibio olvido;
Huyo señero y triste, aborrecido
El áspero dolor de mi tormento.
Mis vanas esperanzas represento,
El poco bien, el mucho mal sufrido;
Y ausente, despagado, y ofendido
Mi libertad llorada osado intento.
Pero si vos despues rendido el cuello,
Y viéredes colgados mis despojos,
Dudad las duras armas de Amor ciego.
Que en las lucientes hebras del cabello,
Y alegre fucilar de dulces ojos
Preso, me pierdo todo, y ardo en fuego.

CLXVII.

Vuelvo al ufano corazon el dia,
En que mi Luz mostró su luz hermosa,
Y relució suave y amorosa,
Bella en mis ojos igualmente y pia.
Y acuérdome, que el sol, que descendia,
Paró al ardiente Flegon la espumosa
Rienda, y con su tardanza espaciosa
Sintió el ínfimo polo ausencia fria.
Entonces inflamado en dulce fuego,
Mi gloria alabo y bien, y alegre digo:
¿Quál buena suerte alcanza á mi ventura?
No el cetro del Romano envidio y Griego;
Porque imperio mayor tiene consigo,
Quien ama soberana hermosura.

CLXVIII.

El color bello en el humor de Tiro
Ardió, y la nieve vuestra en llama pura;
Quando, Estrella, vibrastes con dulzura
Los rayos, por quien mísero suspiro.
Vivo esplendor de lúcido safiro,
Sereno cielo, eterna hermosura;
Pues merecí alcanzar esta ventura,
Acoged blandamente mi suspiro.
Con él mi alma en el celeste fuego
Vuestro abrasada, viene, y se trasforma
En la belleza vuestra soberana.
Y en tanto gozo, en su mayor sosiego
Su bien, en quantas halla, alegre informa,
Que en el solo menor la gloria gana.

ELEGIA XVI.

A la muerte de Don Pedro de Zúñiga.

Luego que el pecho me hirió el esquivo
Y triste son del caso sucedido,
Enfrió el corazon un yelo vivo.
Quise empero turbar á mi sentido,
Y vencer á la fama con engaño,
Que tanto mal no debe ser creido.
Mas el quejoso sentimiento estraño
En el comun dolor, que se veia,
Me descubrió quanto era grande el daño.

¡Quán de otra suerte (¡ay mísero!) fingia
El suceso y memoria de las cosas,
Que en la pompa real se me ofrecia!
¡Mas ó mis esperanzas gloriosas
Quán mal surten! ¡quán mal divides, muerte,
La union de tantas gracias venturosas!
¿Qué corazon se ve tan duro y fuerte,
Que no acabe en sus lágrimas deshecho,
Que no estalle, estrechado de tal suerte?
¿Murió ¡ay dolor! y no rompió mi pecho?
¿Qué mal, qué pena espera mi dureza
Despues de este cruel y acerbo hecho?
¿Qué señales daré de mi tristeza?
Suspiros tristes y lloroso acento,
Que condenen del hado la aspereza;
Y en exêquias de eterno sentimiento
Estos versos, que sean los despojos
Del bien, que ya perdí, del mal, que siento.
¿Lágrimas quién dará para mis ojos?
¿Suspiros quién al corazon doliente?
¿Quién palabras, que espinen como abrojos?
Ya veo, ya conozco aqui presente
Aquel semblante en viva luz cubierto,
Con pura claridad resplandeciente;
Y me culpa su espíritu desierto,
Si lloro, que en region de la alegria
Está, desamparando el cuerpo muerto.
Grande causa de llanto es esta mia,
Pues contemplo quán alta confianza,
España, te robó un oscuro dia.

Pero si vuelvo intento esta mudanza,
Y veo á quien suspiro, venerable,
Donde el poder terreno tarde alcanza;
Envidia es, no congoja lamentable,
Al que huye en la senda peligrosa
Los trabajos del suelo miserable.
¿Quién llora, porque goce en paz dichosa,
Lejos de estos Euripos de la vida,
La alma de quien amó mas gloriosa?
Alli la ambicion vana y sin medida,
Odio, y codicia, y miedo, y error ciego
Su quietud no alteran escogida:
Mas la simpleza amable y el sosiego,
Que en celestes espíritus presenta
De la inmortal belleza ardiente fuego.
¿Nuestra mísera vida á quién contenta?
¿Quién desea luchar en las cadenas,
Donde la alma se cansa y atormenta?
Nuestras glorias de afan y dolor llenas,
Sin bien, sin esperanza, sin consuelo
Descubren con mas cuitas nuevas penas.
Nunca alzamos los ojos en el cielo,
Opresos con la carga y peso humano,
Que á la alma impide levantar el vuelo.
Revueltos en deseo y temor vano,
Temblamos, enemigos de la gloria
De aquel felíce asiento soberano.
A quien no ofende la cruel memoria,
Do mas ensancha Bétis la alta frente,
Y da al mar de sus ondas la vitoria?

Hambre, peste, furor de Marte ardiente,
Rigor del cielo nunca mitigado,
Y ansioso temor del mal ausente.
Entonces (¡ó dolor!) el impio hado
Arrebató aquel joven animoso,
Con la cumbre de un monte quebrantado.
Quedó tendido el cuerpo generoso
Sin vida en la desnuda tierra helada,
Con el horror del golpe impetuoso.
No cala con tal furia acelerada
El rayo penetrante, despedido
De la nube con ímpetu rasgada.
Turbó sus ondas Betis con gemido,
Y sus Ninfas lloraron á su amante,
Y del Leon sonó el feroz rugido.
Jamas dolor á este semejante
Sintieron las riberas caudalosas,
Que toca el hondo piélago de Atlante.
Crecieron las membranzas congojosas
Con su muerte; y Esperia fue testigo
Del llanto y de las quejas lastimosas.
A tí ¡ó gran Pedro! á tí su estrecho amigo
Lleva ahora tambien de nuestro rio
Lejos la suerte desigual consigo.
Quema el fogoso ardor del seco estio
La bella flor, y de la tierna planta
Las hojas el nevoso ibierno frio;
Mas zéfiro suave las levanta
Hermosas con alegre y blando vuelo,
Y Filomela en ellas dulce canta.

Nosotros, quando rompe el mortal velo,
Y fallece el vital y amado aliento,
Jamás el pie imprimimos en el suelo.
Breve, dudosa vida con tormento,
Cierto temor, deseos no acabados
Son de nuestra miseria el fundamento.
Aspera y justa ley, que los cuidados
Y amor desvanecido y ciego enfrena
De humanos corazones engañados.
Yo mesmo aquel dolor, que me condena,
Busco, y mi perdicion, y hago queja
Del cielo, que mis ímpetus refrena.
¡Quán pocas veces la pasion nos dexa!
¡Quán presto la alegria queda muerta,
Y, no siendo aun hallado, el bien se aleja!
Como desierta, oscura, via incierta,
Que se revuelve en sí, sin dar camino
A quien de ella saliendo apena acierta;
Asi es la vida nuestra, que contino
Seguimos ofuscados, sin que atienda
A remediarse el ánimo mezquino;
Hasta que allana el fin de la contienda
El yerto paso, y con tormento interno,
Muestra el mortal rigor abierta senda.
Entonces de la tierra el amor tierno,
Y la gloria caduca á la alma ingrata
Son congoja y temor de fuego eterno.
Las esperanzas todas desbarata
La muerte, y al que en vicio sepultado
Yace, en pena inmortal aflige y trata.

Dichoso tú, que al cielo arrebatado,
Alegre relucir ves las estrellas,
Y yuso de tus pies el mar hinchado;
Y del viento los soplos, las centellas,
Que ilustran esparcido el ayre errante,
Y nuestras voces oyes y querellas:
Y al Rey del alto Olimpo triunfante,
Que la tierra gobierna, y pone freno
Al mar, que no se estienda resonante;
De gloria y piedad celeste lleno,
Ruegas por nuestras culpas por ventura,
De amor santo alargando el ancho seno.
Aunque la voz del llanto y veste oscura
No sufra de tu suerte la alegria,
Que goza de la excelsa hermosura;
Permite, que tu muerte y pena mia
Publique en quanto la grandeza Hispana
Dilata la pujante Monarquia.
Afeto son de la rudeza humana
Estos suspiros, que osan, y lamento
Mostrar su afan y tu honra soberana.
Porque perpetuo siempre el sentimiento
Con memoria será del bien perdido;
Pues eras nuestra gloria y ornamento.
Yo al amor, que te debo, agradecido,
(Si algo pueden mis versos) te prometo,
Que no asconda tu nombre ingrato olvido.
Antes por do el Tarteso va quieto
Al vaso inmensurable de Nereo,
Y acoge en su profundo al sol secreto;

Do los abetes mira Febo Ideo,
Que lleva del mar nuevo á la corriente
El Español, muriendo en su deseo;
Y do el límite roxo de oriente
Viste de pura luz la bella Aurora;
Do rígida impresion Islanda siente;
Do el Indo bebe el Nilo, y se colora:
Será con mas estima venerado,
No solo por tu ausencia de quien llora,
Mas de quien tu valor aventajado,
Y oyere la excelencia de tu gloria;
Porque siempre de todos celebrado
Hará igual con el tiempo tu memoria.

CLXIX.

Hórrido ibierno, que la luz serena,
Y agradable color dei puro cielo
Cubres de oscura sombra y turbio velo
Con la mojada faz de nieblas llena;
Vuelve á la fria gruta y la cadena
Del nevoso Aquilon, y entre aquel yelo,
Que oprime con rigor el duro suelo,
Las furias de tu ímpetu refrena.
Que en tanto que en tu ira embrabecido,
Asaltas el divino Hispalo rio,
Que corre al sacro seno de ocidente;
Yo triste, en nube eterna del olvido,
(Culpa tuya) apartado del sol mio,
No me enciendo en los rayos de su frente.

CLXX.

Qual dexando el Olimpo soberano,
Por la coluna ebúrnea y roxa frente
Las ondas y sortijas de luciente
Oro mi Luz movió en semblante humano.
En ellas centellando Amor tirano,
Me anudó el corazon con red ardiente,
Y blando puso el yugo á mi doliente
Cuello entonces la tierna y blanca mano.
Promesa fue este dulce acogimiento
Para el bien de esperanza glorioso,
Y fin del peso, que sufrí cansado.
¿Qué no podré esperar de mi tormento,
Si en hebras, que el sol mira envidioso,
Me hallo estrechamente relazado?

CLXXI.

Oye tú solo, eterno y sacro rio,
El grave y mustio son de mi lamento,
Y confuso en tu grande crecimiento,
Mezcla en el ponto inmenso el llanto mio.
Los suspiros ardientes, que á tí envio,
Antes que los derrame ayrado viento,
Acoge en tu sonante movimiento,
Porque se asconda en tí mi desvario.
No sean mas testigos de mi pena
Los árboles, las peñas, que solian
Responder, y quejarse á mi gemido.
Y en estas ondas altas, y esta llena
Corriente, que mis lágrimas porfian
Vencer, vivan mi mal y amor crecido.

CLXXII.

Del fresco seno lúcido la Aurora
De tierno yelo perlas esparcia,
Y con purpúrea frente alegre abria
El esplendor suave, que atesora;
El sereno confin de Euro y de Flora
Con la rosada llama, que encendia
Delio aun no roxo bien, al nuevo dia
Esclarece y esmalta, orla y colora.
Quando sale mi Luz, y en oriente
Desmaya el puro ardor, ¡ó vos del cielo
Vagas lumbres! si tanto se consiente;
Digo con vuestra paz, que en mortal velo,
Mas que vos bella apareció y fulgente
Mi Luz, que honora el rico Esperio suelo.

CLXXIII.

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero,
Que desdeñó el valor nunca vencido
De su inmortal espíritu encendido,
Quedar mortal, sujeto al comun fuero.
Tal yo, que en la serena lumbre muero
De mi Estrella inflamado; aunque el perdido
Dolor me trae mísero rendido,
Eterno en su vigor vivir espero.
Mas quanto desigual es nuestra suerte,
Que el veneno acabó su fuerte pecho,
Y del error nació su grande gloria.
Pero mi Luz no se preció en mi muerte,
Y yo, en sus rayos vivo incendio hecho,
Perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

CLXXIV.

Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo,
Con que desamparado de la vida,
Dió Icaro en su gloria esclarecida
Nombre insigne al salado y hondo suelo.
Y quien despeñó el rayo dende el cielo
En la onda del Erídano encendida,
Que llorosa lamenta y afligida
Lampécie en el hojoso y duro velo.
Pues de uno y otro eterna es la osadia,
Y el generoso intento, que á la muerte
Negaron el valor de sus despojos:
Yo mas dichoso en la alta empresa mia,
Que en el Olimpo me encumbró mi suerte,
Y ardí vivo en la luz de vuestros ojos.

CANCION VII.

Este lugar desierto,
Y este silencio oscuro y ascondido,
Do el sol no halla abierto
El paso al carro ardiente,
Testigos de mi dulce bien perdido
Son, y del daño cierto,
Memoria amarga de mi gloria ausente;
Do cansa el pensamiento
El molesto dolor de mi tormento.
Aqui junto á las flores,
Al pie de este alto lauro coronado,
Volaban los amores
Por la purpúrea frente;
Que el cerco, en hebras de oro relazado,
Con los varios colores
De las dichosas piedras de oriente
A la aura descubria,
Y al Amor mesmo de su amor heria.
Volaban rociando
Con la ambrosia el rosado apuesto cuello;
Y suspenso mirando
Su luz, yo ardia en fuego,
Preso en sortijas bellas del cabello;
Y vi mi muerte, quando
Vi en sus ojos opuesto el niño ciego;
Y en su nevado pecho
Quedó espíritu dulce el Amor hecho.

Perlas, que en roxo seno,
Y del Niseo Idaspes relucian
En el curso sereno,
Muchas coronas juntas
Formaban en las trenzas, que ceñian
El oro de ambar lleno,
Y esparciendo distantes ricas puntas
Por la frente, ardió luego
Mi alma presurosa en vivo fuego.
Quál fue mi acerba pena,
Viendo en su pura luz nacer mi muerte,
Conoce quien ordena,
Que muera en tibio olvido
Con esquivo cuidado de mi suerte.
¡Quán presto desordena
Amor, lo que desea un afligido!
Que luego en la mudanza
Corta el vuelo sin tiempo á la esperanza.
Pequeña fue mi gloria,
Pero grande el afan, y grande el daño,
Que dexó en la memoria
De belleza deseo,
Y dexó á la alma triste cierto engaño;
Que en su misera historia
Vuelve y revuelve el simple devaneo;
Y lleva por despojos
Fuego en el corazon, llanto en los ojos.

Vago y sereno rio,
Tú, que alegre aspirabas á mi canto;
Alto monte, y tú frio
Bosque, solo y oscuro,
¿Quántas veces oido habeis mi llanto?
¿Quántas el pesar mio
Vuestro silencio perturbó seguro,
Sin ver de aquella ingrata
Menos desden, ó voluntad mas grata?
Su nombre en la corteza
Vuestra estendiendo, en llanto deshacia
Mis ojos con terneza;
Y en el lugar, donde ella
Se reclinó, cuitoso me tendia;
Y atento en su belleza,
Hasta que daba luz la Idalia estrella,
Alli estaba llorando,
Y en mis quejas al cielo importunando.
Pasó mi bien ligero,
Qual niebla, que la esparce y rompe el viento:
Quedóme dolor fiero,
Que nunca de mi parte,
Y en su memoria desmayarme siento.
Y siempre desespero,
Que el tiempo en mí deshaga alguna parte;
Y puesto en tal estremo,
Ni el bien deseo ya, ni el daño temo,

ELEGIA XVIII.

Si el grave mal, que el corazon me parte,
Y tiene siempre en áspero tormento,
Sin darme de sosiego alguna parte;
  Pusiese fin al mísero lamento,
Que en mis ojos conoce lastimoso
Solo en eterna pena propio asiento;
  Podria yo vuestro dolor quexoso
Consolar, como bien exercitado,
Señor, en mi pasion y afan cuitoso.
  Pero nunca permite Amor ayrado,
O que levante la cerviz cansada,
O en algo desocupe mi cuidado.
  Por la prolixa senda, y no acabada
De mi dolor prosigo, y mi porfia
En el mayor peligro es mas osada.
  En silencio de oscura noche fria,
Me aflige el miedo triste del olvido,
Ausente de la luz de la alma mia.
  Y en la sombra del ayre desparcido,
Se me presenta la vision dichosa,
Cierto descanso al ánimo afligido.
  Mas veo mi serena Luz hermosa
Cubrirse, porque en ella haber espero
Sepulcro, qual perdida mariposa.
  Entonces me derriba el dolor fiero,
Y mi llorosa faz fixando en ella,
Como cisne, que hiere el son postrero;

Digo: Luz de mi alma, pura Estrella,
Si vos turba el osado intento mio,
Y por eso celais la imagen bella;
Ponedme, no en rigor de duro frio,
Mas donde á la abrasada Africa enciende
El hórrido calor del seco estio.
Y alli vereis, que al corazon no ofende
Su fuerza toda, que el sutil veneno,
Que de vos lo penetra, lo defiende.
No me ascondais el resplandor sereno,
Que siempre he de seguir vuestra belleza,
Qual Clicie al sol de ardientes rayos lleno.
Amo, mas con temor, vuestra grandeza,
Para afinar ufano en vuestro fuego,
Lo que esta en mí defiende vil corteza.
Que es mucha gloria mia, yo no niego;
Pero por este paso en alto vuelo,
Do sin vos no es posible, osando llego.
Y separada del umbroso velo,
Como desea estar, mi alma pura
Se halla, y mira leda el claro cielo.
Espero á vuestra sola hermosura
Por bien tan excelente con memoria
Del tiempo y su furor hacer segura.
No gravaré en colunas vuestra historia,
Ni en las tablas con lumbres engañadas,
Ni vos daré con sombras falsas gloria;
Mas en eternas cartas y sagradas,
Con la virtud, que Pebo Apolo inspira
De las Cirreas cumbres ensalzadas.

Y si, á do opreso Atlante no respira
Con la pesada carga, y á do suena
Turbado el alto Ganges, lleno de ira;
Y si, á do el hondo Argiro la ancha vena
Derrama, y el Duina grande y frio
Las tardas ondas con el hielo enfrena;
No pudiere alcanzar el canto mio,
Honrará vuestra gloria y mis enojos,
Quanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro rio.
Seré dichoso yo, el que los despojos
Con pecho humilde y con rendida frente
Osé entregar, mi Luz, á vuestros ojos.
Asi le digo; y viendo el oriente,
Do el cielo y tierra tocan, esmaltado,
Y que mi Luz se asconde en ocidente;
Al triste ministerio del cuidado
Vuelvo, ofendido de mi pena intensa,
De vida sí, no de pasion, cansado.
En tal suerte con la alma al mal suspensa
Me halla el canto vuestro, que florece,
Y vuestro nombre ilustra en gloria inmensa.
Y al rudo ingenio oscuro mio ofrece
Con eterno valor perpetua fama,
Del ardor premio justo, que en vos crece.
Si do el deseo noble, que me inflama,
Fuese mi voz, seria en honra vuestra
Una siempre inmortal y viva llama.
Mas fortuna no sufre al fin siniestra,
Que intente este gran bien; y asi me dexa
Hacer solo esta corta y simple muestra.

El Tracio Amante, á cuya dulce queja
El severo Pluton enternecido,
Rinde aquella, que en sombra se le aleja;
Quando en el frio Ródope, y tendido
Yugo del alto y áspero Pangeo
Llorando se acuitó y gimió perdido;
Y traxo al son del número Febeo
Las peñas, fieras y árboles mezclados,
Y el coro, que bañó el florido Olmeo,
Con inmortales versos y sagrados
En la ascondida niebla referia
Los principios del mundo comenzados;
El sol ardiente, Cintia blanca y fria;
Los celestiales giros y pureza
De la alta inmensa luz, y la armonia.
Arrebatado en la mayor grandeza
Del tenebroso cerco reluciente,
Cantó el candor profundo, y su riqueza.
Mas porque al mortal ánimo doliente,
De sentir su belleza excelsa indino,
Turbaba aquel fulgor y ardor presente;
Con otro canto menos puro y dino,
Pero sublime, y que rudeza humana
Huye, y sigue dificil el camino;
Volvió á herir la lira soberana,
Honrando á quien la bella Melpomene
Con blandos ojos mira, y la profana
Multitud despreciada lo sostiene,
Do alegre nunca verse el héroe puede,
Que el favor largo suyo jamás tiene.

A este solo el felice bien concede,
Que libre, quando llegue la impia muerte,
De su furor, y olvido, y sombra quede.
Aquel tambien, que mereció tal suerte,
Que el sacro verso ensalce su alabanza,
No temerá el agudo hierro fuerte.
Tal, de las Musas gloria y esperanza,
Dió á la inmortalidad el paso abierto,
Quien celebró de Grecia la venganza.
Y el otro no menor (y no es incierto,
Lo que tu, fama, afirmas), que el Troyano
Piadoso cantó, y al Daunio muerto.
Tal el suave espíritu Romano
Huyó con Delia el lago Estigio lento,
Y el blando, el terso, y el gentil Toscano.
Por esta senda sube con aliento
El culto Laso, prez y honor de España,
Mezclado en el Pierio ayuntamiento.
Do, si al deseo mio Amor no engaña,
Pienso en la cumbre veros venturoso,
Que riega, y la Castalia Linfa baña;
Si en medio el curso no perdeis dudoso
La via llana á vos, y no ofendido
Llevais por ella el paso trabajoso.
El rico Tajo vuestro, conocido
Será por vos, do estiende el curso el Indo,
Y el collado de Cintia, esclarecido
Con tal honra, será otro nuevo Pindo.

CLXXV.

Ya pues que no resiste mi esperanza
De esta ausencia mortal el golpe fiero,
Y cuido, que será dolor postrero
Este, que renació en vuestra mudanza;
Acabad con mis ansias la venganza,
Que si de esta ocasion injusta muero,
Libre, que en vida triste nunca espero,
Sentiré en tanto afan tal vez bonanza.
Y si vos no sufris, que mi tormento
Ponga término al daño con la muerte,
Porque jamás descanse de mi pena;
Diré contra mi mal, que mas contento
Estoy con la dureza de mi suerte;
Pues esto quiere en mi, quien me condena.

CLXXVI.

Voy siguiendo la fuerza de mi hado
Por este campo esteril y ascondido:
Todo calla, y no cesa mi gemido;
Y lloro ausente el bien, que vi engañado.
Crece el camino, y crece mi cuidado,
Que nunca mi dolor pone en olvido:
El curso al fin acaba, aunque estendido;
Pero no acaba el daño dilatado.
¿Qué aprovecha en un duro afan presente,
Rehuir, si se esculpe en la memoria,
Y frescas muestra siempre las señales?
Vuela Amor en mi alcance, y no consiente
En mi afrenta, que olvide aquella historia,
Que descubrió la senda de mis males.

CLXXVII.

A do inclino los ojos, alli veo
De mi ingrata enemiga la belleza,
Y en dulce sentimiento de terneza
Cuitoso con mi pena devaneo.
Quánto debo en mi mal á mi deseo,
Que entibia mi dolor con tal destreza,
Que quando mas envuelto en mi tristeza,
Descubro lo que busco, y mas deseo.
Si este engañoso velo de mi daño
No sustentára el pecho acostumbrado
Al perpetuo furor de mi tormento;
Ya fuera muerto, mas dañoso engaño,
Que me enlazas de nuevo en mi cuidado,
¿Por qué me huyes mas veloz que el viento?

CLXXVIII.

¿Naci yo por ventura destinado
Al amoroso engaño, y ofrecido
En mi ofensa á desden, á ingrato olvido,
Sugeto siempre á miserable estado?
Rompa la aguda espada el implicado
Nudo, pues de mi industria nunca ha sido
Suelto por mi dolor, que en mal perdido
El mas cruel dolor es acertado.
Cuelguen de este alto roble los despojos
De mi penoso error, y la que incierto
Me sostuvo esperanza un tiempo, muera:
Que ya no doy lugar á bellos ojos,
Ni á dulce risa y habla lisonjera,
Y en él se escriba: Amor quedó aqui muerto.

CLXXIX.

Mi bien, que tardo fué á llegar, en vuelo
Pasó, qual rota niebla por el viento;
Y creció siempre horrible mi tormento,
Despues que me cercó el temor y yelo.
Alzaba mi esperanza al alto cielo;
Pero en el comenzado movimiento
Cayó muerta, y llorando sin aliento,
Me lastimo desierto en este suelo.
Donde pagado solo de mi llanto,
Huyo aun livianas muestras de alegria,
Ausente, aborrecido, y olvidado.
Triste memoria indina esfuerza el canto,
Y quejoso en la instante pena mia,
Descanso, quando gimo mas cuitado.

CLXXX.

No espero mas de Faeton luciente,
Ni de la blanca Cintia noche ó dia:
Discurra Iperion por otra via,
Y Proserpina ocupe el oriente:
Porque los dulces rayos de la frente,
Que el cielo de la Estrella ilustran mia,
Son, mi Apolo y mi Delia, cierta guia
En la oscura tiniebla y luz presente.
En tanta gloria ofende mi flaqueza,
Que tolerar no puedo en ella atento,
Qual águila, el ardor de su belleza.
Dichoso yo, si como el gran deseo
De cegar en la causa del tormento,
Argos fuera tal vez, despues Fineo.

CORRECCIONES.

Pag.	*dice*	*debe decir*
33.	son. 44. v. 1. Alza.	*Alzo.*
45.	v. 8. quetraia.	*que traía.*
45.	v. 10. la.	*al.*
45.	v. 27. brazofuerte.	*brazo fuerte.*
78.	v. 7. solo solos.	*sclos.*
88.	son. 83. v. 11. pasiou.	*pasion.*
88.	son. 83. v. 12. porcion.	*pocion.*
93.	son. 86. v. 5. Austr oardiente.	*Austro ardiente.*
153.	v. 24 digino.	*divino.*
158.	son. 142. v. 11. El.	*Al.*
189.	v. 2. su.	*tu.*
207.	v. 29. Pebo.	*Febo.*

INDICE.

SONETOS.

CANCION.

SESTINA.

SONETOS.

SONETOS.

SONETOS.

ELEGIA.

CANCIONES.

SESTINA.

SONETOS.

ELEGIAS.

CANCION.

SONETOS.

SONETO.

SONETO.

SONETOS.

SONETOS.

ELEGIAS.

SONETOS.

SONETOS.

SONETOS.

ELEGIA.

ESTANZA.

CANCION.

SONETOS.

SESTINA.

ESTANZA.

ELEGIAS.

SONETOS.

SONETOS.

ELEGIA.

SONETOS.

CANCION.

ELEGIAS.

SONETOS.

SONETOS.

ELEGIA.

SESTINA.

SONETOS.

ELEGIA.



